teoría marxista del partido político / 3

rossana rossanda
jean-paul sartre
víctor fay
edoarda masi
andré gorz
giovanni mottura

38
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

primera edición, 1973
quinta edición, 1987
©ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a. de c.v.
av. cerro del agua 248 - méxico 04310, d.f.
ISBN 968-23-0456-3

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

INDICE

Rossana Rossanda
De Marx a Marx: Clase y Partido 1

Jean Paul Sartre / Il Manifesto
Masas, espontaneidad, partido 15

Víctor Fay
Del partido como instrumento de lucha por el poder al partido como prefiguración de una sociedad socialista 33

Edoarda Masi
Algunas cuestiones impostergables 53

André Gorz
Ni tradeunionistas, ni bolcheviques 69

Giovanni Mottura
Dos concepciones diferentes de la construcción de la organización revolucionaria 73

Potere Operaio
Debate sobre la organización 83

Notas 131

Rossana Rossanda

DE MARX A MARX: CLASE Y PARTIDO

Se ha dicho muchas veces que no se hallarán en Marx una teoría del partido ni una teoría de la clase. Es verdad, sólo que, mientras el problema de la clase está presente en todo su análisis y tiene un espesor y una riqueza que permiten una vasta reconstrucción o investigaciones de orden teórico, no sucede lo mismo con respecto al partido. Y no porque el problema de la "organización" de la clase no fuese advertido por Marx. Este se plantea apenas se disipa en él y en Engels —lo cual sucede bien pronto, después de *La sagrada familia* y *La ideología alemana*— la ilusión acerca de la eficacia de un papel exclusivamente intelectual, iluminista y separado de una acción política en el seno del grupo social decisivo, los obreros[1]; y madura entre 1845 y 1848, en el rápido paso por algunas conspiraciones y sociedades secretas hasta las asociaciones obreras alemanas y en encuentro con el comunista utópico Weitling. En ninguno de estos contactos, tal vez con excepción del largo vínculo de estima y hasta de acción que unió a Marx con Blanqui, hubo un momento de "adhesión": Marx tenía ya una posición teórica que lo separaba radicalmente de las plataformas brumosas de las sociedades secretas y que lo llevó inmediatamente a la polémica con Weitling. Era una relación práctica: se buscaba a los obreros allí donde se encontraban, e importaba mucho más el hecho de que, en la crisis de aquellos años, las conspiraciones y las sociedades tendiesen a asumir una fisonomía proletaria que la disputa con las ideologías que ésta asumía de tanto en tanto. Puede decirse, sin irreverencia, que se trató de una relación absolutamente "instrumental". Cuando en 1847 se disolvió la Liga de los Justos para convertirse en la Liga de los Comunistas, se encargó a Marx preparar el *Manifiesto*: se abandonan todas las concepciones de Weitling. Lo que apremia a Marx —y esto explica la naturaleza del *Manifiesto*, que trasciende los fines para los que había sido previsto— es trazar un esbozo que haga inmediatamente consciente al proletariado alemán, no sólo de la posibilidad, sino de la acuciante necesidad de su papel histórico, y de ello deriva naturalmente el paso de un

modo oscuro y minoritario de concebirse a la organización pública, abierta y extendida hasta el máximo posible. Se pone el acento en la acción, *general y organizada*. No es una casualidad que el viejo lema de la Liga de los Comunistas, *¡Todos los hombres son hermanos!* , se convierta en *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

Pero lo que separa a Marx de Lenin (y no en el sentido de que Lerin haya completado un esbozo dejado inconcluso por Marx, sino en el sentido de que las dos concepciones van en direcciones opuestas) es que aquél nunca considera la organización más que como un momento eminentemente práctico, un instrumento plástico y mutable, un reflejo de lo que constituye el único objeto real de la revolución: el proletariado. La organización lo expresa, no lo precede; menos aún anticipa contenidos y roles. Lo que había ya separado a Marx de las tendencias conspirativas no era solamente su carácter restringido y secreto, sino también la convicción que tenían de poder administrar un proceso revolucionario *por cuenta* del proletariado. "Se entiende —escribe gustosamente— que estos conspiradores no se contenten con organizar en general al proletariado revolucionario. Su ocupación consiste en adelantar el proceso del desarrollo revolucionario, en impulsarlo intencionalmente a la crisis, en hacer la revolución de inmediato, sin las condiciones de la revolución... la única condición es que la insurrección esté suficientemente organizada. Son los alquimistas de la revolución, y comparten con los antiguos alquimistas su confusión de ideas. Afanados en estos continuos proyectos, no tienen otro objetivo que el del cercano derrocamiento del gobierno existente y desprecian profundamente la actividad, de carácter más teórico, consistente en aclarar a los trabajadores sus intereses de clase... En la medida en que *el proletariado de París avanzaba directamente en primer plano como partido*, esos conspiradores perdieron influencia." Y concluía: "Las bombas de 1847... dispersaron finalmente a los más obstinados y absurdos de los viejos conspiradores y arrojaron las secciones que hasta entonces existían de ellos al *movimiento proletario directo.*"[2] El subrayado es nuestro: entre proletariado y partido del proletariado el vínculo es directo, los términos son casi intercambiables, porque entre el ser y el ser político de la clase no hay más que una diferencia práctica, en el sentido de que el segundo es la forma contingente del primero. Además, aparece la convicción de que este protagonista, el proletariado, no tiene necesidad de organizarse y expresarse en un plano autónomo porque crea y destruye una y otra vez sus formas políticas, como mera expresión práctica, más o menos adecuada, formas adoptadas en el curso de un proceso donde la formación de la conciencia se halla totalmente en la ubicación objetiva dentro de las relaciones de producción y en la lucha. De acuerdo con esto, Engels escribió, a modo de conclusión de su escrito *Para la historia de la Liga de los Comunistas:* "Hoy el

proletariado alemán ya no tiene necesidad de ninguna organización oficial, pública, o secreta. La simple unión, que se comprende por sí misma, entre compañeros de clase de la misma opinión es suficiente –sin todos los estatutos, los niveles dirigentes y todas las otras formas imaginables– para sacudir al Imperio alemán... El movimiento internacional del proletariado europeo y americano se ha hecho ahora tan fuerte que no solo su primera forma restringida –la liga secreta– sino también hasta su segunda forma, infinitamente más amplia, la asociación pública internacional de los obreros, se ha convertido para aquél en un obstáculo; y el simple sentimiento de solidaridad, basado en la convicción de la identidad de su situación de clase, es suficiente para crear y mantener unido un mismo y gran partido del proletariado entre los obreros de todos los países y todas la lenguas."

Son palabras de 1885[3]. Pero las implicaciones, mucho más ricas que en el texto de Engels, que se hallan en la base de este modo de expresarse del proletariado se recogen sobre todo allí donde Marx describe el desarrollo de la lucha de clases. Recuérdese el célebre pasaje del *Dieciocho Brumario*: "Pero la revolución va hasta el fondo de las cosas. Está atravesando ahora por el Purgatorio. Trabaja con método... Primero elabora a la perfección el poder parlamentario, para luego derrocarlo. Cuando ha alcanzado este resultado, impulsa hasta la perfección al poder ejecutivo, lo reduce a su expresión más pura, lo aísla, se lo pone de frente como único obstáculo, para concentrar en él todas sus fuerzas destructivas. Y cuando la revolución haya dado término a esta segunda mitad de su trabajo preparatorio, saltará de su asiento y gritará: ¡Bien cavado, viejo topo! "[4]

EL MODELO DE LA COMUNA

¿Qué es, en este contexto, la revolución si no un producto del crecimiento material de la lucha de clases, de su adopción de expresiones políticas, de conciencia subjetiva en formación, donde ninguno de los tres momentos es separable del otro? Esta idea de la revolución, el viejo topo, no admite una interpretación de tipo mecanicista, evolucionista, porque su motor es la arrolladora violencia del proletariado, que quiebra las formas precedentes; pero tampoco es identificable con un proyecto subjetivo, un esquema *a priori* con respecto a los procesos materiales en curso, en resumen, una conciencia de la historia y de la clase *que preceda* a la historia y a la clase y sea externa, separada de ellas. En la distinción que establece Marx entre *ser social* y *conciencia* se encuentra también el cordón umbilical profundo entre los dos momentos, cordón que los anima y los cruza. En el mismo *Dieciocho Brumario*, esa relación –que no tiene nada de idílico, sino que es ella misma un fatigoso parto del movimiento– explica que, en

contraposición a las "efímeras" revoluciones burguesas, "las revoluciones proletarias... del siglo XIX se critican continuamente a sí mismas; interrumpen a cada instante su curso; vuelven sobre lo que parecía cosa terminada para recomenzar de nuevo; se burlan despiadadamente, sin consideración por las medias tintas, de las debilidades y las miserias de sus primeros intentos; parecen abatir a su adversario sólo para que éste extraiga de la tierra nuevas fuerzas y se levante de nuevo más formidable frente a ellas; se retraen continuamente, espantadas por la infinita inmensidad de sus objetivos, hasta que se crea la situación en la que se hace imposible todo retroceso y las circunstancias mismas gritan: *¡Hic Rhodus, hic salta!* "[5] Aquí parece ponerse el acento, con fuerza aún mayor, en la objetividad del enfrentamiento que casi acucia y fuerza a la conciencia (*¡Hic Rhodus, hic salta!*) y la voluntad subjetiva de la clase, que todavía participa de la inercia de lo existente, a pesar de ser factor del cambio. El punto de fusión entre *ser social* y *conciencia* (cuestión que, como veremos, está en la base de la teoría leninista del partido) es en Marx, claramente, la *praxis*. En otras palabras, a la pregunta acerca de "cómo" la clase adquiere conciencia de su ser social objetivo, la respuesta es: "en la práctica, en el proceso de la lucha". Señala agudamente Lelio Basso[6] que la clave, si se tiene necesidad de un enunciado teórico, se encuentra en las *Tesis sobre Feuerbach*, y particularmente en la tercera glosa. Esto es, la conciencia no es el producto de un "saber", sino de un "ser en movimiento", en transformación, de una relación activa con la naturaleza o la sociedad. Creada por el capitalismo, la clase obrera recibe de él conformación y dimensiones, y al mismo tiempo la situación de alienación; es su ubicación real lo que la lleva a negarlo. La lucha de clases, pues, tiene sus raíces materiales en el mecanismo mismo del sistema; y la revolución —esto es, el proceso destinado a superarlo— es un devenir social, la expresión de ese antagonismo, que se construye una y otra vez las formas políticas que la clase obrera necesita y que constituyen su organización, su partido. Por tanto, en Marx, si bien partido y proletariado parecen intercambiables, sólo es así en el sentido de que el primero es la forma *política* del segundo, constituye su modo de ser transitorio —participa de las imperfecciones históricas de las instituciones políticas concretas (y también por esto es útil la lectura del *Dieciocho Brumario*)— mientras que el proletariado es el sujeto histórico permanente, con raíces en la materialidad del mecanismo capitalista; en suma, constituye los pies en la tierra de la dialéctica hegeliana invertida. No es por azar que está destinado a quebrar y hacer desaparecer los modos tradicionales de la expresión política, y también los propios, por lo que tienen en sí de momento separado de la administración social. Esto es lo que sucedió, en efecto, en esa única forma de revolución y sociedad revolucionaria que Marx toma como ejemplo: la Comuna de 1871. En

ésta, la violencia proletaria no sólo había destrozado el poder burgués, sino también sus estructuras (Lenin deducirá coherentemente de esto que el poder proletario no puede servirse de la máquina del estado burgués, sino que la debe destrozar); la democracia directa no aparecía como la forma primaria del poder proletario, sino como su forma *específica*. En el modelo de la Comuna, pues, revolución y sociedad revolucionaria se perfilaban, no sólo como extinción del estado, sino, más profundamente, como progresiva extinción de la dimensión *política* como dimensión separada del ser social y contrapuesta a él, ser que entonces se recompone en su unidad. Así como el proletariado en lucha no producía una institución aparte, distinta de su ser inmediato, así tampoco crearía un estado propio, distinto del ser inmediato de la nueva sociedad. Si en Marx, por consiguiente, no hay una teoría del partido, es porque en su teoría de la revolución no existe necesidad de ella ni espacio para la misma.

EL HORIZONTE DE LENIN

La cuestión del partido revolucionario y la teoría del partido nacen con Lenin. Tienen, por ende, una precisa ubicación histórica en el paso de la fase en la que Marx y Engels preveían un enfrentamiento relativamente rápido entre capitalismo y proletariado en el corazón de Europa a una fase en la que este enfrentamiento no parece tan maduro como para poder prescindir de una fuerte acentuación subjetiva, una especie de forzamiento de la historia. A comienzos del siglo, el horizonte de Lenin se halla rigurosamente definido por dos hechos: el primero es que la crisis del capitalismo en el paso a su fase imperialista, se revela más compleja. Se agigantan los mecanismos de concentración, y las contradicciones más explosivas sufren una dislocación. "Han cambiado las formas, el orden y la fisonomía de las crisis particulares, pero las crisis continúan siendo parte integrante del régimen capitalista."[7] La tesis de la inevitabilidad del *derrumbe* perdurará mucho tiempo en el ala revolucionaria, mucho después de la muerte de Lenin; pero en el lapso de su vida, éste debió dar cuenta de una mayor capacidad de resistencia del sistema y de menor iniciativa de la clase obrera que las que se podían prever en la fase que Lenin define como la primera gran fase revolucionaria[8]: la que va de 1848 a la Comuna de París. De 1872 a 1905, en cambio, se extiende la larga fase "pacífica, por ausencia de revoluciones", fase que termina, por lo demás, con la revolución de 1905 en Rusia y con el gran despertar asiático, en dos zonas excéntricas, "paradójicas"[9], con respecto a la fortaleza capitalista. En esa fase no han sido menores las contradicciones de clase, pero se pusieron en práctica los que llamaríamos mecanismos "de integración", el primero de los cuales fue el gran empuje

revisionista, el bersteinismo, el oportunismo de la Internacional, que llegará hasta la traición de la primera guerra mundial.

De allí derivan las dos grandes cuestiones, destinadas a distinguir las revoluciones del siglo XX y que llevan la impronta de Lenin. La primera es que la ruptura del sistema capitalista e imperialista se ha producido en zonas "inmaduras" según el esquema marxista. Las implicaciones teóricas que se habrían podido derivar de esto fueron pasadas por alto, en el movimiento comunista, mediante el recurso a la tesis del paso obligado de las zonas "atrasadas" por la revolución democrática antes de llegar a la socialista; al menos hasta que, en la década de 1950, los comunistas chinos y, en parte, algunas corrientes del Tercer Mundo tentaron una revisión mediante la teoría de las "zonas de tempestad revolucionaria". Tratándose de un tema tan complejo, basta subrayar para los fines de estas notas que esos movimientos, o revoluciones, presentaron un protagonista que no siempre se identificó con el proletariado. La segunda cuestión es que, dentro de este cuadro, el problema de la organización política se plantea de manera diferente de la formación espontánea de una vanguardia de la clase en el fuego del enfrentamiento. Este, más que adelantado, debe ser preparado: cuanto más inmadura está la sociedad, tanto más corresponde a una vanguardia la tarea de acortar, por así decir, la distancia entre condiciones objetivas, intolerabilidad de la explotación y explosión del conflicto, informando y formando al explotado y al oprimido acerca de su situación real, arrancándolo a la ignorancia o a la resignación, indicándole la posibilidad de una revuelta y enseñándole el método y la estrategia, en síntesis, haciendo de él un revolucionario.

Una vanguardia de esta naturaleza puede ser externa al cuerpo que está llamada a formar; en cierto modo, ha sido fuera de él donde ha debido aprender esa pedagogía de la lucha que luego deberá trasmitir. Tal es, en esencia, el partido revolucionario, paradojalmente portador del análisis y del ideal de Marx, y extraño al proceso lucha-conciencia delineado por Marx. En esta forma de organización, sea como fuere, se expresó el ala revolucionaria del movimiento obrero, y no sólo en el lugar y la época en que debía edificarse, so pena de remitir la revolución a una imprecisa "madurez"; también en Europa, donde las condiciones objetivas eran más afines a la hipótesis de Marx, la crisis de la socialdemocracia y la incapacidad de salir de ella mediante un modelo diferente —solamente Gramsci y Rosa Luxemburg se plantearon, de distinta manera, el problema— hicieron imposible una fusión más plena con la hipótesis marxista.

Lenin ofreció un fundamento teórico de esta concepción del partido en el *¿Qué hacer?*. Es imposible leer esta obra prescindiendo de la discusión con el evolucionismo y el economismo, es decir, con los disfraces ideológicos del oportunismo de la Segunda Internacional. Pero también es imposible no ver que, si bien pretende ser una rígida exégesis marxista contra las deformaciones de la derecha, se trata de una radical revisión de la relación entre clase y partido, en su fundamento clase-conciencia de clase. En este punto, como se ha observado, Lenin consideró "profundamente justas" las ideas de Kautsky, quien polemizaba con aquellos que sostenían que "el desarrollo económico y la lucha de clases no crean solamente las condiciones de la producción socialista, sino que también generan directamente la *conciencia* de su necesidad. (...) La conciencia socialista sería, en consecuencia, el resultado necesario y directo de la lucha de clases proletaria. Pero esto es completamente falso. El socialismo, como doctrina, evidentemente tiene sus raíces en las relaciones económicas contemporáneas, al igual que la lucha de clases del proletariado... pero socialismo y lucha de clases nacen uno junto al otro, y no uno del otro; surgen de premisas diversas. La conciencia socialista contemporánea no puede surgir más que sobre la base de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es, lo mismo que la técnica moderna, una condición de la producción socialista, y el proletariado, por más que lo desee, no puede crear ni una ni otra... Los poseedores de la ciencia no son los proletarios, sino los *intelectuales burgueses*; también el socialismo contemporáneo ha nacido del cerebro de algunos miembros de esta clase, y ha sido comunicado por ellos a los proletarios más elevados en cuanto a su desarrollo intelectual, los cuales luego lo introducen en la lucha de clases allí donde las condiciones lo permiten. La conciencia socialista es, por ende, un elemento importado del exterior (*von aussen hineingetragenes*) en la lucha de clases del proletariado, y no algo que surge espontáneamente (*urwuechsig*)... La tarea de la socialdemocracia es introducir en el proletariado la *conciencia* de su situación y de su misión"[1.0]. Es sabido, además, que Lenin reforzó este juicio agregando que la lucha obrera por sí misma nunca puede ir más allá de las simples reivindicaciones económicas (por lo cual la espontaneidad que pregonaba la *Rabóchaia Misl* no constituía más que la justificación ideológica de una elección objetivamente tradeunionista, no revolucionaria) y, en consecuencia, sería por su misma naturaleza incapaz de comprender las relaciones entre las condiciones de explotación y la infraestructura política del estado burgués, de las que derivan también las contradicciones políticas entre la autocracia y las otras clases. El objetivo de Lenin es en ese momento liberar la socialdemocracia del

"economismo", lanzar al proletariado a la lucha contra la autocracia y crear un adecuado instrumento de organización. No se enfrasca, por ello, en una discusión filosófica, y se limita a justificar su afirmación de este insuperable vicio de origen del instinto de clase mediante la descripción de cómo suceden las cosas, en la cual incluye una curiosa reconstrucción idealista del nacimiento del marxismo como producto de la cultura, y nada más[11]. De aquí se derivaba una súbita separación, un paralelismo, entre el ser social material (la clase, el proletariado) y la lucha política por el socialismo (un proyecto expresado por la cultura, generosa teoría de la emancipación del hombre en la edad moderna), y por ende la justificación de la vanguardia, sede del proyecto político, como algo legítimamente externo a la clase.

La dialéctica marxista, donde el sujeto es el proletariado y el objeto la sociedad creada por las relaciones capitalistas de producción, se convierte en una dialéctica entre clase y vanguardia[12], en la cual la primera tiene la capacidad del "dato objetivo", mientras que la segunda, el partido, es el sujeto, la sede de la "iniciativa revolucionaria". Dejando de lado por el momento las consecuencias políticas de esta posición, es evidente su raíz idealista. Si bien es cierto que es menester precaverse contra una interpretación "mecanicista" del pensamiento de Marx, queda por ver cómo es posible decirse marxista y afirmar que la conciencia tiene un origen diferente del ser social —"no es la conciencia de los hombres la que determina el ser, sino que por el contrario es el ser el que determina la conciencia"—; y si el paso de ser a la conciencia *en el* proletariado presenta un punto de dificultad teórica, se vuelve francamente insoluble, impone una recaída vertical en el hegelianismo, si se hace derivar la conciencia de la conciencia; peor aún, presenta la paradoja de una *conciencia del proletariado como producto de la conciencia de los intelectuales*, que de pronto son abstraídos del ser social, y de todos modos no participan de la clase.

LA TENTATIVA DE ROSA LUXEMBURG

La tentativa teórica y política de Rosa Luxemburg consistió en resolver el mismo problema planteado por el retraso revolucionario del proletariado europeo con respecto a las previsiones de Marx, pero desde el *interior* de la concepción marxista de la conciencia de clase, y no mediante la aceptación de la tesis leninista de una vanguardia externa. Por ello, Luxemburg fue acusada de "espontaneísmo", forma ideológica, en este caso, no del oportunismo, como en el caso de la derecha economista rusa, sino de un "aventure-

rismo de izquierda". En realidad, Luxemburg no teorizó en ningún momento acerca de la posibilidad de que las masas prescindan de una vanguardia organizada, que para ella se identificaba con el partido; pero el origen de esta necesidad, en su parecer, no está en la ausencia de una dimensión *política* de la lucha obrera como tal, sino en su fragmentación objetiva y en la necesidad de una estrategia unificadora. Son, en suma, las necesidades políticas *directas* de la clase las que exigen en cierto momento la unidad estratégica. Luxemburg niega decididamente que la teoría de la lucha de clases pueda inducir a prescindir de ella: "La lucha de clases proletaria es más antigua que la socialdemocracia. Producto elemental de la sociedad de clases, apunta ya con el surgimiento del capitalismo en Europa. No es la socialdemocracia la que ha educado por vez primera al proletariado moderno... sino que es éste el que la ha llamado para dar conciencia del objetivo y coordinación a los diversos fragmentos locales y temporales de la lucha de clases."[13] "La historia de las revoluciones pasadas muestra que los movimientos populares violentos, lejos de ser un producto arbitrario y consciente de los llamados 'jefes' y de los 'partidos'... son más bien fenómenos sociales absolutamente elementales, que tienen su origen en el carácter clasista de la sociedad moderna. La aparición de la socialdemocracia todavía no ha modificado nada de este estado de cosas ni su papel consiste en prescribir leyes al desarrollo histórico de la lucha de clases, sino a la inversa, en someterse a sus leyes y, de este modo, someterlo."[14] La unión entre espontaneidad y organización se encuentra en las *leyes* del desarrollo histórico de la lucha de clases, esto es, en su base material, no asimilable a la conciencia que tiene de sí la masa (que, "como *Thalatta,* el mar eterno, oculta siempre dentro de sí todas las posibilidades latentes; la masa es siempre lo que *debe* ser forzada por las circunstancias, y siempre está dispuesta a convertirse en algo totalmente distinto de lo que parece"[15]), pero tampoco mero producto de la cultura, esa "ideología del socialismo", independiente del desarrollo histórico natural, que Lenin contrapone en el "*¿Qué hacer?* " a la "ideología burguesa".

La posición de Rosa Luxemburg fue condenada por la Internacional[16], pero, antes aún, por la derrota de la revolución alemana y occidental, esto es, de la única revolución con respecto a la cual tenía plausibilidad histórica. Esta condena estuvo cargada de consecuencias organizativas, puesto que el punto teórico oculta un núcleo práctico: el problema de la dirección. En efecto, cuando se ubica el *sujeto* en el *interior de la clase* (sea cual fuere la complejidad de la dialéctica entre ser y conciencia), la organización política, el partido, aparece simplemente como su instrumento, al que siempre se puede exigir cuentas; pero cuando se desplaza al sujeto a la *vanguardia política externa*, esta tiene en sí misma un principio de legiti-

midad y de autorregulación, y exige a la masa que se adecue a ella.

Lenin tuvo aguda conciencia de este problema, y de hecho, una vez ganada la batalla contra la derecha y creado el partido revolucionario, su concepción inicial, iluminista, de la "conciencia inducida" fue, más que moderada, contradicha por la tesis "todo el poder a los soviets", expresión directa de la clase, evidentemente dotada de conciencia, hasta el punto de poder dirigir la nueva sociedad. Decimos "contradicha" no solamente porque en la práctica la relación entre los soviets y el partido tuvo un breve y frágil equilibrio, sino también porque revela en Lenin un salto entre la teoría de la toma del poder y la teoría de la revolución, en el sentido de que la primera tendría como sujeto la vanguardia política y la segunda la clase. La diversidad de contextos explica la parcialidad de las posiciones, pero subsisten como tales. Testimonia la complejidad de la relación entre la clase y su organización, y su cambio de acento en el proceso histórico concreto.

EL ITINERARIO DE GRAMSCI

En el pensamiento de Gramsci la polaridad es evidente. El Gramsci de los "consejos", sovietista y antijacobino tiene un acento luxemburguiano, por así decir; más aún, llega a identificar con la red de los consejos, sede del autogobierno de los productores, la totalidad de la organización política, la realidad italiana de la Internacional Comunista.[17] Tal vez sea menester ubicar esta posición límite en el cuadro de la polémica interna del Partido Socialista; pero es cierto que la experiencia turinesa de Gramsci se basa íntegramente en la hipótesis de un incremento de la clase como sujeto político directo, con respecto a la cual el partido —como se dice en el célebre pasaje sobre la Revolución rusa— es un punto de referencia ideal, de elaboración coherente, una vanguardia intelectual y moral, un instrumento, pero no el único, de la expresión política. Esta no necesita mediaciones; ya se forma en los consejos, en el autorreconocimiento de la clase como alternativa revolucionaria, nueva sociedad *in fieri*. Diez años después, en las notas sobre Maquiavelo, el acento se desplaza: cae sobre la vanguardia, el príncipe, el único que está en condiciones de interpretar la realidad liberando sus potencialidades aún informes. Sin su intervención, la realidad misma no llega a adquirir un rostro, a reconocerse. La *autonomía* del momento político, que es justamente "el descubrimiento" de Maquiavelo, cuando es asumido como principio válido también por el partido revolucionario, explícitamente lo desarraiga de su base material y cierra en sentido opuesto al de la "democracia directa" la dialéctica entre clase y conciencia.

No es de sorprender, pues, que hayan recurrido a Gramsci, con igual unilateralidad, tanto los sostenedores de la polémica "conciliar" que resurgió después de 1956 como los que han querido buscar en él una confirmación teórica de la supremacía, no sólo del partido, sino también de los grupos dirigentes.[18] La verdad de Gramsci, y su fascinación, está en el arco de su itinerario, eco teórico de la crisis de las revoluciones de la década de 1920, reflexión sobre la complejidad de la relación entre espontaneidad y organización en lo concreto de una atmósfera histórica dramática, de derrota del movimiento, donde la salvación parece estar solamente en la referencia internacional a la Unión Soviética y en el mantenimiento a toda costa de una vanguardia, por restringida que sea, en cada país particular. Pero está también en un acento nunca debilitado, tan vivo en el período de los Consejos como en el de la "guerra de posiciones", en la complejidad del tejido social y de sus formas de expresión, en la necesidad —por ende— de toda organización, sea "directa" o "vertical", de presentarse como síntesis de un proceso rico en articulaciones y mediaciones, reflejo real, material e histórico del ser social. Es una verdad que no anula el carácter político diferente de las dos concepciones, pero las colorea con una preocupación común; tanto es así que, sin llegar a estar anatematizado como Rosa Luxemburg, Gramsci mantuvo durante largo tiempo cierto olor de herejía en el movimiento comunista.

LA BUSQUEDA DE NUESTRO TIEMPO

Dicho movimiento, en efecto, no reabrirá después de Lenin la discusión sobre la relación entre el partido y la clase, como no sea en forma bastante parcial e indirecta, como exhortación repetida a una "mejor vinculación del partido con la masa", esto es, como problema de mecanismo democrático, de funcionalidad de la vanguardia, de lubricación de sus canales de comunicación y de grado de receptividad. En sus puntos más avanzados, como en el partido comunista italiano, ha asumido, inspirándose justamente en Gramsci, una complejidad y una articulación rica en matices, no solamente en función de la vida interna, sino también de la interpretación de una realidad nacional, que debe ser abordada con un progresivo afinamiento del instrumento político. Pero se trata de una investigación sobre la funcionalidad del instrumento, de la institución, y no de otra cosa. Tampoco el dramático debate sobre el estalinismo en las sociedades socialistas europeas va, por lo común, más allá de este horizonte; de este modo, es un discurrir interno de la *política* y, por consiguiente, se halla permanentemente limitado por una frontera protectora e institucional. Donde se realiza, oscila entre el sectarismo y la desviación de derecha: defensa de un monolitismo de hecho o propuesta, como

solución, del pluripartidismo también el seno de la sociedad socialista. Sólo uno de los países socialistas, China, ha vuelto a proponer, en el curso de su revolución y sobre todo en la tentativa magmática y tumultuosa de la "revolución cultural", un desplazamiento de los términos teóricos de la cuestión partido-masa, en el sentido de una apelación permanente a la masa y a la objetividad, no solamente de sus necesidades, sino también de sus formas más inmediatas de conciencia (el "campesino pobre", el más desheredado, como eje de la construcción del movimiento, allí adonde llega el Ejército Rojo o su propagandista), como patrón de medida de la justeza del proceso político y, por ende, como elemento al que debe subordinarse la organización. Pero este acento sobre la materialidad de las condiciones está garantizado por el carácter carismático del "pensamiento justo" de Mao, comadrona de la toma de conciencia y garante del proceso subjetivo. En esta dualidad reside una irrepetible potencialidad explosiva, que de tanto en tanto quebranta las formas concretas de la organización política o de la administración del estado, pero para reproducir una nueva organización, con su momento rígido de centralización, con sus formas específicas y externas a la masa. Más que de una dialéctica, creemos que debe hablarse de una antinomia no resuelta, que se mantiene como sistema práctico, empírico, de corrección recíproca, tal vez el único que, en condiciones de inmadurez de las fuerzas productivas y —en parte—, sociales, como sucede dramáticamente en China, no permite que la relación clase-partido se cierre en una verticalidad, a la cual la impulsaría la misma enormidad de los problemas que es necesario resolver, en una ilimitada extensión humana. El problema teórico permanece, así, sin resolver, pero subsiste allí donde, en las otras sociedades socialistas, se ha cerrado en la repetición empobrecida de la fórmula leninista, revisada por la experiencia estalinista.

La discusión ha seguido en grupos periféricos a la vida del movimiento obrero, hasta los últimos años. Pero allí donde se la ha abordado —en Italia con la discusión sobre los consejos,[19] en Francia con la polémica contra Sartre iniciada en 1952 por Merleau-Ponty y Claude Lefort y continuaba luego en el interior de la revista *Socialisme ou Barbarie*[20] — ha revelado un límite de fondo. No tanto en el plano teórico, en el sentido de una atenta revisión filológica, de una contribución también interesante —sobre todo en Francia— a algunos de los temas de Lukács, como en el plano político, que es sin embargo el que imprime su fuerza a los momentos elevados de la discusión teórica en Marx, Lenin, Luxemburg y Gramsci. Estas discusiones en Europa sobre la teoría del partido han tenido siempre, en la década de 1920 y ahora, un tinte "de izquierda"; han sido siempre el reflejo de una comprobación: el retardo o la latencia del movimiento revolucionario en Occidente. Pero todas han intentado hallar una

solución que fuese un "retorno a los orígenes", marxistas o gramscianos, como tentativa de volver a encontrar una relación "pura" entre la clase y su expresión política, dentro del mecanismo de explotación y sólo de él.

Todas las posiciones que, contra el empobrecimiento de las fuerzas institucionales del partido o del sindicato, defendían en este período la prioridad de la clase como sujeto político, aceptasen o negasen la necesidad de una organización, han ofrecido un blanco a la crítica que Lenin dirigía al "economismo" de su tiempo, esto es, a una reducción de la clase, o de la relación de explotación, esencialmente a la relación entre el capital y el trabajo, eludiendo todas las implicaciones políticas, nacionales e internacionales de la lucha de clases. De éstas terminaban por hacerse cargo, con mayor capacidad —pues de elaboración y receptividad, justamente esas instituciones de la clase señaladas como pura negatividad. Una relectura de la polémica "conciliar" revela la ahistoricidad, la parcelación de la propuesta política y un sesgo curiosamente "insurreccional" allí donde se desearía reencontrar a Marx en su integridad; que es el límite, la imposibilidad, en adelante, de un razonamiento de clase que prescinda de toda la organización del capital como sistema total de las relaciones sociales. Así, en la discusión de *Socialisme ou Barbarie*, no es casual que Lefort —quien, sin embargo, con no pocas buenas razones criticaba la total reducción que Sartre realizaba en ese momento de la clase al partido— considera irrelevante que la clase obrera francesa se bata o no contra el general Ridgeway, como asunto que no le afecta. Los importantes hechos que representan la expresión del movimiento obrero, en el siglo XX, como socialdemocracia o leninismo, o más bien, la versión estaliniana del partido leninista; la existencia de la Unión Soviética y de las relaciones de fuerza que derivan de ello en escala mundial; las reiteradas revoluciones o momentos revolucionarios en zonas "inmaduras" y, por ende, su estructuración, si no en los partidos comunistas, en forma aun más verticales (siempre justificadas, precisamente, por la inmadurez objetiva y la urgencia subjetiva de la revolución), todo esto se halla ausente de esa polémica y la condena a una esencial esterilidad.

Frente a ella, el movimiento comunista, en su concreción, puede acreditarse fácilmente su operatividad histórica real. También es cierto que a menudo ha tendido a hallar en ésta toda su justificación y una suerte de exención de todo reexamen crítico; y es cierto que a menudo la institución —una institución compuesta por la milicia y el sacrificio de millares de hombres y convertida en la protagonista del siglo XX— se ha sentido tentada a ver su fin en la propia conservación como órgano político, antes que una comprobación permanente en la clase que quiere representar.[21] Pero al lenguaje de los hechos, sobre todo cuando éstos asumen tales dimensiones, sólo

puede contestarse con otros hechos. En el terreno práctico y teórico, la existencia de los partidos comunistas no podía ser puesta en tela de juicio por una *reflexión* sobre la clase, y menos como aquélla, viciada por los límites que hemos indicado. Sólo puede ser puesta en tela de juicio por una sustancial modificación de las *relaciones* reales que plantee bruscamente a la vanguardia, no si tiene los papeles en regla según la teoría, sino si está o no a la altura de las potencialidades del movimiento, si se adelanta a él o si lo sigue detrás. Elaborado a principios del novecientos como instrumento de una revolución fuera del corazón del capitalismo avanzado, el esquema leninista de la relación entre clase y partido vuelve a la discusión sólo en el replanteo del problema de la revolución en las sociedades avanzadas.

Cuál es a nuestro modo de ver, la solución, o al menos una hipótesis sobre la cual trabajar, se verá en la conversación con Sartre que reproducimos a continuación. Y no puede sino ser objeto de una investigación y una discusión con el conjunto del movimiento. No es casual que se replantee en todos los niveles, sea dentro de los partidos comunistas, más abiertos y receptivos a las inquietudes provenientes de las nuevas formas de lucha, sea entre los grupos que, surgidos en el curso de los últimos años, han quemado rápidamente la etapa de una visión elemental de la espontaneidad. Para concluir estas notas queremos subrayar solamente dos puntos. El primero es que, si bien es cierto que la cuestión de la relación entre clase y partido tiene un valor teórico sólo en la medida en que sea políticamente madura –lo cual es otro modo de decir que la única teoría con sentido es la que surge en el seno de cierta praxis, de un proceso de la historia–, ninguna solución es posible si no parte de un atento análisis de las diversas contradicciones de clase en la sociedad avanzada, de las formas concretas de lucha, de las necesidades que crea *hoy* la crisis del capitalismo. Queremos decir, en resumen, que una teoría de la organización se halla estrechamente vinculada con una hipótesis acerca de la revolución, y no puede ser separada de ella. El segundo es que la tensión que acosa a las instituciones históricas de la clase, partidos y sindicatos, no proviene solamente de un límite subjetivo. Proviene del crecimiento de una dimensión política cada vez más estrechamente ligada al ser social, cada vez más celosamente interior a su toma de conciencia. Cada vez menos delegable. En síntesis, se acorta esa distancia entre vanguardia y clase que fue el origen del partido de Lenin. La hipótesis de Marx se perfila en los movimientos de mayo en Francia, en los sobresaltos que recorren a nuestra sociedad y que tienden a eludir su encuadre, aún el más dúctil y atento, en una dimensión puramente política. Sólo de esta comprobación puede partir en adelante el problema de la organización. De Marx estamos volviendo a Marx.

Discusión entre Sartre y la dirección de Il Manifesto

MASAS, ESPONTANEIDAD, PARTIDO*

Manifesto: Durante los acontecimientos de mayo en Francia y, en general, durante las luchas obreras de 1968, los movimientos de base reprocharon a los partidos comunistas no solamente su degeneración burocrática o sus opciones reformistas; también criticaron la idea misma de *partido*, de organización política, estructurada, de la clase. Cuando el movimiento de base sufrió un reflujo, muchos grupos "izquierdistas" volvieron a poner el acento, contra el espontaneísmo, en la organización, preconizando el retorno a un leninismo "puro". Creemos que ninguna de estas dos actitudes es satisfactoria. Pensamos que sólo se puede criticar el espontaneísmo con la condición –y aquí reside la enseñanza de 1968– de ver que la madurez subjetiva de la clase exige hoy una nueva forma de organización, adaptada a las necesidades de la lucha en las sociedades capitalistas desarrolladas.

Quisiéramos centrar esta conversación en las bases teóricas de este problema. Usted se ocupó de ellas, desde la ya clásica discusión de 1952 (*Los comunistas y la paz*) y la polémica posterior con Lefort y con Merleau-Ponty, hasta la *Crítica de la razón dialéctica*, pasando por *El fantasma de Stalin* (1956). En 1952 se lo acusó de hipersubjetivismo, se le reprochó no reconocer a la clase otra existencia que en el interior del partido; en 1956 se le hizo la acusación inversa: un objetivismo que tendía a explicar el estalinismo como el producto inevitable de una situación histórica. En realidad, creemos que estas dos posiciones tienen una base común en el concepto de atraso estructural del país donde tuvo lugar la Revolución de Octubre, las "necesidades" impuestas por el hecho de que la revolución no estaba "madura" y porque el socialismo debía construirse durante una fase de acumulación primitiva. En esta situación específica, usted consideró que el partido debía superponerse, necesariamente, a una masa que no había alcanzado el nivel de conciencia suficiente. ¿Cree usted que debe revisarse esta imagen del partido que fue la suya y la nuestra, du-

* Conversación grabada el 27 de agosto de 1969, en Roma.

rante la década del cincuenta—, porque la situación ha cambiado o, al contrario, porque las formulaciones de entonces estaban contaminadas de carencias teóricas que después aparecieron claramente?

Sartre: Seguramente había carencias. Pero hay que situarlas históricamente. En 1952, cuando escribí *Los comunistas y la paz*, la elección política esencial era la defensa del PCF (Partido Comunista de Francia) y, sobre todo, de la URSS, acusada de imperialismo. Era esencial rechazar esta acusación si no se quería estar del lado de los norteamericanos. Más tarde se reveló que la URSS, al actuar en Budapest como no lo había hecho Stalin —por inteligencia política o por otras razones— en 1948 con Yugoslavia, y luego, al reincidir en Checoslovaquia, se comporta como una potencia imperialista. Al afirmar esto no entiendo emitir un juicio moral. Sólo afirmo que la política exterior de la URSS parece fundamentalmente inspirada por su relación de antagonismo con los Estados Unidos, y no por un principio de respeto y de igualdad frente a los otros estados socialistas. De esta comprobación surge mi posición de 1956. Llegado a este punto, yo no podía, evidentemente, dejar de notar la contradicción con mis posiciones de 1952. Traté de explicarme sobre esto en la *Crítica de la razón dialéctica*. Todavía se trata, por cierto, de una solución formal a la que hubiera debido seguir un análisis histórico de la URSS en la época de Stalin, análisis ya esbozado y que forma parte de un segundo tomo de la *Crítica*, que probablemente no aparezca nunca.

En resumen, lo que traté de mostrar a propósito de conceptos como *masa, partido, espontaneidad, serialización, canales, grupos,* representa un embrión de respuesta a este problema; en el fondo, traté de mostrar que el partido es, en relación con la masa, una realidad *necesaria* porque la masa, por sí misma, sólo tiene *espontaneidad*. Por sí misma, la masa sigue siendo serial. Pero, inversamente, cuando el partido se transforma en institución, es —salvo circunstancias excepcionales— reaccionario en relación con lo que él mismo suscita o crea, es decir, el *grupo en fusión*. En otros términos: el dilema espontaneidad-partido es un problema falso. Desde la perspectiva de la conciencia de sí, la clase no parece homogénea sino más bien un conjunto de elementos, de grupos que defino como "en fusión". Entre los obreros siempre encontramos grupos en fusión en una fábrica donde se desarrolla una lucha durante la cual los individuos establecen relaciones de reciprocidad, gozan, en relación con el conjunto, de lo que denominé una "libertad salvaje" y toman una conciencia precisa de su ser de clase.

Pero junto a esos grupos en fusión, hay otros obreros que, no unidos por una lucha, siguen estando serializados y, por lo tanto, son incapaces de espontaneidad porque sólo se vinculan con los otros por una relación de reificación, una relación serial. Son constantemente

otros que ellos mismos, porque se designan únicamente mediante una relación con el otro. Hasta en un grupo en fusión —por ejemplo una fábrica en huelga— pesan e intervienen continuamente relaciones de serialidad (masificación, etc.). El mismo obrero que, en su lugar de trabajo, se encuentra en un grupo en fusión, puede estar completamente serializado cuando está en su casa o en otros momentos de su vida.°Nos encontramos, pues, con formas de conciencia de clase muy diferentes: por una parte una conciencia desarrollada, por la otra una conciencia casi inexistente, y entre ambas una serie de mediaciones. Por eso no creo que se pueda hablar de una *espontaneidad* de clase; sólo es correcto hablar de *grupos*, producidos por las circunstancias, que se crean según las situaciones y que, al crearse, no encuentran no se sabe bien qué espontaneidad profunda, sino que experimentan una condición específica sobre la base de situaciones específicas de explotación y de reivindicaciones precisas, experiencia durante la cual se piensan a sí mismos de manera más o menos justa.

Una vez dicho esto, ¿qué representa el partido en relación con la serie? Algo bueno seguramente, pues impide caer en la serialidad completa. Los miembros de un partido comunista seguirían siendo también individuos aislados y serializados si el partido no los constituyera en grupo mediante un vínculo orgánico que permite que el comunista de Milán se relacione con otro obrero comunista de cualquier otra región. Además, gracias al partido se forman, durante la lucha, muchos grupos, porque el partido facilita la comunicación. Sin embargo, en relación con el grupo en fusión que él mismo contribuyó a crear, el partido, por lo general, se encuentra con la obligación de absorberlo o de renegar de él. En relación con el grupo, cuya estructuración nunca llega más allá de una especie de pacto recíproco, el partido está mucho más fuertemente estructurado. Un grupo se forma en caliente, por ejemplo en vista de un objetivo ("Hay que tomar la Bastilla") e, inmediatamente después de la acción, los individuos que lo componen se encuentran, inquietos, uno frente al otro, y tratan de establecer, en su libertad, un vínculo que pueda remplazar el vínculo inmediato que se había creado en la acción, es decir, una especie de pacto o de juramento que, a su vez, tiende a constituir un embrión de serie y a establecer entre ellos una relación de contigüidad reificada. Esto es lo que denominé *"Fraternité et terreur"*. El partido, al contrario, se desarrolla como un conjunto de instituciones, y por lo tanto como un sistema cerrado, estático y tendiente a la esclerosis. Por esta razón está siempre atrasado en relación con la masa en fusión, aunque trate de dirigirla, porque la empobrece, porque trata de subordinarla a él, cuando no llega hasta renegar de ella, a desolidarizarse de ella.

El pensamiento y la acción de todo grupo reflejan, necesariamente, su estructura. Se produce así lo siguiente: el pensamiento de un

grupo en fusión —porque nace en el fervor de una situación específica y no por alguna extraña "espontaneidad"— tiene una carga más fuerte, más crítica, más nueva que la de un grupo estructurado. En tanto institución, un partido tiene un pensamiento institucionalizado, es decir, algo que se aparta de un pensamiento sobre la *realidad*, y sólo refleja, esencialmente, su propia organización, en suma: un pensamiento ideológico. Sobre este esquema se modela, deformándose, la experiencia de la lucha misma, mientras que el grupo en fusión piensa la experiencia como se presenta, sin mediación institucional. Por eso el pensamiento de un grupo puede ser vago, imposible de teorizar, molesto —como lo eran las ideas de los estudiantes en mayo de 1968—, pero no deja de representar un grado de reflexión *más verdadero*, porque ninguna institución se interpone entre la experiencia y la reflexión sobre la experiencia.

Por cierto, señalamos aquí una contradicción inherente a la función misma del partido. Este surge para liberar a la clase obrera de la serialización, pero al mismo tiempo es un reflejo —reflejo de cierto tipo, puesto que existe para abolirla— de la serialización y de la masificación de las masas sobre las que opera. Esta serialización de las masas se refleja en su institucionalización; constreñido a relacionarse con lo serial, él mismo es, en parte, inerte y serial. Por eso, para protegerse, termina por oponerse a los grupos en fusión que son, sin embargo, un aspecto de esa clase obrera que quiere expresar y a quien, muy a menudo, fue el primero en apelar.

Aquí reside la contradicción profunda del partido, surgido para liberar a las masas de la serialidad y transformado en institución. En tanto tal, lleva en sí un lastre tan grande (no aludo a la burocracia o a otras formas de degeneración, sino a la estructura institucional misma, que no es necesariamente burocrática), que deberá oponerse fundamentalmente y en todos los casos a todas las fuerzas nuevas, ya sea porque trata de servirse de ellas o porque las rechaza. Vimos las dos actitudes diferentes tomadas por el partido comunista francés y el partido comunista italiano frente a los estudiantes: el PCF los rechazó, el PCI, de un modo más sutil, trata de atraerlos, canalizando su experiencia mediante un intento de contacto y de discusión. Un partido sólo puede elegir entre estas dos actitudes; aquí reside su limitación profunda.

Un ejemplo más: el problema del centralismo democrático. En tanto se ejerció en una situación en movimiento, por ejemplo durante la clandestinidad y la elaboración de la lucha en Rusia, es decir, precisamente cuando Lenin constituyó su teoría, fue un elemento vivo. Había un momento de centralismo, porque era necesario, y un momento de democracia real, porque la gente hablaba y la decisión se elaboraba en común. Cuando se institucionalizó, como ocurrió en todos los países comunistas, el centralismo avanzó sobre la democra-

cia y la democracia misma se transformó en "institución", sujeta a su propia inercia: existe, por ejemplo, un derecho a la palabra, pero el solo hecho de que sea un derecho —y solamente eso— lo vacía hasta tal punto de su contenido que se transforma, en realidad en un no derecho. El verdadero problema es, pues, saber cómo superar la contradicción inherente a la naturaleza misma del partido, para que éste (no solamente en sus relaciones con el adversario y en sus tareas de combate, sino ante la clase que representa) pueda constituir una mediación activa entre los elementos serializados y masificados con vistas a una tentativa de unificación; para que pueda ser capaz, por lo tanto, de recibir los impulsos que surgen de los movimientos y, más que pretender dirigirlos, generalice su experiencia para el movimiento y para sí mismo.

Manifesto: El verdadero lugar de la conciencia revolucionaria, no es, por lo tanto, la clase en su inmediatez, ni el partido, sino la lucha. El partido viviría en tanto instrumento de lucha, pero cuando se transforma en institución, cambiaría el fin por los medios y se constituiría en su propio fin. La contradicción inherente al partido, que usted pone en evidencia, quizá se resuelva en la medida en que se trate de abordar el problema de la organización política de la clase, ya no en su generalidad sino en la inmediatez de las situaciones específicas. Lo que parece imposible es una solución metahistórica. Conviene, pues, examinar las condiciones objetivas en las que, cada vez, podrá resolverse este dilema. Esto implica, según nuestra opinión, dos condiciones: ante todo, que la clase supere el nivel de la serialidad, para transformarse, efectiva y totalmente, en el sujeto de una acción colectiva.

Sartre: Esta es una condición imposible; la clase obrera nunca puede expresarse totalmente como sujeto político activo: siempre habrá zonas, o regiones, o franjas que, por razones históricas de desarrollo, quedarán serializadas, masificadas, extrañas a una toma de conciencia. Siempre hay un residuo. Actualmente se tiende a generalizar con exceso el concepto de *conciencia de clase* y el de *lucha de clase*, como elementos preexistentes *a priori* de la lucha. El único *a priori* es la situación objetiva de explotación de la clase. La conciencia sólo nace en la lucha: la lucha de clase sólo existe en tanto existen los lugares donde efectivamente se pelea. Es cierto que el proletariado lleva en sí la muerte de la burguesía, es cierto que el sistema capitalista está minado por contradicciones estructurales, pero esto no implica necesariamente la existencia de una conciencia de clase o de una lucha de clase. Para que haya *conciencia* y *lucha* es necesario que alguno pelee.

En otros términos, virtualmente, en el sistema capitalista, la lucha

de clase es posible en todas partes, pero realmente sólo existe donde se la ejerce efectivamente. Por otra parte, aun allí donde se la ejerce, difiere en función de cada situación. En Francia, por ejemplo, las condiciones y los tipos de lucha son extremadamente diversos: en Saint-Nazaire, las luchas obreras, muy violentas, conservan las características del siglo pasado; en otras zonas capitalistas más "desarrolladas", revisten un carácter diferente, una articulación reivindicadora quizá más rica, pero en un contexto más moderado. Por eso no es posible, ni aun para esa parte de la clase obrera que efectivamente está en lucha, hablar, salvo teóricamente, de *unificación*. Las huelgas generales de veinticuatro horas organizadas por la CGT sólo son, en el mejor de los casos, el símbolo de una lucha unificada.

Manifesto: ¿Pero no estamos acaso en una fase de unificación capitalista de la sociedad, tanto desde el punto de vista de la infraestructura como de las superestructuras (modelos de consumo y modos de vida, lenguaje, masificación)? ¿Al parcelamiento de las situaciones individuales no corresponde acaso una "totalidad" cada vez más evidente del sistema? ¿Y la consecuencia de esto no sería la formación de una base material objetiva de unificación creciente de la clase y de la conciencia de clase?

Sartre: En realidad la estructura sigue siendo extremadamente diversificada y desequilibrada.

Manifesto: ¿Pero se tiende o no a la unificación?

Sartre: Sí y no. En Francia, por ejemplo, el capitalismo mantiene en actividad, artificialmente, a millares de pequeñas empresas, que no tendrían ninguna razón de existir desde el punto de vista de la racionalidad económica, pero que le son útiles porque representan un sector políticamente conservador (son los grupos que votaron por De Gaulle y luego por Pompidou), o porque esas empresas le permiten cargar en los suyos los costos de producción del capitalismo, a pesar del aumento de la productividad. En suma: las tendencias a la integración no anulan las profundas diversificaciones de las situaciones estructurales.

A esto se añade, en lo que concierne a la toma de conciencia de su propia condición, que el capitalismo desarrollado, a pesar de los enormes desequilibrios en la distribución de los ingresos, logra satisfacer las necesidades elementales de la mayoría de la clase obrera; quedan afuera evidentemente, las zonas marginales, el 15% de los obreros en los Estados Unidos, negros e inmigrados; queda afuera la categoría de los ancianos; queda afuera, en escala mundial, el Tercer Mundo. El capitalismo satisface algunas necesidades primarias y satisface, además,

algunas necesidades que él mismo creó artificialmente: por ejemplo la del automóvil. Esta situación me llevó a revisar mi "teoría de las necesidades", pues éstas, en una situación de capitalismo desarrollado, ya no se oponen sistemáticamente al sistema; al contrario, se transforman parcialmente, en sus manos, en un instrumento de integración del proletariado a algunos procesos engendrados y dirigidos por los beneficios económicos. El obrero se agota trabajando para producir el automóvil y para ganar el dinero necesario para comprar el automóvil; esta adquisición le da la impresión de que ha satisfecho una "necesidad". El sistema que lo explota le da, al mismo tiempo, un modelo y la posibilidad de satisfacerlo. Hay que buscar, por lo tanto, la conciencia del carácter intolerable del sistema no ya en la imposibilidad de satisfacer las necesidades elementales sino, ante todo, en la conciencia de la *alienación*: es decir, porque *esta vida* no vale la pena de ser vivida y porque no tiene sentido, ese mecanismo es un mecanismo tramposo, esas necesidades se crean artificialmente, son falsas, agotan y sólo sirven a las utilidades. Pero unificar a la clase a partir de este punto de vista es todavía más difícil; por eso no estoy de acuerdo con ninguna de esas visiones optimistas suscitadas por los partidos comunistas o por los movimientos de izquierda, que parecen creer que el capitalismo ya está en ruinas. Sus medios de control de las clases son todavía poderosos; le falta mucho para estar a la defensiva. En cuanto a provocar un impulso revolucionario, esto exige un largo y paciente trabajo de construcción de la conciencia.

Manifesto: Sin embargo, en mayo, esa unificación apareció de un modo inmediato y evidente.

Sartre: Totalmente evidente. Es uno de los raros casos en los que todos vieron en la lucha de la fábrica de la esquina el modelo de su propia lucha. Un fenómeno del mismo tipo pero más amplio en otro sentido se produjo en 1936; pero entonces las instituciones obreras desempeñaron un papel decisivo. El movimiento se desencadenó cuando los socialistas y los comunistas ya estaban en el poder y ofrecieron, en cierto modo, un modelo que permitió a la clase una rápida toma de conciencia, la fusión en grupo y la unificación.

En mayo no solamente los partidos y los sindicatos no estaban en el poder, sino que estuvieron lejos de desempeñar un papel comparable. El elemento que unificó la lucha es algo que, según mi opinión, viene de lejos; es una idea que proviene de Vietnam y que los estudiantes expresaron con la fórmula: *"La imaginación al poder"*. En otros términos, el campo de lo posible es mucho más amplio de lo que las clases dominantes nos habituaron a creer. ¿Quién hubiera creído que catorce millones de campesinos podrían resistir a la mayor potencia industrial y militar del mundo? Y sin embargo eso se produ-

jo. Vietnam nos enseñó que el campo de lo posible es inmenso, que no hay que resignarse. Esta fue la palanca de la rebelión estudiantil, y los obreros lo comprendieron. En la manifestación general del 13 de mayo, esta idea, súbitamente, se hizo dominante. "Si unos millares de jóvenes ocupan las universidades y tienen en jaque al gobierno, ¿por qué no podríamos hacerlo también nosotros? " Así, a partir del 13 de mayo y siguiendo un modelo que, en ese momento, provenía del exterior, los obreros declararon la huelga y ocuparon las fábricas. El elemento que los movilizó y los unificó no fue una plataforma de reivindicaciones; ésta vino después, para justificar la huelga, y por cierto que los motivos no faltaban. Pero es interesante señalar que las reivindicaciones vinieron después, cuando ya se habían ocupado las fábricas.

Manifesto: ¿No parece haber entonces, en el origen de mayo, ningún elemento inmediatamente material, ninguna contradicción estructural especialmente explosiva?

Sartre: Durante el otoño anterior hubo algo que provocó un descontento general en los trabajadores: las medidas reaccionarias del gobierno en materia de seguridad social. Esas medidas golpearon a todos los trabajadores, cualquiera fuera su pertenencia. Los sindicatos, sea porque fueron tomados de sorpresa, o porque no quisieron comprometerse demasiado, no llegaron a oponerse a ellas; hubo, si recuerdo bien, una jornada de huelga general, y las cosas quedaron allí. Pero subsistió un descontento profundo e inexpresado: estalló de nuevo, con fuerza, durante las asambleas de mayo. Hoy existe un posible elemento nuevo de unificación: es el carácter absolutamente inútil que el alza de los precios, y luego la devaluación, dieron a los aumentos de salarios arrancados entonces. Pero no es fácil saber de antemano si, y cuándo, esos elementos unitarios de descontento llevarán a una rebelión conjunta. En mayo, al contrario, esta rebelión tuvo lugar, y creo que el detonador no fue tanto que los trabajadores tomaron conciencia de la explotación, sino que tomaron conciencia de su propia fuerza y de sus propias posibilidades.

Manifesto: Sin embargo, la rebelión de mayo fue un fracaso y le siguió una victoria de la reacción. ¿Era porque carecía de los elementos susceptibles de llevar la revolución hasta su término, o porque le faltó una dirección política?

Sartre: Le faltó una dirección política capaz de darle esa dimensión política y teórica sin la cual el movimiento sólo podía terminar apagándose, como ocurrió de hecho. Le faltó un partido capaz de asumir totalmente el movimiento y sus potencialidades. En efecto, ¿cómo

una estructura institucionalizada, como lo son los partidos comunistas, podía ponerse a disposición de algo que la tomó de improviso? ¿Cómo podía encontrar en sí misma la disponibilidad necesaria para reaccionar no con un "Tratemos de sacar las castañas del fuego", o con un "Tratemos de atraer hacia nosotros el movimiento para que no se nos escape", sino diciendo "Esta es la realidad, y es así como debo asumirla esforzándome por aportarle una generalización teórica y práctica para hacerla crecer y llevarla adelante"? Por otra parte, un partido comunista incapaz de adoptar esta actitud se transforma en lo que es, en la práctica, desde hace veinticinco años, el partido comunista francés: un freno a todo intento revolucionario en Francia. Niega o suprime todo lo que no proviene de él.

Manifesto: Por lo tanto, al criticar lo que representan los partidos comunistas ¿usted afirma la necesidad de un momento de unificación y de organización del movimiento?

Sartre: Ciertamente. Aquí reside el problema. Estamos ante una reacción, ante un poder capitalista fuerte y complejo, con una gran capacidad de represión y de integración. Y esto exige una contraorganización de la clase; el problema es saber cómo impedir que esta contraorganización se deteriore transformándose en "institución".

Manifesto: Estamos de acuerdo. Pero es interesante señalar que la necesidad de una organización política de la clase parece contradecir una previsión de Marx, según la cual, con el crecimiento del capitalismo, el proletariado se expresaría inmediatamente en un movimiento revolucionario, sin la ayuda de una mediación política. Lo que dio origen a esta tesis fue la convicción de que tendría lugar, a breve plazo, una crisis del capitalismo, y que crecían en su seno exigencias incompatibles con el sistema, por ejemplo, que el desarrollo de las fuerzas productivas entraría en contradicción con el mecanismo de desarrollo capitalista. Más tarde, Lenin consideró que la socialización de la propiedad era un elemento susceptible, en cierta medida, de preparar un cambio de dirección en la gestión socialista, una vez roto el aparato político del estado burgués. Hoy nos es necesario reconocer la insuficiencia de estas tesis. En primer lugar, las fuerzas productivas no entran directamente en contradicción con el sistema, porque no representan algo neutro y objetivo, sino que son un producto de ese sistema, porque son una de sus prioridades, porque llevan su sello...

Sartre: Sí, esas fuerzas no están necesariamente destinadas a enfrentarse; son productos de ese tipo de desarrollo, como lo demuestran, por ejemplo, las preferencias espaciales en el campo científico. En cuanto a la socialización de la propiedad, aunque es incorrecto hablar

aquí de "clase", hay que reconocer que engendró la burocracia y cierta tecnocracia, a las que otorgó el temible poder de controlar a las masas y de integrarlas a una sociedad autoritaria.

Manifesto: En suma: el pasaje del capitalismo al socialismo no presenta las mismas características que el del feudalismo a la burguesía. Las relaciones de producción capitalista se formaron progresivamente en el interior de la sociedad feudal, aunque ésta, cuando se desplomó, sólo constituía la envoltura vacía de una realidad estructural diferente, ya madura, en su seno. Esto es lo que no puede suceder al proletariado; éste no puede, en el interior del capitalismo, expresarse mediante embriones de organización socialista.

Sartre: Ni desde el punto de vista de la estructura, de las relaciones de producción, ni desde el punto de vista de las ideas. Desde el Renacimiento, la cultura ya no era feudal sino burguesa; grupos sociales nuevos, como la nobleza de toga, eran burgueses. Este proceso acompañó y precedió a la instauración de las relaciones de producción capitalistas. La gestación de la burguesía duró siglos y se expresó en una alternativa *presente* en la sociedad precedente. Esto no puede reproducirse con respecto al proletariado, ni aun desde el punto de vista de la cultura. Pues el proletariado no posee una cultura propia: utiliza elementos de la cultura burguesa o expresa un rechazo total de toda cultura, cualquiera sea, lo cual es una manera de afirmar la inexistencia de su propia cultura. Se alega, sin embargo, que el proletariado posee una "escala de valores" propia. Por cierto: si quiere la revolución quiere algo diferente de lo que es. Pero desconfío de expresiones tales como "escala de valores", que fácilmente pueden transformarse en su contrario. La rebelión estudiantil es una expresión típica de esta dificultad de una contracultura: un rechazo que, por falta de una elaboración específica, termina por tomar prestados, aunque otorgándoles el signo opuesto, una serie de ideologismos del adversario (simplificación conceptual, esquematismo, violencia, etc.).

Manifesto: Por lo tanto, la revolución anticapitalista está, al mismo tiempo, madura e inmadura. El antagonismo de clase produce la contradicción pero, por sí mismo, no puede producir la alternativa. Sin embargo, para no reducir la revolución a un puro voluntarismo, a una pura subjetividad o, en sentido inverso, para no recaer en el evolucionismo, ¿sobre qué bases precisas se puede preparar una alternativa revolucionaria?

Sartre: Repito: más sobre la alienación que sobre las "necesidades". En una palabra, sobre la reconstrucción de la persona y de la libertad; y esta necesidad es tan imperiosa que hasta las técnicas más refinadas no pueden dejar de tenerla en cuenta. Por eso tratan de satisfacerla

de un modo imaginario. Toda la *human engineering* está basada en la idea de que el patrón debe comportarse con su subordinado *como si* éste fuera su igual, porque —esto está implícito— ningún hombre puede renunciar al derecho a la igualdad. Y el obrero que cae en la trampa de las "relaciones humanas" del paternalismo es su víctima, en la medida misma en que quiera una igualdad efectiva.

Manifesto: Es cierto, pero entonces ¿cómo demostrar que esas nuevas necesidades son productos del capitalismo desarrollado y no constituyen simplemente los residuos de un "humanismo" de la sociedad precapitalista? Quizás habrá que buscar la respuesta, precisamente, en las contradicciones inherentes al desarrollo del capital, que al mismo tiempo exige —por ejemplo— un parcelamiento del trabajo y una formación cultural más amplia de la que requeriría la función que debe cumplir el trabajador, el desarrollo cuantitativo y cualitativo de la instrucción y la insuficiencia de soluciones sociales, un aumento de las exigencias y la imposibilidad de satisfacerlas; en una palabra: una frustración permanente de esa fuerza productiva que es el hombre.

Sartre: Es que el desarrollo del capital aumenta la proletarización. Y no en el sentido de la pauperización absoluta, sino por la constante degradación de las relaciones entre las nuevas necesidades y las funciones desempeñadas por los trabajadores, degradación provocada no por la crisis sino por el desarrollo.

Manifesto: La organización política revolucionaria de la clase implica, pues, la elaboración de una alternativa. Creemos que ese problema fue subestimado en mayo. Los que tomaron posiciones de inspiración marcusiana o espontaneístas a lo Cohn-Bendit, apostaron exclusivamente a la negación; al hacer esto, ni siquiera llegaron a asegurar la continuación de la lucha, porque, en una sociedad compleja y evolucionada, la mayoría de los hombres puede no plantearse el problema del *después*. Aunque oprimida y alienada, la clase obrera goza, de hecho, de medios de subsistencia, lo cual la obliga a preguntarse cómo hará para preservarlos y con qué se remplazará lo que se destruye.

Por otra parte, los que tomaron posiciones opuestas a las de Cohn-Bendit —Touraine o Mallet, por ejemplo— no vieron la necesidad de proponer una alternativa porque, según ellos, el desarrollo de las fuerzas productivas y la maduración subjetiva de las masas harían posible, inmediatamente, una autorganización y una autogestión de la sociedad. También esto nos parece inexacto, pues si bien es cierto que el desarrollo del capitalismo hace madurar la posibilidad de la revolución al crear nuevas necesidades y nuevas fuerzas, también es cierto que éstas reflejan el sistema que las produce. Por eso, la ruptura brusca del mecanismo acarrea necesariamente una caída de la producción: es

ilusorio creer que el socialismo es el sistema productivo heredado del capitalismo pero autoadministrado. Se trata de un sistema de organización totalmente diferente, en un contexto nacional e internacional que actúa y reacciona sobre él. Debemos concluir postulando la necesidad de un proyecto de transición, de construcción de la alternativa, de un *proyecto* revolucionario que configure una idea de la nueva sociedad. Volvemos, pues, al problema de la unificación, de la anticipación política, del partido.

Sartre: Por cierto que es necesaria una teoría del pasaje al socialismo. Supongamos que en Francia o en Italia la situación se acelere y lleve a la toma del poder. ¿Hay ideas elaboradas sobre el modo en el que un país fuertemente industrializado puede reconstruirse económicamente sobre una base socialista, mientras sufre el boicot exterior, la caída inmediata de la moneda, el bloqueo de las exportaciones? La URSS se encontró en una situación semejante después de la revolución. A pesar de los sacrificios terribles y de los enormes gastos que le había ocasionado la guerra civil, a pesar del asedio político y económico que la asfixiaba, los problemas que tuvo que resolver eran menos complejos que los que se le plantearían hoy a una sociedad desarrollada. Desde este punto de vista, ninguno de nosotros —y sobre todo los partidos comunistas— está preparado. Usted habla de la necesidad de una perspectiva política de transición. Muy bien. ¿Pero qué partido comunista elaboró una teoría del pasaje revolucionario en un país capitalista desarrollado y no autárquico?

Manifesto: Desde la década del 20, los partidos comunistas, en los países capitalistas desarrollados, no plantearon nunca el problema del pasaje al socialismo.

Sartre: Justamente. Sobre todo después de la guerra y de los pactos de Yalta. Por lo tanto, no se reflexionó realmente en la alternativa. Y este hecho no es secundario si se quiere comprender la transformación que sufrieron los partidos comunistas. En el libro de Annie Kriegel, *Les communistes français*,[1] se juzga severamente, en conjunto, al partido comunista francés; pero lo que está implícito es que, a pesar de todos los errores y de todos los defectos que enumera Annie Kriegel, el partido, para ella, constituye en sí mismo, con abstracción de su política, una alternativa, mejor aún: la alternativa proletaria de la sociedad capitalista en Francia. Este razonamiento no tiene ningún sentido. En el momento mismo en que llegamos a ponernos de acuerdo en afirmar la necesidad de la organización política de la clase, debemos darnos cuenta, igualmente, de la completa inadecuación de las instituciones "históricas" del PC a las tareas que pretendemos asignarle. Decíamos hace un instante que, sin un momento de unifica-

ción de la lucha, una mediación cultural y una respuesta positiva, no se puede ir más allá de la rebelión, y la rebelión es siempre derrotada políticamente. Bien. Pero esto no cambia el hecho de que un partido institucionalizado no puede funcionar como mediador entre cultura y luchas, porque lo que es en las masas pensamiento todavía confuso, no sistemático, pero *verdadero* en tanto reflejo de la experiencia, se desnaturaliza completamente cuando se expresa mediante los mecanismos ideológicos del partido y presenta una relación totalmente diferente con lo que denominamos cultura. Para que el esquema que usted propone pueda funcionar, sería necesario que el partido pudiera luchar permanentemente contra su propia institucionalidad. Sin esto, todo el razonamiento es falso. Si el aparato cultural de los partidos comunistas es casi nulo, no es porque el modo de existencia de los partidos paraliza su esfuerzo colectivo de pensamiento. Acción y pensamiento no son separables de la organización; pensamos según estamos estructurados; actuamos según estamos organizados. Por esta razón, el pensamiento de los partidos comunistas se ha ido osificando.

Manifesto: Los partidos comunistas, históricamente, se constituyeron a través de la Tercera Internacional, a través de los acontecimientos políticos e ideológicos de la Unión Soviética y del campo socialista. Constituyen realidades que influyeron en la formación de la clase, que acarrearon modos de ser, ideologías, desplazamientos de fuerzas. Hoy, sin embargo, nos encontramos ante un movimiento de clase que, por primera vez en Europa, tiende a situarse en una relación dialéctica con los partidos comunistas, que tiende a identificarse sólo parcialmente con ellos. Este movimiento pesa sobre ellos, y está destinado a ser rechazado por ellos o a modificarlos. La hipótesis de que pueda ser absorbido ingenuamente por los partidos comunistas no nos parece admisible: el ejemplo de los estudiantes lo demuestra. En ambos casos se plantea el problema de un nuevo modo de ser del partido, mediante la crisis y la renovación de los partidos existentes, o mediante una nueva formación de la expresión política unitaria de la clase. ¿Es posible este nuevo modo de ser? Un partido ¿está condenado a institucionalizarse progresivamente y a distanciarse del movimiento que le dio origen, como usted señalaba al comienzo, o puede concebirse una organización capaz de luchar continuamente contra las limitaciones, la esclerosis y la institucionalización que la amenazan desde adentro?

Sartre: Al mismo tiempo que reconozco la necesidad de una organización, no puedo ver cómo podrían resolverse los problemas que se plantean a toda estructura estabilizada.

Manifesto: Para resumir lo que usted acaba de afirmar: el partido

político debería, entonces, asumir el impulso y la autonomía de las luchas de masa en lugar de frenarlas; debería asegurar también el desarrollo de una anticultura y finalmente debería poder oponer una respuesta global, sintética, al tipo de racionalidad y de relaciones sociales sobre las que se basa la sociedad. Parece que estas son tareas específicas del partido, en la medida en que, por su carácter global, superan los problemas que el momento específico de la lucha, el grupo en fusión, puede resolver.

Sartre: Sí, pero estos problemas tampoco pueden resolverse sin él.

Manifesto: De acuerdo. Para salir de esto, podemos adelantar algunas hipótesis. Ante todo, el partido revolucionario, para escapar a la institucionalización, debe considerarse permanentemente *al servicio* de una lucha que tiene sus momentos *propios*, sus niveles políticos autónomos. Esto implica la superación del modelo leninista o bolchevique del partido —desde los orígenes hasta los frentes populares—, según el cual habría una separación constante entre el momento puramente reivindicativo de la lucha de masas y el momento político, sólo específico del partido. En la historia esa superación sólo se esbozó en los "soviets". Corresponde a un modelo de revolución *social* y no solamente *política*, una revolución donde el poder sería tomado por los soviets y no por el partido. Además, el movimiento revolucionario debe superar una insuficiencia del leninismo: la teoría de la revolución ha sido, hasta ahora, una "teoría de la toma del poder" antes que una "teoría de la sociedad". De esto resultó la incapacidad de los partidos comunistas para analizar las sociedades capitalistas desarrolladas y para prefigurar los objetivos que debe alcanzar la revolución; en otros términos, la incapacidad para comprender las nuevas necesidades expresadas por el movimiento y para decir cómo satisfacerlas. (Esto es lo que ocurrió con los estudiantes: no se comprendieron ni se resolvieron los problemas que ellos se planteaban sobre la función de la educación, sobre su relación con la sociedad, sobre los modos y contenidos de una enseñanza no autoritaria.) En tercer lugar, hay que realizar una investigación permanente para que la teoría pueda asumir los datos del movimiento. Una organización política de la clase que se quiere marxista no reflexiona solamente *a posteriori*; interpreta la experiencia con ayuda de una metodología, un enrejado: las categorías de "capital", de "clase", de "imperialismo", etc. Por lo tanto, en la medida en que la relación entre el partido y la clase sea abierta —y la apertura es lo único capaz de impedir al mismo tiempo el particularismo de una experiencia fragmentaria y la institucionalización del momento político unificador— hay que encontrar una solución a estos tres problemas.

Sartre: Estoy de acuerdo, con la condición de que esta dialéctica se manifieste como un doble poder y que no se pretenda resolverla en el interior del momento político. Y aún así, son muchos los problemas que quedan todavía sin resolver. Usted habla de un "enrejado" metodológico, teórico, dado en cierto sentido *a priori* y mediante el cual se interpreta la experiencia. Pero el concepto de capital, ¿no se reduce a una noción pobre y abstracta si no se reelabora, en todo momento, el análisis del capitalismo moderno mediante una investigación y un cuestionamiento permanentes de los resultados de la investigación y de la lucha? El pensamiento *verdadero* es, ciertamente, *uno*: pero su unidad es dialéctica; es una realidad viva y en formación. Hay que construir una relación entre los hombre que no solamente garantice la libertad, sino la libertad *revolucionaria* del pensamiento; que les permita apropiarse la totalidad del saber y criticarlo. Es así, por otra parte, como siempre procedió el saber, pero es así, también, como nunca procedió el "marxismo" de los partidos comunistas. Para aumentar la cultura creadora de sus miembros y permitirles que adquieran un máximo de conocimientos verdaderos, se requiere que el partido –la organización política de la clase– les garantice la posibilidad de inventar y de contradecirse mutuamente, en lugar de presentarse como administrador de un saber adquirido. Si miramos hacia el exterior, el debate sobre el marxismo nunca fue tan rico como ahora porque, sobre todo después de la ruptura del carácter monolítico y del planteo del problema de la diversidad del socialismo, existe una pluralidad de investigaciones marxistas y de discrepancias manifiestas entre ellas.

Manifesto: Pero se trata de una discrepancia sobre la exégesis de los textos sagrados, de una querella de interpretaciones, más que de una renovación de la inventiva, de la interpretación creadora de la realidad.

Sartre: Eso no es totalmente cierto. Efectivamente, la discusión sobre los textos se presenta como dominante. Pero tomemos el ejemplo de Althusser: no hace una simple exégesis. En él se encuentra una teoría del concepto, del saber teórico autónomo, del estudio de las contradicciones a partir de la contradicción dominante, la "sobredeterminación". Estas son investigaciones originales, que no pueden ser cuestionadas sin una elaboración teórica nueva. Personalmente, para oponerme a Althusser, me vi obligado a revisar la idea de "noción" y a extraer de ella una serie de consecuencias. Puede decirse lo mismo con respecto al concepto de "estructura" introducido por Lévi-Strauss y que algunos marxistas trataron de utilizar, con más o menos eficacia. En otros términos, una discusión auténtica exige siempre un esfuerzo y lleva a resultados teóricos nuevos. Toda vez que se quiera

que haya investigación, es necesario, pues, establecer una estructura que garantice la discusión; sin eso, hasta el modelo teórico que la organización política quiera proponer a la experiencia de la clase sería inoperante. Esta es una contradicción permanente del partido; de hecho, un límite de todos los partidos comunistas. También es compleja la hipótesis de una relación "abierta" entre una organización política unitaria de la clase, el partido, y el momento de autogobierno de las masas, consejos o soviets. No debemos olvidar que cuando se intentó hacer esto, en la Rusia posrevolucionaria, las organizaciones unitarias de las masas desaparecieron rápidamente, y sólo quedó el partido. Fue un proceso dialécticamente necesario que, en la URSS, llevó al partido a tomar el poder que, de hecho, deberían haber tomado y conservado los soviets. Quizás hoy ocurriría algo distinto pero, en los años del asedio de la URSS por parte de los países capitalistas, de la guerra civil y de las tremendas restricciones internas, el proceso que terminó por provocar la desaparición total de los soviets parece bastante comprensible. Por esto escribí que en la URSS, más que de una dictadura *del* proletariado, habría que hablar de una dictadura *para* el proletariado, en el sentido en que el partido asumió la tarea de destruir a la burguesía por cuenta del proletariado. Era ineluctable, por otra parte, para la supervivencia de la URSS, que el proletariado, como siempre cuando hubo una revolución, se viera obligado a renunciar a los que eran, antes de la revolución, los objetivos más específicos de su combate, es decir, el aumento del salario y la disminución del tiempo de trabajo. No había otra salida, pues hubiera sido difícil que los trabajadores renunciaran por sí mismos a esos objetivos, aunque hubieran hecho la experiencia del autogobierno en sus lugares de trabajo. Finalmente, para hablar de lo que ocurre hoy, me parece difícil que pueda crearse una organización de soviets o de consejos cuando exista una fuerte articulación "histórica" de la clase, sindicato o partido. En Francia tuvimos la experiencia de los comités de acción. Se disolvieron rápidamente, no porque fueran prohibidos sino porque los sindicatos tomaron las riendas en sus manos.

Manifesto: Esta última contradicción no parece irresoluble. Toda lucha sindical, que no solamente implica una negociación del salario sino también una negociación de los ritmos de trabajo, los horarios, la organización del trabajo y su control, muestra la necesidad de formas de organización *directa* de los trabajadores. Sin la asamblea unitaria de base, autónoma y con un nivel político alto, no podría hacerse una negociación de esta amplitud. La lucha sindical obliga, pues, a redescubrir el problema de las instituciones directas de la clase; es un hecho de la experiencia, no una invención intelectual. Por cierto que esas formas nuevas chocan con el conservadorismo y con la burocracia. Pero deben tomar en cuenta, igualmente, ciertos límites que le

son propios. Desde este punto de vista, la experiencia italiana es interesante: entre el partido o el sindicato y el movimiento, la alternativa no siempre es, como usted afirmó, el rechazo o la correa de transmisión. Nos encontramos ante una tensión social que expresa sus propias formas y que, al mismo tiempo, se apoya en las instituciones tradicionales de la clase, sin encontrar equilibrio en éstas ni en aquéllas. De hecho, si existen y son conocidos los límites del sindicato, las instituciones democráticas directas también tienen sus límites: si, por lo general, funcionan perfectamente durante la agitación, como ocurrió en la Fiat durante las luchas recientes, pueden llegar a transformarse luego, inconscientemente, en instrumentos de separación entre un grupo y otro, una fábrica y otra, y por lo tanto ser útiles a la patronal. Y, en ese momento, el sindicato tradicional, con todos sus límites, ¿no constituye acaso una defensa contra la fragilidad de las nuevas instituciones? En suma: el movimiento aparece hoy más rico y más complejo que su expresión política.

Sartre: Lo que me parece interesante en su esquema, de todos modos, es la dualidad de poder que prefigura. Es decir, una relación abierta e irreductible entre el momento *unitario*, que toca a la organización política de la clase, y los momentos de autogobierno, los consejos, los grupos en fusión. Insisto en esta palabra: irreductible, porque entre los dos momentos sólo puede haber una tensión permanente. El partido tratará siempre, en la medida en que se considere "al servicio" del movimiento, de reducirlo a su propio esquema de interpretación y de desarrollo; los momentos de autogobierno tratarán siempre de proyectar su animada parcialidad sobre el complejo contradictorio del tejido social. En esta lucha, quizá, puede manifestarse el comienzo de una transformación recíproca, que sin embargo —si quiere seguir siendo revolucionaria— no puede no encaminarse hacia la disolución progresiva de lo político en el seno de una sociedad que tiende a unificarse pero también a autogobernarse, es decir, a realizar esa revolución social que anula, junto con el estado, todos los otros momentos específicamente *políticos*. En suma: una dialéctica orientada hacia la coherencia con el esquema de desarrollo de Marx. Hasta ahora eso no ha sucedido; quizás en la sociedad capitalista desarrollada comiencen a darse las condiciones para que exista. De todos modos, es una hipótesis de trabajo.

Víctor Fay

DEL PARTIDO COMO INSTRUMENTO DE LUCHA POR EL PODER AL PARTIDO COMO PREFIGURACION DE UNA SOCIEDAD SOCIALISTA

Quisiera señalar las dificultades de la transición de un partido obrero revolucionario, que lucha por la conquista del poder a un partido que ejerce el poder. Me colocaré esencialmente en el plano político, ilustrando mi argumentación con algunos datos históricos.

¿Existe en general un tipo universal de partido obrero? Tanto en los medios marxistas leninistas "ortodoxos" como entre los "opositores" se perpetúa el mito de un partido ideal, de un "partido de tipo nuevo". Se ha traicionado su estructura y su carácter, dicen estos últimos, pero bastaría con amputar ciertas excrecencias parasitarias para que el verdadero paraíso socialista sea finalmente restablecido. Pero el hecho es que no existe ningún tipo universal de partido proletario. Según las circunstancias, un partido obrero es amplio o rígido, en mayor o menor medida centralista o democrático. A cada etapa del movimiento obrero corresponde un tipo particular de partido. Siempre me ha asombrado la desenvoltura evidenciada por Marx al considerar los tipos de organización, juzgados como históricamente pasajeros, de la clase obrera. En 1850, luego de la derrota de la revolución de 1848, luego de la escisión y el proceso de Colonia, Marx declara que la Liga de los Comunistas ya no sirve y que es preciso disolverla. Más aún, puede convertirse en un obstáculo para el desarrollo ulterior del movimiento obrero. También en 1872, con posterioridad al Congreso de La Haya de la Primera Internacional y a la escisión con los anarquistas, Marx desplaza la sede de la Internacional a Nueva York. Se trata de una manera elegante de liquidar una organización cuyo tipo, estructura, programa y carácter ya no corresponden más, según Marx, a los intereses de la clase obrera.

Luego de la muerte de Marx, y en medio de discusiones bastante violentas con la dirección de la socialdemocracia alemana, Engels se pregunta en qué medida la existencia de una organización distinta del proletariado se impone todavía en Alemania, "puesto que la clase obrera alemana, en su inmensa mayoría, se identifica con el programa

socialdemócrata". Para Engels, la identificación de la clase obrera y del partido que la representa, de la clase y de su emanación a la vez política y organizativa, es tan completa que en 1891 se plantea seriamente el problema de saber si se tiene necesidad "de esta banda de burócratas" y si la clase obrera, penetrada, irrigada por el pensamiento y por el programa socialdemócrata, no podría "arreglárselas" sola, liberándose así de la tutela de los burócratas del Partido Socialdemócrata.

Como todos estamos inhibidos por el mito de un partido de tipo nuevo, de un partido leninista, quisiera citar algunos párrafos del *Manifiesto comunista* de 1848, donde Marx define el carácter del partido obrero y sus relaciones con la clase de la cual ese partido es su emanación:

"¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

"Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

"No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado.

"No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

"Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

"Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa hacia adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

"El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

"Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

"No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos." (Cap. 2, "Proletarios y comunistas".)

Se trata de una forma de concebir el papel y la organización de los

partidos obreros de la que estamos muy alejados. Marx y Engels no tratan, no tienden a imponer las ideas elaboradas por no se sabe bien qué reformador del mundo. Se atribuyen esencialmente el papel de un escriba, de alguien que registra, que escucha, que sigue el rastro y que a veces precede, explicita, formula las aspiraciones aún confusas pero que emanan de esa clase obrera y se precisan en la experiencia y en la lucha. Ya en 1891, Engels temía que el proceso de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, que la toma de conciencia de sus intereses históricos fuesen perturbados, y a veces hasta malogrados, a raíz de la intervención de un aparato esclerosado.

A propósito de la *Crítica del Programa de Gotha*, los dirigentes del partido socialdemócrata trataron de impedir por todos los medios la publicación de ese texto, tanto de lo escrito por Marx como de las cartas de Engels a Bebel y a Kautsky, donde dijo algunas amargas verdades sobre ese famoso programa de inspiración lasalleana. Citaré dos párrafos de las cartas de Engels. La primera está dirigida a Kautsky:

"¡La gente debe cesar de una vez por todas de inclinarse ante los funcionarios del partido, sus propios servidores! Deben abandonar esa actitud sumisa que adoptan ante ellos, como si se tratara de burócratas infalibles. También es necesario que los critiquen." (Carta del 11 de febrero de 1891.)

Se trató de impedir la publicación de ese texto, y Engels reaccionó escribiendo a Bebel:

"Ningún partido en ningún país puede condenarme al silencio si estoy decidido a hablar. Les invito, sin embargo, a reflexionar y a preguntarse si no sería mejor que fuesen ustedes un poco menos susceptibles, que se mostraran en sus actos un poco menos... prusianos. Ustedes, el partido, *tienen necesidad* de la ciencia socialista, y ésta no puede vivir sin la libertad del movimiento." (Carta del 1 de mayo de 1891.)

De este modo, según Engels, mientras el proletariado tenga necesidad de una organización socialdemócrata distinta, la libertad de crítica combinada con la unidad de acción —y no de pensamiento— constituye la forma de ser del partido.

Con frecuencia se habla —y es una tradición aún muy consolidada— *del* partido obrero. Marx habla, en el *Manifiesto, de los* partidos obreros. ¿La clase obrera tiene realmente necesidad de varios partidos? Entre todos esos partidos, ¿uno solo puede tener razón y todos los otros deben ser arrojados al basural de la historia? Es preciso adoptar una actitud muy flexible, históricamente determinada. Pues en la clase obrera se insinúa una doble tendencia: por una parte, una tendencia a la competencia dentro de la clase obrera, a la división, a oposiciones menores que pueden culminar en conflictos internos muy agudos, y a su expresión organizativa y política. Además, otra tendencia a unir a las fuerzas obreras para rechazar los avances cotidianos

del capital. Se oscila entre esos dos polos, entre esa diversificación interna, esas oposiciones menores, esa competencia en el seno de la clase obrera que engendran las escisiones y las divisiones, y la necesidad *espontánea* de la unidad, sentida como una expresión de la fuerza obrera frente al enemigo de clase.

Según las circunstancias, una de esas corrientes prevalece sobre la otra. Por eso tenemos dos tipos de organización: 1) una organización de tipo rígido (y en ese caso existen varias, pues en la medida en que se aprietan las clavijas las organizaciones proliferan) y 2) una organización en la que prevalece la tendencia a la unidad: los conflictos, los antagonismos secundarios desaparecen ante la necesidad imperiosa de la lucha común, de la solidaridad de clase. Existe además otro tipo de partido, como el de la socialdemocracia alemana, con sus defectos, con sus limitaciones históricas, pero realmente un gran partido, que expresa las aspiraciones y los intereses de la clase obrera alemana en una determinada fase sometidos a presiones burocráticas, que segregará un aparato opresor, pero que será un partido *amplio*, en el seno del cual se expresan diferentes corrientes de pensamiento, desde la de Eduard Bernstein a la de Rosa Luxemburg. Partido abierto, donde las tendencias cohabitan, coexisten, se combaten hasta el momento en que el denominador común se torna tan pequeño, las posibilidades de cohabitación son tan limitadas que el estallido se hace inevitable. Este estallido tendrá lugar luego del 4 de agosto de 1914, luego de la adhesión de la socialdemocracia a la defensa nacional, cuando todos los antagonismos virtuales, que comenzaban a aflorar poco a poco de 1898 a 1912, se expresen ya no en forma de discusiones sino como lucha dentro y fuera del partido, lucha que tiene como objetivo la negativa a participar en la guerra.

Como no existe ningún tipo universal de partido obrero, tampoco existe ninguna ley general de la organización proletaria. ¡Ni la unidad a cualquier precio, ni la escisión a cualquier precio! Entre esos dos polos se desarrolla el movimiento obrero, pasando de un estadio a otro, avanzando, retrocediendo, pues no existe ninguna predestinación de progreso. Todo fetichismo de organización, de una forma particular de organización, aún de un principio de organización, es extraño al pensamiento marxista y al concepto marxista del partido obrero.

¿Cuáles son las circunstancias que determinan el carácter de la organización proletaria? Tomemos un ejemplo concreto. Un partido obrero es como un acordeón: se amplía o se retrae según las presiones externas. El Partido Socialdemócrata Obrero Ruso es fundado en Londres en 1903. A pesar de la clandestinidad, con el ascenso del movimiento iniciado en 1896, que se extiende y emprende luchas muy diversas, huelgas cada vez más duras, enfrentamientos cada vez más violentos y numerosos, el partido, recién salido de su aislamiento,

crece hasta tal punto que no llega a encuadrar al movimiento. Desde fines de 1904 el partido cambia, adquiere súbitamente una nueva sustancia. Ese cambio es debido a los obreros, a los huelguistas que lo apoyan, que comprenden que las huelgas que se multiplican, esas huelgas de masas, no son sino el preludio del gran ataque contra la fortaleza de la autocracia.

El famoso artículo primero de los estatutos, que hizo correr tanta tinta, sobre la discriminación entre la fórmula "militar bajo el control del partido" (Mártov) o "militar en una organización del partido" (Lenin) sólo desempeñó un papel secundario en la vida práctica. Dado que la fórmula de Lenin se aplicaba a la organización anterior al crecimiento del movimiento de masas, no podía constituir ninguna barrera, ningún medio de control, en momentos en que los obreros buscaban febrilmente el contacto con la organización del partido y sólo pretendían seguir sus directivas. Ese artículo primero de los estatutos, sobre el que tanto se ha insistido, no podía impedir, en el momento del gran flujo revolucionario, el desarrollo desordenado y rápido del partido. Cuando luego de la insurrección de diciembre de 1905, luego de la gran sangría, las deportaciones, las emigraciones, las huidas, los abandonos, el partido nuevamente se redujo y el acordeón se cerró, cuando sólo quedaron pequeños núcleos de revolucionarios, inevitablemente se operó una selección. La fórmula de Lenin se aplica de manera casi espontánea porque corresponde a un partido de cuadros, porque casi toda la carne tierna ya no está, y sólo queda el duro esqueleto. Sólo los revolucionarios profesionales, aunque diezmados, soportan el golpe.

En cada etapa de la historia, la estructura del partido y sus efectivos son determinados por el estado de combatividad y de conciencia de la clase obrera; sus objetivos y sus formas de acción surgen del campo proletario y luego son racionalizados, precisados, explicitados por el partido. En 1902, cuando Lenin escribe *¿Qué hacer?*, se trataba, ante la inexistencia de un movimiento de masas, de salir de lo que Lenin denomina el "primitivismo", del aislamiento de los pequeños núcleos socialdemócratas, y de hacer de esos diferentes comités y de sus miembros un partido. El movimiento de masas aún estaba en sus comienzos, recién empezaba a crecer, estaba, según Lenin, en el estadio de la conciencia tradeunionista.

En esta etapa, Lenin propone una fórmula de organización que refleja la realidad, que la fotografía, que corresponde a las necesidades, no de las masas, que aún están fuera del movimiento, sino de la gente que siente aproximarse el gran enfrentamiento y que se preparan para él: es el partido de revolucionarios profesionales. Lenin tenía razón en destacar en 1902 el papel centralizador del comité central y sobre todo del órgano central del partido. Sabía positivamente que en un partido clandestino no era posible abrirse a vastas confrontaciones,

sostener amplias reuniones y grandes debates, porque se corría el riesgo de ir a parar rápidamente a la cárcel.

No se debía teorizar ese tipo de partido, indispensable en ausencia del movimiento de masas, no se debía dar a ese tipo, históricamente determinado, el carácter de universal, no se debía asignar al comité central poderes exorbitantes que escapaban al control de los militantes, ni proclamar la primacía del centralismo sobre la democracia. Desde el momento en que se desencadena la gran ola de 1905, Lenin comienza a matizar las fórmulas más rígidas, a suavizarlas, a darles una interpretación más amplia. Siente el ascenso del movimiento y es a su manera, es decir con una presciencia genial de estratega, llevado por la ola. "En la primavera de 1905 —escribe— nuestro partido era una asociación de círculos clandestinos; en otoño, se ha convertido en el partido de millones de proletarios", ¡un partido-acordeón!

Luego de setenta años de experiencia, podemos decir que el concepto históricamente transitorio de partido, elaborado por Lenin en 1902 y que luego fue generalizado y fetichizado, no coincidía con el modo en que Marx y Engels concebían la organización del movimiento obrero. Es evidente que la forma en que Rosa Luxemburg concebía al partido, partido-proceso y no partido de cuadros, se aproximaba más que la de Lenin a la concepción que Marx y Engels tenían del papel, la estructura, las formas de acción de un partido obrero revolucionario. Debido a que en esa fase de la lucha —estamos en 1904, en momentos en que el movimiento recién comienza a ascender— Rosa parece estár más cerca de los mencheviques, Lenin reacciona vivamente contra sus críticas, las que, según él, expresan la tendencia espontaneísta.

Comprobamos así una cierta filiación a nivel conceptual entre Kautsky y Lenin y, a través de Kautsky, entre Lassalle y Lenin. Este último condena el culto de la espontaneidad porque en 1902 su objetivo es construir un poderoso instrumento de lucha política. Aquí también teoriza. Toma de Kautsky esa idea falsa de que el movimiento espontáneo no puede superar la fase tradeunionista, es decir las reivindicaciones compatibles con el régimen capitalista. ¡Eso es Kautsky, es Lassalle! Aquí hay una especie de continuidad sin filtraje crítico, porque se inspira, en 1902, en un escaso número de ejemplos de luchas en Rusia que se remontan a 1896.

Sin embargo, ya había habido, y hubo más tarde, otras experiencias: sobre todo la de los tejedores de seda lioneses que espontáneamente, en 1934, se fijan como objetivo la superación del marco del capitalismo, las jornadas de junio de 1848, la Comuna de París de 1871, la revolución de 1905 y de febrero de 1917 en Rusia, las de las repúblicas húngara y bávara de los soviets en 1918-19. Esos movimientos, pese a ser espontáneos, no tenían un carácter tradeunionista. Apuntaban hacia objetivos históricos, desbordando el marco del capi-

talismo. Evidentemente, esto no fue nunca tan bien expresado como por Lenin en *El estado y la revolución* —donde estaba tan bien hecho que ya no coincidía con la realidad—, pero en el límite de su pensamiento, de su imaginación creadora, del modo en que, con vacilaciones, la clase obrera expresa sus aspiraciones, las proyecta más allá de sus objetivos limitados de lucha tradeunionista; es imposible pretender que el movimiento espontáneo no pueda, en ningún caso, superar la fase de la política tradeunionista.

Aquí hay una confusión. En *¿Qué hacer?* y en *Un paso adelante, dos atrás*, Lenin opone a lo espontáneo lo consciente, y no lo organizado. En su pensamiento, lo espontáneo es lo no ideológicamente expresado, el estadio más bajo, un simple reflejo defensivo, al estar la clase obrera condicionada por la inmensa fuerza de las ideas de la clase dominante. Mientras no esté organizada, no alcanzará un grado más elevado de conciencia, no superará la conciencia tradeunionista en la fase de la espontaneidad, porque sólo la organización puede dar al proletariado la conciencia de clase, porque fuera de la organización no hay conciencia socialista.

Otro error de Lenin es la idea de que la conciencia socialista es aportada desde afuera al proletariado, que el proletariado en cuanto tal, en su desarrollo interno, en la elaboración de sus formas de lucha y de sus objetivos históricos, no puede acceder a la conciencia socialista sin aporte externo. Esta idea es de Kautsky, y anteriormente a Kautsky es de Lassalle, es la famosa fórmula lassalleana de la "fusión de la ciencia con la clase obrera" La ciencia es aportada ya lista desde afuera a la clase obrera por los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses, y los obreros deben avalarla, asimilarla, integrarla. Así accederán a la conciencia de su papel histórico, de su papel socialista. Y es así como mucho antes de que Lenin formule su concepto de partido, se sustituye, desde Lasalle, desde 1864, el culto de la espontaneidad, por ese entonces muy poco difundido, por el culto del partido, detentador, monopolizador del pensamiento y de la acción socialistas. En un artículo de 1904, Rosa Luxemburg explica la concepción leninista del partido por la inmadurez de las relaciones sociales en Rusia. Atribuye esta dualidad, esta difícil toma de conciencia, al carácter bilateral de la lucha proletaria. A un nivel, es la lucha por las reivindicaciones inmediatas, por el techo y el pan, para aliviar el sufrimiento obrero y, en otro nivel, es la lucha por los objetivos más lejanos. Es difícil reajustar la visión a la vez miope y présbita de esos diferentes objetivos. Los miopes sólo ven lo inmediato, los présbitos lo lejano. El peligro de una conciencia tradeunionista existe en la medida en que la clase obrera, obnubilada por la lucha inmediata, sintiendo que eso no basta, descuida u olvida sus objetivos históricos.

Hay dos respuestas para esta problemática. La primera es la de

Lenin, pero es también la de Lassalle y Kautsky: esta posibilidad de superación está condicionada por el aporte desde afuera, por la ciencia que se ofrece a la clase obrera. La segunda, que no es solamente la de Rosa sino también la de Marx, es que la clase obrera segrega sus formas de lucha, que sus aspiraciones son el resultado de sus experiencias vividas, de sus insatisfacciones, de sus decepciones, de sus fracasos más aún que de sus victorias. Así se realiza el proceso de acceso a un nivel superior de la conciencia, de su transformación de una clase en sí en una clase para sí. Un partido proletario, dice Rosa, debe ante todo integrar todas las experiencias vividas de la clase obrera y luego, armado con esas experiencias, teorizar, organizar, integrar en un conjunto conceptual, ayudar a la clase obrera, contribuir a acelerar la maduración de su conciencia. Nunca se le ocurrió que se pueda sustituir la clase obrera por un partido, que se pueda acelerar artificialmente ese proceso de toma de conciencia, que se pueda, sobre todo, violentar esa "conciencia proletaria". Rosa explica esta difícil toma de conciencia por la contradicción entre las reivindicaciones inmediatas y la necesidad de superarlas. Aun si las condiciones objetivas están maduras, la mayoría de los trabajadores nunca está dispuesta a tomar el poder, pues está demasiado preocupada por los problemas de la vida cotidiana. Es en la lucha donde se recupera ese retraso, donde reajusta su conciencia sobre las nuevas condiciones de su existencia y sobre las perspectivas que se abren ante ella. Aprender a través de su propia experiencia, de sus equivocaciones, es más importante que evitarlas gracias a la tutela de un comité central, por más omnisciente que sea. El papel del partido, según Rosa, consiste en acelerar el proceso de maduración de la conciencia de clase del proletariado y no sustituirlo.

Lo que por lo general se ignora es que Lenin, luego de su retorno a Rusia en abril de 1917, corrige, sobre la marcha, su antiguo concepto del partido de revolucionarios profesionales. Mientras que el partido ve acrecentada sus fuerzas día a día con elementos nuevos, Lenin comienza a darse cuenta que su fórmula es demasiado estrecha, demasiado rígida, demasiado estática. En una serie de artículos, habla de la importancia del movimiento espontáneo. Insiste en el papel del partido como catalizador, como animador. Cuando en julio de 1917, la mayoría del comité central, porque siente ascender la ola revolucionaria, porque siente que el viejo estado se descompone, preconiza la toma inmediata del poder, Lenin replica: no, es preciso convencer, aún convencer, siempre convencer. La clase obrera es la que decidirá el momento en que se enfrentará al régimen. No nos toca a nosotros decidirlo sino prepararlo, no somos nosotros los que tomaremos el poder. En el Lenin de 1917 no se encuentra ninguna huella del "sustitutivismo" del que hablara Deutscher.

"Un bolchevique —escribe Lenin— es un jacobino vinculado a la

clase obrera." Rosa ve aquí el mantenimiento de los elementos democráticos burgueses en la Revolución rusa. Esta definición, escribe Rosa, corresponde a un doble objetivo histórico, a la realización de la primera fase de una revolución democrática burguesa, antes de abordar las tareas de la edificación socialista. De allí surgen formas presocialistas de organización: se apela a la grandiosa tradición jacobina que no refleja la realidad proletaria, que es fundamentalmente extraña al pensamiento y a la experiencia de la clase obrera. El partido no es externo a la clase obrera, dice Rosa, es su emanación. Rechaza ese concepto del jacobino ligado a la clase obrera. Ligado, es decir externo, pues para que haya un nexo es preciso que haya dos cosas que se unen. Pero para Marx, así como para Rosa, hay un solo factor, una sola fuerza, un solo elemento determinante, autodeterminante, que es la clase obrera.

Pero aquí todavía estamos en el terreno de la escritura y del habla. ¿Cómo ocurrió todo eso en la realidad? Tenemos, pues, dos concepciones de partido: una estrecha, de Lenin, una amplia, de Rosa, y se cree que a imagen de esas fórmulas existen dos tipos de organización proletaria: el partido bolchevique y la SKDPiL. Ahora bien, en la realidad ocurre exactamente lo contrario. A partir de 1906, luego del Congreso de Estocolmo, la socialdemocracia rusa logra unificarse. En ese pequeño partido de cuadros, carente de afiliados, escindido de la masa, enfrentado con innumerables dificultades (local, dinero, fronteras), se ayudan mutuamente. Y como con frecuencia sólo hay una sala, bolcheviques y mencheviques se reúnen juntos. Luego se afirmará que el partido estaba dirigido por los bolcheviques "conciliadores". Lenin lo sabe, y deja las cosas así. Algunas veces se encoleriza y dice que no se aplican las decisiones del comité central, pero se cuida de romper con ellos, mientras que no vacila en separarse de los "izquierdistas" (otzovistas). Y la vida continúa. Stalin, con su forma ruda de decir las cosas, expresa esta tendencia cuando dice: las querellas de emigrados son la revolución en un vaso de agua; eso no nos interesa. Recién en enero de 1912, al sentir que se aproxima una nueva oleada revolucionaria, Lenin decide romper definitivamente con los mencheviques y transformar la *fracción* bolchevique en *partido* bolchevique.

¿Cómo funciona el partido-proceso en el campo de acción? Lenin es a la vez teórico y organizador, formula su concepción de partido y la aplica con mayor o menor flexibilidad, o no la aplica. En la SDKPiL es más complicado porque son dos, y es una pareja que no siempre se entiende bien: Rosa, que es una gran teórica, no se ocupa del trabajo de organización que deja en manos de Leo Jogiches. En la práctica, debido a la actitud de Leo que aplica de manera rígida una concepción flexible, el partido-proceso es un partido más duro y más autoritario que el partido bolchevique, a tal punto que la organiza-

ción regional de Varsovia, al igual que otras, rompen en 1912 con la dirección externa y crean su propia dirección, aunque entre ellos no haya habido ningún desacuerdo programático, pues todos eran luxemburguistas. Si se les preguntara: ¿por qué la escisión?, responderían: los problemas de organización son fundamentales, mientras que siempre se puede coincidir con el programa. La SDKPiL se divide en dos, el partido-proceso ya no es un proceso, el partido amplio es en realidad un partido estrecho, el partido móvil se ha convertido en un partido estereotipado, estático. Así es como se traducen algunas veces las nociones teóricas al nivel de lo vivido.

Si insisto en esta distorsión entre los conceptos y su aplicación, es porque compruebo con inquietud en los jóvenes un fetichismo del texto, una creencia de que si las cosas han sido escritas, han sido hechas. Pero eso ocurre muy rara vez; aún en la actualidad se escribe algo de una manera y luego se lo realiza a la inversa. Pues existen límites históricamente determinados de las estructuras organizativas de la clase obrera. Las dos concepciones del partido, la de Lenin y la de Rosa, han sido sopesadas por la experiencia de los bolcheviques quienes le impusieron una interpretación más flexible y por la de la SDKPiL quien tornó más restrictiva la concepción del partido-proceso en período de clandestinidad y de represión policial.

Aquí hay una especie de desencuentro bastante sorprendente. Se cruzan un poco como dos trenes en una estación. Lenin se refiere a la experiencia de la socialdemocracia alemana, critica a los intelectuales rusos que hilan muy fino, que cuestionan las decisiones del comité central. Admira a los alemanes pues ellos sí tienen un buen partido, bien organizado y disciplinado, que sigue al pie de la letra las decisiones del comité central. Este es el tren alemán cuyo perfecto funcionamiento es admirado por Lenin. Pero por la misma estación pasa el tren ruso. Rosa querría aplicar a la socialdemocracia alemana, cuyas debilidades conoce perfectamente, los criterios del movimiento obrero del imperio zarista. Querría ampliar el horizonte estrecho de los filisteos socialdemócratas, alejarlos de sus prácticas reformistas y electorales, gracias al gran soplo liberador de la revolución rusa de 1905. Este es el tren ruso y, por supuesto, al cruzarse, nunca se encontraron.

Lenin atribuye a la organización centralizada las virtudes aceleradoras del movimiento, que explicita las ideas, realiza la acción, aumenta la fuerza y las posibilidades prácticas de la clase obrera. Rosa teme el conservadorismo del aparato del partido y de los sindicatos, que ahoga las iniciativas, circunscribe y frena el movimiento espontáneo, impide su desenvolvimiento. Intuye que la organización puede, al esclerosarse, dejar de ser un acelerador y convertirse en un freno del movimiento espontáneo. Señala, con singular lucidez, que la espontaneidad tiene sus ventajas y la organización sus peligros.

Citemos dos anécdotas. El viejo August Bebel, el jefe reconocido del Partido Socialdemócrata, esforzándose por calmar un poco el ardor de su protegida, responde a los adversarios de Rosa la Roja: "¡Dejénla tranquila! Tenemos mucha necesidad de esta perla en nuestro collar socialdemócrata". En otra oportunidad, se realiza una reunión en lo de Bebel, y Rosa Luxemburg y Clara Zetkin extravían el camino y llegan tarde. Aliviados, los que las esperaban se divierten redactando epitafios a su memoria. Rosa los rechaza a todos y propone otro: "Aquí yacen los últimos *hombres* de la socialdemocracia alemana".

En su polémica con Lenin, el menchevique Mártov escribe en 1904: "El peligro que nos amenaza reside en que la organización del partido no sigue el ritmo de crecimiento del movimiento espontáneo." Lenin no niega ese peligro ni la importancia de la espontaneidad. Insiste en la necesidad para el partido de estar a la vanguardia, no colocarse nunca a la retaguardia del movimiento espontáneo. Y esto ocurre en 1904, dos años después de *¿Qué hacer?* . Es preciso recordar lo que escribe en 1917, cómo corrige, cómo enmienda, cómo flexibiliza ese concepto rígido de partido del que se nos ha mostrado, durante treinta años de la era estaliniana, la más terrible, la más opresiva, la más esterilizante de las versiones.

Un camarada dijo que pese a mi adhesión a Lenin no oculto mi ternura por Rosa. ¡Es verdad! Pues es necesario tener en cuenta tanto lo que se piensa como lo que se siente. Al respecto, quiero evocar una historia que leí y que sucedió en el segundo Congreso del partido comunista polaco, en 1922. Warszawski-Warski, que era en ese momento el dirigente y el animador del partido, hizo un informe político y un balance crítico del luxemburguismo. Como detrás suyo se proyectaba la gigantesca sombra de la Comintern, que en 1922 era incuestionable, nadie se atrevió seriamente a cuestionarlo. El Congreso escucha a Warski con asombro: un íntimo amigo de Rosa barre la tradición de lucha de la SDKPiL desde 1894; rechaza su programa tanto en lo que tenía de erróneo (la actitud sectaria en los problemas nacional y campesino) como en lo que tenía de justo (concepción del partido). Todo el mundo aprueba porque existen las decisiones del segundo y tercer Congreso de la Comintern, porque existe ese bastión asediado, la Rusia de los soviets, porque existe esa revolución amenazada por todas partes, y no se puede decir no a todo eso, decir no a Lenin.

Cuando todo está consumado, sube a la tribuna del Congreso otro colaborador y amigo de Rosa, Marchlewski-Karski, miembro del Comité ejecutivo de la Comintern, y toma la defensa de ciertas posiciones tanto falsas como justas de Rosa. Lo dice porque en esa época se podía decirlo, porque se podía ser miembro del Comité ejecutivo de la Comintern y no ser leninista. Se podía ser miembro de un orga-

smo responsable de un partido y decir que no se era leninista, y eso era tolerado y admitido. Cuando Karski descendió de la tribuna, todo el congreso, que había aprobado las tesis de Warski sin un aplauso, se levantó como si fuese un solo hombre y aclamó durante varios minutos el discurso nostálgico de Karski que parecía condenado por la historia. ¡A eso se llama ternura!

Desde los acontecimientos de mayo-junio de 1968, dos corrientes surgen en el seno del movimiento llamado de izquierda. Por una parte, se presenta a Rosa como una espontaneísta, una izquierdista *avant la lettre*, como una enemiga de toda organización disciplinada y estructurada. Por otra parte, se hace de Lenin un antiespontaneísta, que niega la importancia, es decir hasta la existencia del movimiento espontáneo, que tiende a imponer al proletariado el programa, las formas de organización y de acción del partido. Dicho de otro modo, se lo presenta como un estalinista *avant la lettre*.

Por supuesto, esta doble simplificación falsea la realidad. Lenin no es un antiespontaneísta, aunque en *¿Qué hacer?* destaca la importancia de una organización nacional. Reconoce que el partido, en vísperas de la revolución de 1905, frena el movimiento espontáneo. Rosa no es una espontaneísta, aunque insista en la autodeterminación del proletariado, que crea poco a poco sus propias formas de organización y de acción. Se oponen y se complementan a la vez, pero lo que los une es infinitamente más importante que lo que los divide. Por eso, frecuentemente con motivaciones diferentes, se rencuentran, en los momentos decisivos, en el mismo campo: el de la revolución.

Siempre me asombró la indiferencia de Lenin con respecto a esa institución surgida espontáneamente de la masa que era en 1905 el soviet de San Petersburgo. Asiste dos veces, como simple oyente, durante una parte de las sesiones, y desde 1905 hasta 1907 en sus escritos ni siquiera aparece el término "soviet". Recién en 1907 habla por primera vez de los soviets como instrumento de lucha por el poder. La idea de institucionalizar los soviets como forma particular del poder aparece más tarde, en las *Cartas desde lejos* enviadas desde Suiza y escamoteadas en su mayor parte por los dirigentes residentes en Rusia. En ese momento, en abril de 1917, Lenin opera una doble mutación:

1) Considera a los soviets no solamente como un instrumento de lucha por el poder sino como un instrumento de ejercicio del poder;

2) les da un contenido particular, al escribir, en *Las tesis de abril* de 1917, que esa revolución, que antes caracterizaba como democrática-burguesa, debía culminar, luego de un breve período de doble poder, en una revolución proletaria socialista y en la dictadura del proletariado, y no en la dictadura de los obreros y campesinos.

Los soviets, expresión histórica de la dictadura del proletariado, debían inspirarse en el ejemplo de la Comuna de París. *El estado y la*

revolución es una tentativa de formular teóricamente, partiendo de la Comuna de París, lo que debe ser ese estado de democracia proletaria o, como escribe Lenin, de democratismo primitivo. Así define el poder proletario en el período de transición al socialismo.

¿Qué es, pues, esta dictadura del proletariado? ¿De dónde proviene? ¿Cuáles son sus características y su alcance? ¿Por qué esa sorpresa en las propias filas del partido bolchevique? Aquí debemos retroceder un poco. Marx habla de la dictadura del proletariado en una carta a Kugelmann (1871) y aún mucho antes, en 1852, en una carta a Weydemeyer. Marx define la dictadura revolucionaria del proletariado en la *Crítica del programa de Gotha* (1875) y Engels retoma esa fórmula en su Introducción a *La guerra civil en Francia* (1891).

¿Cómo fueron utilizados esos enunciados, en su mayoría poco conocidos por los militantes, en la acción proletaria? Marx dicta en 1880 a Jules Guesde los considerandos (preámbulo) del programa del partido obrero francés, en los que no dice ni una palabra sobre la dictadura del proletariado. Engels supervisa palabra por palabra, coma por coma, el programa de Erfurt (1891). Kautsky maneja la pluma, pero su cerebro está en Londres. Aquí tampoco figura ni una palabra sobre la dictadura del proletariado. El primer texto histórico que expresa la voluntad colectiva de instaurar la dictadura del proletariado figura en el programa redactado por Plejánov, con la colaboración de Lenin, y adoptado por el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), llevado a cabo en 1903 en Londres. Aquí se trata de una dictadura jacobina. No es totalmente la dictadura del proletariado tal como aparece en los escritos de Marx y Engels. Es la dictadura de una minoría que tiene por tarea destruir la contrarrevolución, aplastar al enemigo de clase. En su comentario, Plejánov se refiere explícitamente a los jacobinos y cuando Mártov le observa que esa no es exactamente la forma en que Marx concibe la dictadura del proletariado, Plejánov responde: "Para nosotros, la dictadura del proletariado es un instrumento de lucha contra la contrarrevolución; un punto, eso es todo."

Estamos, pues, en presencia de las dos concepciones de la dictadura de proletariado: una, tal como figura en los textos de los fundadores de la teoría marxista; otra, tal como es concebida en el programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Es posible comprobar, luego de la toma del poder por los bolcheviques, que la concepción de la dictadura del proletariado marxista, original, tal como es expuesta en *El estado y la revolución*, sólo es una fórmula teórica, que la que se aplica es la otra, la fórmula jacobina. Era inevitable que ocurriera así. Ese desfasaje no era el producto de una buena o mala conciencia, son los acontecimientos los que conformaron esa forma de concebir la dictadura del proletariado. No es que se ignorara la

Crítica del programa de Gotha sino que los acontecimientos son más fuertes, más constrictivos que todas las críticas y todos los programas.

Así es preciso comprender las reacciones de Rosa, que se refieren a otro modelo, a otro concepto de la dictadura y que se ubica, en lo que respecta a la concepción de partido o a la del estado, más cerca de Marx. Es evidente que la crítica de Rosa no es episódica sino "de principio". No está dirigida a *El estado y la revolución*, que no ha leído, sino al modo en que han sido restringidas las libertades públicas y los derechos de la oposición. Para Rosa, así como para Marx, la dictadura del proletariado significa la realización de la democracia proletaria, de la autodeterminación de la clase obrera, rigiéndose a sí misma, detentando y conservando entre sus manos todos los atributos e instrumentos de poder, sin abandonarlos nunca, sin cederlos nunca a nadie, y sin aceptar, bajo ningún pretexto, esa terrible delegación del poder, ilimitada en el espacio y en el tiempo, que constituyó la desdicha del proletariado soviético.

Esta concepción jacobina de la dictadura del proletariado corresponde a una concepción lasalleana del partido. Lenin mantiene, luego de la conquista del poder y aún después del aplastamiento de la contrarrevolución, esa estructura autoritaria y centralista. Además, en momentos del gran viraje de marzo de 1921, del abandono del comunismo de guerra, mientras propone aflojar las restriciciones económicas, permitir a los campesinos, a los artesanos y a los "nepmans" desarrollar su producción y sus ventas en el mercado libre, declara que es preciso reforzar el papel dirigente del partido, que es preciso ser aún más duro, más severo. En ese contexto, propone por primera vez, en el X Congreso, que lo acepta, prohibir las fracciones organizadas en el partido. Se establece una distorsión inevitable entre lo que ocurre en el país y lo que se hace en el partido. Esta distorsión entre un estado federal, cuya constitución de 1922 es muy democrática, muy abierta, y un partido ultracentralizado quita a los soviets la realidad del poder. Lenin se bate contra Stalin; es su última y muy efímera victoria. Forma la unión de las repúblicas soviéticas, soberanas, con vocación universal, sin delimitación de territorio. Es lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de que si la URSS es una república federativa y soviética, sólo es socialista en proyecto y hará falta mucho tiempo para que ese proyecto se torne realidad.

Pero si el partido, que es el inspirador, el control, el organizador y el amo del estado, no es federativo ¿cómo puede establecerse una verdadera federación? Lenin se indigna contra las felonías de Sergó Ordjonikidzé, de Stalin y de Djerzinski, esos "alógenos rusificados" que abaten, con una temible brutalidad, la autonomía de la república georgiana de los soviets. Sin embargo, era inevitable puesto que todas las grandes decisiones eran tomadas en Moscú y no en Tiflís. Cuando los dirigentes de Tiflís osaban oponerse a las consignas de Moscú, se

viajaba hasta allí para quitarles el poder y eliminarlos. Ideológicamente, en espera de algo mejor...

Lenin se da cuenta tarde del peligro, espantado por el problema georgiano. Trata de reaccionar con medidas administrativas y organizativas insuficientes y ya inoperantes. Propone aumentar el número de los miembros del comité central del partido, ampliar las prerrogativas de la Inspección Obrera y Campesina, apartar a Stalin del secretariado general del partido. Pero es demasiado tarde. Stalin se ha asegurado la mayoría en el comité central, ha formado la Inspección Obrera y Campesina, de la que se ha convertido en el amo absoluto, el foco de la burocracia. Poco antes de su muerte, Lenin ha librado y perdido su último combate.

La dictadura jacobina se aplica en todas partes y el modelo de soviets soberanos desaparece en la tormenta de la guerra civil. Los soviets son reemplazados por los "revcoms", los comités revolucionarios, y eso es normal. Los blancos se pasean a través del país. Apenas entran en una ciudad o en un pueblo, localizan a los rojos y los fusilan. Cada vez hay menos hombres decididos a arriesgar su vida. Se envía a los puntos más expuestos a los combatientes más duros y resueltos. Se los reconoce por su chaqueta negra de cuero y sus grandes revólveres. Saben lo que arriesgan, y juegan el juego. Pero son poco numerosos. Ya no es el soviet el que, en cuanto institución estatal, ejerce un poder democrático que emana directamente del pueblo. Es una especie de democracia militar, rígida y autoritaria. Son personas que toman el poder no porque aspiren a él sino porque el poder está vacante, porque es preciso recogerlo, tomarlo, tenerlo, defenderlo, o morir.

La democracia obrera se retrae particularmente. Lenin acelera aun más el proceso al rechazar las proposiciones de los grupos de la "oposición obrera" y del "centralismo democrático" de establecer el control obrero y la gestión obrera, negando a los sindicatos el derecho a inmiscuirse en la gestión de las empresas y en el reparto de los productos, tratando a "la oposición obrera" de anarcosindicalista, lo que yo considero como un error manifiesto. Desde el punto de vista de la experiencia, se trata de un nuevo tipo de estado que se forma donde el partido se apodera del aparato estatal, en realidad un simple organismo de ejecución. Lo que Marx considera como estado, es decir el instrumento de dominación de una clase por otra, ya no es el estado de democracia soviética sino el partido, instrumento exclusivo del poder, que ejerce la dictadura, sustituyendo a la clase obrera, detentadora nominal del poder, desposeyéndola de sus prerrogativas y de sus derechos.

¿Es posible en la actualidad conformarse con restaurar un "partido de tipo nuevo", un "verdadero centralismo democrático", como lo quería Waldeck-Rochet, para instaurar en el partido una "verdadera"

democracia? ¿Es posible hacerlo sin un análisis crítico, sin una "revisión desgarrante", sin un profundo examen de la forma en que el partido, "institucionalizado" por Lenin, "monolitizado" por Stalin, llegó a tantas deformaciones y crímenes? ¿No es preciso considerar, como luego de 1848, 1870, 1914, una nueva forma de la organización proletaria? El 4 de agosto de 1914, Rosa, que conocía bien a la socialdemocracia alemana, dijo que ese partido, luego de su adhesión a la defensa nacional, se había convertido en un "cadáver maloliente". Yo me pregunto si luego del 21 de agosto de 1968, luego de la invasión de Checoslovaquia, no habría que decir claramente que el partido que dirige la Unión Soviética se ha convertido en un gigantesco cadáver, que crece sin cesar, como en la pieza de Ionesco *"Comment s'en débarasser?* y que obstaculiza al proletariado, tanto al de los llamados países socialistas como al de los países capitalistas, el camino hacia el futuro. ¿No se impone la ruptura orgánica e ideológica —lo que no impide la unidad de acción— con una formación que sobrevive, luego de ser transformada en su contrario, que ha fracasado como portadora del proyecto socialista y que defiende, en nombre de una revolución renegada y traicionada, los intereses y los privilegios de una nueva clase dominante?

¿Cómo realizar el pasaje de un partido, instrumento de lucha por el poder, obligado a aplicar formas muy estrictas, muy severas de disciplina de combate (cuanto más dura es la lucha más predomina el centralismo sobre la democracia) y cuyo objetivo histórico es la conquista del poder por parte del proletariado, en un partido que tenga otros objetivos históricos, es decir el ejercicio del poder en el seno de la democracia socialista? ¿Cuál debe ser la división de las funciones entre un partido y los órganos del estado proletario? ¿Cuál debe ser la estructura, el carácter, las prerrogativas de ese partido? Sobre todo, esta mutación que aparece como inevitable ¿puede operarse sin enfrentamientos, sin rupturas y estallidos? Francamente, no estoy muy seguro de ello. A la luz de más de cincuenta años de experiencia en la URSS y más de veinte años en otras partes, pienso que a una fase superior de la evolución hacia el socialismo, que a un objetivo de carácter fundamentalmente diferente, deben corresponder otro papel y otra forma de organización. Las diferentes tentativas de realizar esa mutación demuestran cuáles son las posibilidades y los límites de la reforma del partido, así como las fuerzas que la preconizan y que se oponen a ella. Yo me pregunto si el debilitamiento del partido proletario no debe preceder al debilitamiento del estado proletario, si una de las tareas actuales no debe ser la de precisar la forma en que debe operarse la autolimitación del partido, su integración en la masa —como decía Engels— despojándolo progresivamente de sus prerrogativas hasta que la idea socialista se imponga con tal fuerza que ya no tenga necesidad de una organización distinta. Debilitamiento del par-

tido prioritariamente al debilitamiento del estado, porque el estado de la democracia proletaria, porque el estado de los soviets, ahora lo sabemos, perdurará mucho tiempo bajo formas diversas, con modelos diferentes, adaptándose a las circunstancias, al pasado histórico de cada país, integrando, absorbiendo ese pasado y dando a ese tipo nuevo de estructura estatal un cariz nacional particular. ¿Cómo emprender ese proceso de debilitamiento, por dónde comenzar? Yo propondría un sistema de relevo, de rotación, de revocación de los delegados elegidos en curso de mandato. Ese proyecto fue elaborado por Lenin en *El estado y la revolución* y aplicado por los sindicalistas revolucionarios franceses durante años, y eso no impidió que esta organización tuviera una cierta eficacia al practicar el relevo de los cuadros y la renovación del personal sindical.

Me pregunto si la prohibición de todo nombramiento desde arriba —salvo en caso de urgencia, y refrendado lo más pronto posible por una elección— no constituye una de las condiciones que permiten levantar una barrera eficaz contra la proliferación de una burocracia irresponsable y contra la formación de un grupo de dirigentes prácticamente inamovibles. Reconocer la pluralidad de los partidos no basta, pues éstos pueden ser domesticados, satelizados. Lo importante es establecer, no por medio de acuerdos en la cumbre, siempre revocables, sino por el ejercicio directo del poder por parte de los soviets, la libertad de opinión y de crítica, la remoción de los diputados en curso de mandato. No son barreras de papel, son garantías reales que deben asegurarse, con exclusión de todo tipo de policía política, los trabajadores armados, capaces de oponerse, aunque sea por la fuerza, a toda limitación de sus libertades públicas y de sus prerrogativas sociales.

Nada garantiza que esas medidas sean suficientes, que esa sea la vía real de la democracia socialista. Sabemos hasta qué punto todo esto es peligroso, aleatorio, difícil; sabemos cuántas veces el proletariado deberá retroceder, volver a cuestionar sus conquistas. La proliferación de una burocracia no puede ser eliminada con un golpe de varita mágica porque no es el producto específico del subdesarrollo, sino del retraso histórico de la propia clase obrera en los países capitalistas avanzados. Esta es una gran idea de Rosa: la clase obrera está siempre retrasada en relación con los acontecimientos y ella los recupera al galope en el momento en que la ola revolucionaria aumenta. No es debido a la educación, ni al aporte de ideas provenientes desde afuera, sino mediante la experiencia vivida, que accede a la conciencia de clase, a la conciencia de su papel hegemónico en la sociedad, que adquiere poco a poco las cualidades de una nueva clase dominante.

La clase obrera es la que debe desempeñar el papel dirigente en la sociedad de transición al socialismo, conforme a la fórmula del *Manifiesto comunista*, y no un partido cualquiera, que se presente como

su emanación. La reducción de los otros partidos y organizaciones obreras a un papel subalterno de correas de transmisión no tiene nada en común con la concepción marxista del papel histórico de la clase obrera.

Si, en un período de transición, una burocracia se erige como clase dominante, luego de haber despojado del poder a la clase obrera, deberá llevarse a cabo una nueva lucha contra "la reacción en la revolución", según la fórmula de Mathiez. No basta con sustituir la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad estatal y la dirección de la burguesía por la de una nueva clase dominante, para pretender que el socialismo se realice. La clase obrera no puede emanciparse a sí misma y liberar al conjunto de la sociedad de la explotación y de la opresión sino a condición de suprimir no solamente la patronal, privada o pública, sino también al asalariado.

El deterioro progresivo de los mecanismos y de las relaciones surgidas de la vieja sociedad se hará lentamente, durará toda una época histórica. Durante esa época, en la medida en que coexistan los caracteres capitalistas y socialistas en competencia, subsistirá el peligro del resurgimiento de los privilegios, de las desigualdades y de las instituciones encargadas de resguardarlos. Contra ese retroceso, sólo pueden obtenerse seguridades por medio de la democracia socialista y sus organizaciones, políticas, sindicales, culturales, etc., en espera de su desaparición ante las libres asociaciones de productores.

Cuando finalice la lucha por la conquista del poder, cuando sean liquidados los brotes de la contrarrevolución, se iniciará la época de la construcción socialista. A ese nuevo objetivo deberán corresponder nuevas formas de organización y de acción. El viejo partido, creado en vistas de la conquista del poder, deberá transformarse o desaparecer. Si no lo acepta, si no desaparece, habrá que eliminarlo, aun por la fuerza. Ya no podrá ejercer el poder, que emanará directamente de las instituciones estatales, expresión de la democracia socialista, cuyas prerrogativas disminuirán y se debilitarán a medida que se vaya realizando una sociedad sin clases.

El papel del o de los partidos, así como de las otras organizaciones de la clase obrera, es el de servir de prototipo, el de prefigurar la sociedad futura, de servir de punto de rencuentro y de confrontación entre las diferentes corrientes del pensamiento y de la acción socialistas. En cada país, en cada etapa de la marcha hacia el socialismo, aparecerán las formas originales de organización social, correspondientes a la diversidad de las necesidades y de las opiniones. No existe ni un modelo único de partido, ni un modelo único de estado obrero.

El partido en el poder no debe desempeñar ni el papel de organizador, ni de educador, sino el a la vez más modesto y glorioso: el inspirador y animador de las organizaciones obreras, que no dependen de él, que pueden aceptar o rechazar sus sugerencias y sus proyectos,

que pueden inspirarse en él o no, que pueden cometer faltas y extraer de ellas una lección, más bien movimiento que partido, organización amplia, móvil, que se funda, se disuelva en la masa, que deje en manos de los trabajadores, liberados finalmente del yugo capitalista, la libre determinación de su destino.

Edoarda Masi

ALGUNAS CUESTIONES IMPOSTERGABLES

Si, según la afirmación de Lenin, existe una situación prerrevolucionaria cuando las clases dirigentes ya no son capaces de seguir gobernando y las clases oprimidas ya no quieren dejarse gobernar, en nuestro país existe una situación prerrevolucionaria respecto de la primera condición; en cuanto a las clases oprimidas, la conciencia de la mayoría es todavía confusa, no obstante los pasos avanzados en los últimos años. Es por eso que desde todas partes se reclama con insistencia una organización revolucionaria capaz de esclarecer y de formar esa conciencia proponiéndole objetivos concretos. En caso contrario, los riesgos de regresión son muy grandes. Mejor dicho, ya no se trata de riesgos: nos encontramos en plena regresión.

En estos últimos años, hubo diversas tentativas de organizar el partido o el pre-partido revolucionario. Todas fracasaron lastimosamente y era fácil preverlo desde el comienzo. En efecto, no se construye una organización revolucionaria sobre la base de fórmulas aproximativas y envejecidas, ni de una praxis que oscila entre la estereotipia y la irresponsabilidad. Fueron experiencias útiles, sin embargo, aunque más no sea porque en ellas se aprendió lo que no debe hacerse.

Toda organización política necesita puntos de referencias, principios comunes. Es por eso que muchos compañeros sienten hoy la necesidad de profundizar el discurso teórico. Pero este debe ser explícito, claro y público, porque no sabremos qué hacer con una "revolución" ejecutada por vanguardias que reemplacen a las masas e, instrumentalizando sus comportamientos, pretendan obrar por el bien y el interés de las masas mismas sirviéndose de ellas. La unidad ideológica, al menos sobre algunas cuestiones fundamentales, es la base del único "principio de autoridad" al que es lícito referirse hoy.

Existe una serie de cuestiones, decisivas para arribar a dicha unidad, sobre las cuales hay dudas y desacuerdos entre nosotros y, también, en cada uno de nosotros. En lugar de encararlas se prefiere eludirlas y postergarlas. Y se acaba hablando mediante alusiones que ocultan la duda y el vacío, como nos lo enseñan los intelectuales al

servicio de la burguesía; o bien, por medio de fórmulas, como nos lo enseñaron los burócratas togliattistas-estalinianos.

Por lo tanto, querría iniciar la discusión de algunos de estos problemas. No abordaré necesariamente los más importantes, sino que más bien, mezclaré algunos insignificantes con otros muy graves. Naturalmente no tengo la verdad en el bolsillo y mis opiniones pueden ser parcial o totalmente equivocadas. Sin embargo, me expresaré como si tuviese autoridad, precisamente porque no la poseo y porque tampoco se la reconozco a los otros, pues en la medida en que formamos parte de la masa y no de la "vanguardia", creo que todos debemos ser "autorizados" y personalmente responsables. De este modo podremos establecer a través de la discusión, y sin abuso de poder por parte de nadie, algunos "principios de autoridad" que nos servirán de referencia.

LA TEORIA Y LA PRACTICA

La alternativa estudio o experiencia, trabajo teórico o compromiso práctico, se afronta a menudo con la misma puerilidad con que cierta gente se enfrenta con la contradicción "cuerpo-alma", "materia-espíritu". Es evidente que experiencia y estudio, práctica y teoría sólo son dos aspectos contradictorios de una misma realidad; cada uno de ellos tomados aisladamente, simplemente no existen.

En sentido genérico y sin por el momento distinguirla de la experiencia, la práctica es la modificación continua e inevitable que cada uno de nosotros imprime al mundo exterior: modificaciones de la naturaleza física producidas por nuestra simple existencia animal; modificaciones de las cosas producidas por nuestras acciones voluntarias e involuntarias y por el trabajo; modificaciones producidas en los otros seres humanos a través de las relaciones que establecemos con ellos; modificaciones de la sociedad derivadas del trabajo, la actividad política, el arte y la experimentación científica. La teoría es la reflexión sobre la práctica, el conocimiento de esas modificaciones. Múltiples han sido los métodos y los fines aparentes de esta reflexión en el curso de la historia. También fueron diferentes los niveles de reflexión. Pero cada nueva forma de conocimiento produjo siempre, en cada nivel, inmediata y mediatamente, nuevas modificaciones de lo real y, consecuentemente, una práctica nueva y diferente. Gracias a la actividad teórica, aún la más elemental, las modificaciones que imprimimos a la realidad se vuelven intencionales, la actividad práctica se dirige conscientemente hacia un fin. En un sentido más preciso, damos el nombre de práctica (o mejor de praxis) a esta actividad consciente de modificación de la realidad, para distinguirla de la simple experiencia, que comprende también las modificaciones inconscientes

y no intencionales. En consecuencia, la práctica propiamente dicha no existe sin teoría, produce la teoría y, a la vez, es un producto. Muchos no se percatan de ello y creen no desarrollar ninguna actividad teórica y carecer de teoría alguna, porque consideran natural y obvio el modo en que interpretan su experiencia y el modo en que se comportan. Por el contrario, estas cosas implican siempre un cierto grado de reflexión y son el fruto de convicciones y opiniones, es decir, de teorías, aceptadas o elaboradas por nosotros mismos.

Me parece inútil explicar por qué la teoría, a su vez, no puede existir sin la práctica; todos aquellos que intentaron aislarla han encontrado al final el vacío, vacío que después trataron de ocultar o de llenar con una especie de práctica deformada e irreconocible.

¿Para qué hablar de cosas tan obvias y de una manera tan rudimentaria? Creo que entre las cuestiones que no afrontamos nunca a que aludía más arriba, están las que consideramos obvias. Creo también que la forma más correcta de afrontarlas es comenzar por hablar de ellas de modo un poco rudimentario. Los refinamientos se prestan mejor al engaño, sólo los captan muy pocos y, sobre todo, cada uno los entiende de manera diferente; y esto, como es natural, tiene consecuencias prácticas.

Una de las consecuencias de la actual confusión es que grupos que, en el plano teórico y práctico, se formaron sobre la base de un compromiso político (revolucionario) común, se dividen casi siempre en dos fracciones principales. Esta es una situación que nos interesa sobremanera y que se reproduce con notable regularidad.

Por una parte están aquellos que, optando por la "practica", optan en realidad por el activismo o por el profesionalismo político. En el primer caso, los vemos correr frenéticamente de manifestación en manifestación, de la reunión a la asamblea, de la puerta de la fábrica a la facultad, sin encontrar un momento para la reflexión, la lectura, para el análisis serio de su actividad y de la ajena. Es una permanente fuga hacia adelante, una huida de sí mismo que implica a la vez una huida de las contradicciones de lo real. En el segundo caso, la teoría aparece como dogmatismo (principios aceptados a priori y que no están sujetos a verificación y a modificación), o como instrumento empleado cínicamente para justificar elecciones cuyos verdaderos motivos no se expresan (por lo general, reivindicación del poder personal). Frecuentemente se verifican las dos cosas a la vez.

Por otra parte están aquellos que, al elegir el ejercicio profesional de la "teoría" y del "estudio", eligen en realidad el academicismo. Aquí también la teoría, que puede presentarse como "pura" (reivindicación burguesa), o en relación con la realidad social (reivindicación socialdemócrata), aparece o como dogmatismo (desarrollo autónomo del pensamiento, no sujeto a verificación ni a modificación por efecto de la práctica), o como instrumento empleado cínicamente para justi-

ficar elecciones cuyos motivos verdaderos no se expresan (casi siempre, reivindicación subjetiva de privilegios). También aquí, las dos actitudes se verifican, en general, simultáneamente, disimuladas bajo diversos ropajes.

Entre los dos grupos se establece una relación ambigua, de rivalidad-hostilidad y de colaboración. Cada grupo fastidia al otro toda vez que la reivindicación de poder de los unos entra en contradicción con la reivindicación de privilegios de los otros. Pero tanto unos como otros tienen intereses comunes: la conservación del poder-privilegio frente a las masas. La solución estalinista al dilema (relación política-intelectual) reside en un compromiso: a los políticos se les asigna el poder de decisión y la elección de los dogmas; a los intelectuales profesionales se les garantiza una situación de privilegio, a condición de que se transformen en mandarines, es decir en intelectuales cada vez más profesionales, en académicos (o propagandistas imbuidos de saber y mentalidad académica[1], dispuestos a poner su teoría al servicio de los políticos)[2]. De este modo la función revolucionaria de ambos se suprime, el poder-privilegio es institucionalizado y el nexo correcto teoría-práctica se oscurece y se destruye. Esta absurda división del trabajo entre los profesionales de la política y los profesionales de las otras actividades intelectuales, les permite establecer sus acuerdos a espaldas del pueblo trabajador. A este se le niega en materia de creación política, tanto la actividad teórica como la práctica, dado que ellas pertenecen al campo de acción de los respectivos profesionales. El trabajo mismo —todo tipo de trabajo— y las relaciones entre los hombres en el lugar de trabajo ya no constituyen la práctica social sobre la cual los trabajadores pueden reflexionar para interpretarla, es decir, elaborar una teoría. Las formas y la organización del trabajo —la práctica de los trabajadores— dejan de ser objeto de conocimiento teórico (político) por parte de los mismos trabajadores; y si es verdad que la teoría sirve para conocer la realidad con el fin de transformarla —es decir, para modificar la práctica—, las formas y la organización del trabajo son excluidas, por principio, del campo de transformaciones de carácter político[3]. Estas cuestiones se convierten en un problema "técnico" a resolver con medios "técnicos" neutros desde el punto de vista político y de clase, igualmente válidos en un sistema capitalista o socialista, y cualesquiera que sean los principios políticos a que adhieran los técnicos en otra esfera.

Hasta aquí no tuve en cuenta las diferencias entre una situación en que el poder está todavía en manos del enemigo de clase y una situación en que el poder está a cargo de los políticos revolucionarios. Hay aquí una cuestión de principio que es necesario aclarar inmediatamente: nuestra acción no debe facilitar el acceso al poder de los políticos revolucionarios, secundados por sus mandarines, sino que, por el contrario, sean los trabajadores quienes tomen el poder. Por

eso es indispensable que en los trabajadores vuelvan a unirse práctica y teoría, aún antes de la toma del poder.

La formación de políticos revolucionarios profesionales y de mandarines intelectuales fue típica de la vieja izquierda socialista y comunista y no estaba en contradicción con sus premisas. Hoy tiende a repetirse en la nueva izquierda, en contradicción con la crítica de principio que esta hace a la vieja izquierda. Tratemos de ver las causas.

Sólo un pequeño número de los políticos profesionales de la nueva izquierda proviene de la clase obrera. En su mayoría son de origen intelectual, igual que los mandarines. Muchos estudiantes e intelectuales jóvenes se enfrentan a la alternativa de profesionalismo político o mandarinato a partir del rechazo global de la sociedad. Sienten agudamente la contradicción entre la imagen, a veces confusa, de la sociedad socialista a que aspiran y su condición subjetiva y personal en la sociedad capitalista en que viven. Sólo es posible trabajar, estudiar, conocer y, por lo tanto, construir en el interior de las estructuras económicas, políticas y teóricas de la sociedad actual, aunque uno se oponga radicalmente a ella. Por otra parte, la crítica al revisionismo y el ejemplo chino demostraron que es ilusoria toda revolución que pretenda heredar y conservar la organización del trabajo y las formas de conocimiento de la vieja sociedad, en cualquier sector y a cualquier nivel. La contradicción se presenta bajo la forma de una opción dramática: o rechazo integral y nihilista del papel que les asigna esta sociedad[4], o convicción de que es imposible e ilusorio oponerse, de que en cualquier caso se termina "integrado". El que escoge la primera alternativa tiende a transformarse en opositor institucional, en activista desesperado o revolucionario profesional. El que escoge la segunda, dadas sus premisas, tiende a considerar mítica o ilusoria la perspectiva revolucionaria[5], a aceptar de hecho una solución reformista y a buscarse una condición de mandarín.

Las dos opciones tienen una misma raíz y son las caras de una misma moneda. Constituyen dos aspectos complementarios de la fuga frente a la contradicción. Se pretende, con un salto idealista, colocarse fuera de la situación contradictoria en que se encuentra necesariamente todo trabajador en el sistema capitalista (y no sólo quien ejerce una actividad intelectual). Unicamente si se reconoce esta contradicción, mirándola de frente, viviéndola en primera persona y en toda su extensión —en la práctica y en la reflexión teórica— se puede contribuir a agudizarla, a hacerla madurar hasta que estalle y se resuelva.

El trabajador puede transformarse en el protagonista, en el sujeto de la revolución, porque la contradicción del sistema capitalista está presente en él, *en su pròpia condición* y constituye al mismo tiempo la base de la existencia y de la reproducción del sistema, pero también de su derrocamiento. Constituye un gravísimo error teórico y

práctico el pretender desplazar la contradicción del interior de los hombres y de las cosas al exterior[6].

El error del que elige la condición de mandarín es *aparentemente* bien conocido: sin embargo, suele confundirse la opción por el mandarinato con el ejercicio de la actividad intelectual o de un trabajo no manual, que son (deberían ser) cosas muy diferentes. Aquel que desarrolla profesionalmente un trabajo especializado no manual, se siente en el deber de abandonarlo una vez que ha optado por la revolución (para realizar de este modo el suicidio del intelectual); y si no tiene la fuerza de suicidarse, se siente un vencido. En realidad, estas personas no logran salir de la visión mandarinal de la actividad intelectual, de la idea de que tal actividad proporciona *únicamente* la medición ideológica al poder político, *a nivel de la cúspide*. La consecuencia es que, si no eligen el profesionalismo político revolucionario, su sentimiento de culpa los lleva a la ilusión de que podrán salvarse si se colocan al servicio de los revolucionarios profesionales. Reproducen así las relaciones políticas-intelectuales que caracterizan el vértice de los aparatos estalinianos. A pesar de la buena fe con que eventualmente se sostenga esta actitud, ella sirve objetivamente para perpetuar la situación de privilegio y aleja esa destrucción del intelectual a que parecía apuntar.

Es necesario distinguir entre las diferentes actividades y los diferentes aspectos de una misma actividad, que se clasifican confusamente bajo la etiqueta de "trabajo intelectual".

Esta etiqueta recubre a primera vista todos los trabajos no manuales. Pero una definición tan amplia no permite captar las características fundamentales de la división del trabajo tal como la conocemos. Tomemos, por ejemplo, el trabajo de los dactilógrafos, de los correctores de prueba y el de los tipógrafos en una gran empresa editorial. Sería ridículo rotular a los dos primeros como trabajo "intelectual", frente al trabajo "manual" de los últimos. (Y elegimos ex profeso un ejemplo muy "atrasado", sin considerar las industrias más modernas donde, a veces, es casi imposible distinguir entre obrero y técnico-empleado.) Sin embargo, podemos recuperar el *significado* de la vieja distinción entre trabajos manuales y no manuales, remplazándola por la distinción entre trabajos creadores y trabajos de ejecución[7]. Cuando se habla de eliminar la división del trabajo se entiende precisamente eso: suprimir la distinción entre los que "piensan" y los que "ejecutan". Esta es una de las metas principales *del comunismo*. Subrayo *del comunismo*. En efecto, dentro del sistema capitalista no se puede arribar a esta meta. Antes de que la propiedad y la gestión de las materias primas, las máquinas y las fábricas estén en manos de los trabajadores, *no existen los medios* para socializar sus conocimientos y sus competencias técnico-científicas; es decir, no están en condiciones de remplazar el sistema jerárquico y piramidal del capitalismo por un sistema de colaboración colectiva en las de-

cisiones que se refieren al trabajo, en todos sus aspectos[8]. Es evidente, por lo tanto, que en el marco del sistema no se contribuye en nada a la lucha anticapitalista o a la supresión de la división del trabajo cuando se renuncia a hacer un trabajo con un elevado grado de creatividad, o cuando se buscan compromisos absurdos entre su condición real y su condición hipotética en la deseada sociedad socialista. Como tampoco contribuiría a la lucha anticapitalista el obrero que "por rechazo del sistema" se alejase de la fábrica, o el trabajador, de cualquier categoría, que limitase las reivindicaciones salariales en nombre del "interés público"[9]. (Y tampoco el rico que distribuyese su dinero entre los pobres, no para liberar su alma, sino con fines políticos: favorecería, cuanto más, la movilidad social.)

Por trabajo intelectual, sin embargo, no se entiende sólo todo el trabajo no manual o, en términos modernos, no ejecutivo. El trabajo intelectual es también la actividad intelectual *desempeñada como profesión*: la actividad teórica, la reflexión sobre la práctica y el conocimiento, que todo hombre debe reivindicar.

La sociedad burguesa hizo de esta actividad una profesión, más aún, muchas profesiones: el filósofo, el cura, el sociólogo, el maestro, etc. En el interior de la organización clasista de la producción, ha logrado fundir el trabajo "no manual" y "no ejecutivo" con la actividad intelectual necesaria para asegurar su producción ideológica[10]. Esta fusión no fue sólo formal y aparente, sino real. Por ejemplo: el trabajo del físico teórico, necesario para la producción y, al mismo tiempo, expresión más elevada del conocimiento teórico y por lo tanto también de elaboración ideológica. En mayor o menor medida estos dos aspectos están presentes en todo trabajo intelectual en la sociedad burguesa. Podríamos decir que la fusión entre conocimiento teórico, ideología y trabajo creativo es la forma en que la burguesía resolvió para sí la contradicción teoría-práctica, unificándola *en el interior de la clase dirigente*.

El capitalismo avanzado exaspera esta fusión: toda actividad está cada vez más al servicio de la producción. La misma producción de ideología tiende a convertirse en una industria y los productos del trabajo intelectual en mercancías para el consumo de masa. El resultado es doble: por un lado, los intelectuales, que antes aparecían como creadores semilibres y dispensadores de teoría, se vinculan cada vez más a los que desarrollan trabajo no manual y no ejecutivo; aparecen de más en más claramente como esclavos asalariados, sometidos directamente a las leyes de la producción. Por otro lado, las mercancías para el consumo de masa producidas por la industria cultural, tales como diarios, libros, discos, filmes, televisión, etc., aceleran el nivelamiento social y cultural del pueblo más que cualquier otro bien de consumo ampliamente difundido. El hermoso equilibrio burgués que permitía a la clase dirigente utilizar a las clases subalternas como

simples instrumentos extraños a la sociedad civil, se rompió por el mismo desarrollo del sistema. El propio sistema puso al desnudo sus contradicciones: reduce a la condición de asalariados a aquellos que antes formaban parte de la élite privilegiada acoplada a la clase dirigente; está obligado a proporcionar, en forma de mercancía, sus productos culturales a los asalariados que estaban excluidos de la sociedad civil.

Si queremos que nuestra acción se inscriba en la perspectiva comunista de la abolición de la división del trabajo, debemos partir del excelente punto de partida que nos ofrecen las contradicciones del sistema. Sin anticipaciones y sin saltos: simplemente actuando para que esas contradicciones se agudicen cada vez más.

1) Debemos reconocer como superada la concepción del intelectual semilibre al servicio de la burguesía que, por una elección subjetiva, "cambia de clase" y se pone al servicio del partido del proletariado, es decir de los dirigentes revolucionarios, para actuar como "ingeniero de almas". Tal concepción corresponde al rechazo del status de intelectual burgués propia del siglo pasado, con sus aspectos positivos y sus límites que podrán examinarse en otro sitio. Lo real es que, como ya no existe ese tipo de intelectual burgués, su transformación también es un anacronismo. Igualmente inaceptables son las soluciones mandarinescas (togliattiano-estalinistas) y sus derivados, que sólo representan una degeneración del intelectual burgués tránsfuga.

2) Aquellos de entre nosotros que poseen conocimientos especializados, no deben repudiar su oficio, sino ejercerlo sin complejos: su propio trabajo es también la sede de la práctica social, único modo en que se vivan y se paguen en primera persona las contradicciones de la sociedad.

3) Aquellos que se encuentran en las condiciones mencionadas, deben empeñarse a toda costa en destruir la fusión realizada por la burguesía entre las dos formas y los dos aspectos de la actividad intelectual. No es una tarea fácil: a primera vista, ni siquiera es fácil determinar cómo hay que comportarse.

En términos generales, es necesario distinguir los aspectos técnico-científicos del propio trabajo tanto de las posiciones de poder que le son anexas, como de la actividad intelectual en tanto conocimiento teórico y elaboración de ideología. Es necesario aceptar el ejercicio de la actividad profesional en lo que se refiere a sus aspectos técnico-científicos; rechazar las posiciones de poder que le son anexas; rechazar el ejercicio profesional y *reivindicar para sí y para todos los otros* el ejercicio no profesional de la actividad intelectual en tanto conocimiento y elaboración teórica. Comenzando por la teoría política y social[11].

A primera vista, estas propuestas parecen impracticables. Basta pensar, por ejemplo, en el gran número de ingenieros utilizados como

dirigentes en la industria: ¿cómo pueden cuestionar el ejercicio profesional de la actividad intelectual? Obviamente, el sistema no tolera la impugnación de unos ni otros. Pero, en primer lugar, la búsqueda misma de la distinción entre estos aspectos, aún allí donde parecen inseparables, es la forma más válida para criticar el sistema actual, para destruir sus fundamentos ideológicos y estructurales. En efecto, lo que se debe romper no es su unión en sentido abstracto y genérico, sino la forma específica en que los ha unido la sociedad burguesa. En segundo lugar, si esta búsqueda no se realiza aisladamente, sino en colaboración con aquellos que se encuentran en condición subalterna —dedicados a trabajos no intelectuales— constituye ya una propuesta concreta de ejercicio no profesional de la actividad intelectual; en tercer lugar, lo que es imposible en el interior del sistema puede constituir una forma válida y actual de la lucha radical contra el sistema: apoyándose sobre sus mismas contradicciones, obligándolo a explicitar su despotismo oculto.

Sabemos bien que no existen una ciencia y una técnica neutras, depuradas o depurables de ideología y que no estén al servicio de una clase y de un sistema social determinado. Por lo tanto, no existe una actividad técnico-científica y cognoscitiva que se pueda separar de la actividad intelectual entendida como elaboración teórica de la práctica, como filosofía y como ideología. La separación a que apuntamos es provocativa, se propone romper la unidad que la sociedad de clase ha realizado en estos dos aspectos excluyendo a los subalternos. La premisa para la abolición de la división social del trabajo es acentuar esta separación, cortando algo que parece inseparable en nosotros mismos. En la fase del comunismo, la abolición de la división del trabajo significará también la reunificación —pero para todos los hombres— de los diferentes momentos de la práctica y del conocimiento. Entonces la reunificación será completa y se extenderá a toda la gama de las actividades prácticas e intelectuales. Hoy, la única manera de proponerse esa unidad es dividir y romper, renunciar al equilibrio, y buscar otro principio de unidad cuyas premisas nos proporciona, contradictoriamente, el mismo sistema: la elaboración en común de la teoría política.

LOS REVOLUCIONARIOS PROFESIONALES

A la cuestión planteada se vincula otro problema: la necesidad o no de los revolucionarios profesionales.

Los revoluciones profesionales, como intelectuales —no importa si son de origen obrero—[12] encargados de elaborar la teoría y dirigir la praxis política, ya no son necesarios. Más aún, son perjudiciales: constituyen el peor ejemplo de profesionalismo intelectual en el sector

donde primeramente debe abolirse la profesión intelectual. En el sistema burgués, la elaboración de la teoría política y aun la función representativa (por ejemplo parlamentaria) se han convertido en profesiones. Debemos reivindicar para todo el pueblo las actividades desarrolladas por estos profesionales en la sociedad burguesa.

Los dirigentes revolucionarios, por el contrario, son indispensables. Para ser verdaderos dirigentes, deben estar sometidos al control de las masas y ser revocables. No deben transformarse en profesionales: el profesionalismo implica una competencia específica, es decir, conocer como especialistas ciertas cosas que otros no conocen y, en consecuencia, no pueden controlarse[13]. La teoría y la práctica política deben ser, en todo momento, comprensibles para todos, de modo que cada uno esté en condiciones de escoger en forma libre y responsable[14]. La actividad política no se apoya sólo en una estrategia sino también en decisiones tácticas: la táctica se debe usar siempre contra el enemigo, nunca contra el pueblo; las masas deben estar al corriente de los límites y de los objetivos tácticos de la acción que deban emprender. De otro modo se termina inevitablemente por engañar al pueblo; en el mejor de los casos, habría una teoría y una práctica políticas de élite, destinadas necesariamente a adquirir un carácter de clase reaccionario.

También son necesarios revolucionarios que dediquen su tiempo completo a la organización: pero hay que recurrir a ellos lo menos posible, según la importancia de la organización y la pereza inicial de sus miembros a contribuir con su propia actividad. No se los debe confundir sin embargo ni con los dirigentes ni con las llamadas vanguardias. En cuanto a los revolucionarios con "dedicación completa", se los debe considerar como empleados *—aun cuando desempeñen un trabajo creativo.* Puede suceder que, en la práctica, lleguen a tener en sus manos la organización y se conviertan en los dirigentes de derecho o de hecho. Este es un peligro frente al cual hay que mantener el máximo de vigilancia. (Dentro de los límites posibles, es aconsejable una rotación.) A medida que se eleva el nivel político de las masas, debería crecer también la decisión de cada uno en participar de modo activo en el trabajo de la organización: es importantísimo estimular esta participación y buscar las formas organizativas más adecuadas para ello ya durante el régimen capitalista. Es necesario evitar, por ejemplo, que se retire de la fábrica a los obreros políticamente más conscientes y activos, que ya son o están en vías de convertirse en dirigentes revolucionarios, para transformarlos en revolucionarios profesionales (para transformarlos en cuadros, como se decía antes y se dice todavía). Un trabajador separado de los otros trabajadores puede enriquecerse intelectualmente como individuo, pero como individuo burgués —aunque tenga la cabeza llena de ideas y propósitos revolucionarios. Más aún, si con otros aislados

como él logra afirmar un cierto poder frente al patrón, se transformará inevitablemente en un nuevo patrón[15].

(Las alusiones hechas hasta ahora sobre la organización revolucionaria son genéricas y se refieren a todos los grupos que hoy intentan construirla y no a ninguno en particular. Es muy probable que la organización adecuada a las exigencias actuales sea descentralizada, con gran autonomía de los distintos grupos y comunidades. La unidad estará dada por la orientación ideológica y la estrategia política, cuya cristalización se evitará mediante un intercambio intenso y constante de comunicaciones y de experiencias.)

EL DINERO DE LOS PATRONES

¿Es correcto explotar a los trabajadores o realizar tareas de mandarín al servicio del enemigo si el dinero obtenido se invierte en las cajas de la organización revolucionaria?

Esta práctica era considerada correcta cuando el núcleo del partido estaba constituido por un grupo de dirigentes-intelectuales revolucionarios profesionales.

El partido era una forma perfeccionada de las organizaciones minoritarias de populistas-terroristas, que operaban en Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de grupos de desesperados, jugados al todo por el todo y unidos por una disciplina férrea, que actuaban en condiciones de absoluta clandestinidad. Eran individuos que se sacrificaban por la liberación del pueblo, colocándose, como individuos, fuera y contra la sociedad. Esto implicaba una doble vida: una, aparente y pública, otra, verdadera y clandestina. La vida clandestina se desenvolvía según leyes particulares, las leyes del grupo revolucionario al que sólo se debía una obediencia incondicional. Como era lícito lo que según las leyes de la sociedad enemiga era delito, también era lícita una conducta que, a nivel público, en la sociedad oficial, afectase los intereses de los trabajadores siempre que se realizara con el objetivo de su liberación definitiva, mediante la destrucción de la sociedad hostil. La lucha de los populistas-terroristas tenía como fin liberar a las masas, pero éstas ignoraban sus intenciones en la medida en que no podía participar en la vida clandestina y sus leyes. En parte, este tipo de conducta fue adoptado también por las organizaciones socialistas de Europa Occidental y se correspondía con el carácter minoritario de la organización.

Lenin criticó y demolió este tipo de revolucionarios y construyó un partido de organizadores del proletariado y ya no de "pequeños burgueses" radicalizados. Sin embargo, el partido de Lenin con su núcleo dirigente de intelectuales-profesionales revolucionarios era, a la vez, el reverso y el heredero de la organización populista-terrorista.

Seguía actuando al servicio de las masas pero como una minoría (vanguardia) dentro de otra minoría (el proletariado industrial en Rusia). La doble vida y la doble verdad, *inevitables para todo revolucionario* en razón misma de su carácter minoritario, no podían revelarse públicamente, en un lugar donde la comunicación fuera posible: se seguían desarrollando en dos sociedades, diferentes y opuestas. En gran medida se seguía ignorando a las masas *—salvo en los momentos de tensión revolucionaria y de rebelión abierta.* Y aún entonces, se trataba más de una coincidencia que de una relación auténtica, de una verdadera integración entre partido y masas.

El partido seguía siendo una organización regulada por las leyes de la clandestinidad aun cuando no fuera ya clandestino. Por eso la relación entre los fines perseguidos y los medios empleados era muy semejante a la del período anterior. La disciplina, la obediencia, la fidelidad al *partido* eran prioritarias respecto del servicio *para el pueblo.*

En nuestra sociedad las condiciones son radicalmente diferentes. Todavía pueden producirse y se producen, es cierto, situaciones de represión abierta (Grecia), con la consiguiente necesidad de la lucha clandestina. Pero no se concibe, ni siquiera en las condiciones más duras, una lucha por la liberación del pueblo que no esté conducido por el pueblo mismo, guiado pero no remplazado por sus dirigentes, en cada fase y en cada momento —no sólo en la fase insurreccional y preinsurreccional. *La doble vida*, es decir, la condición contradictoria de todo asalariado y de todo revolucionario debe revelarse públicamente: su conocimiento es esencial para la educación y la autoeducación política de las masas.

En consecuencia, si hoy no merece demasiada aprobación invertir las ganancias obtenidas en la organización, mucho más grave es explotar a los trabajadores con esa finalidad. La organización no se privilegia: tiene derecho a vivir sólo de la contribución voluntaria y espontánea de los trabajadores. Bastaría el solo hecho de que percibiese una renta de la tierra para calificar como organización inscripta en el sistema de explotación a un partido que, por su actividad política, se autodefiniese revolucionario y comunista*.

El problema del trabajo de mandarín es análogo aunque aparentemente más matizado. Hacer de mandarín al servicio del patrón significa traicionar su función de intelectual revolucionario al servicio del pueblo y, por el contrario, contribuir a engañarlo y a mantenerlo sometido. Esta traición, que implica la renuncia a los fines mismos de la revolución, es mucho más grave que el acto condenable de traspasar las ganancias a la organización.

El dinero de los patrones se puede aceptar sólo cuando los recibe

* Referencia al PCI que, al igual que el PCA, posee propiedades e inmuebles comerciales. (*N. del T.*)

directa y públicamente, sin contrapartidas, la comunidad organizada. Así será claro que ésta no fue comprada sino que, por el contrario, consiguió dar un leve castigo a los patrones[16]. Sin embargo es necesario hacer un uso muy prudente de esta práctica ya que sabemos con cuánta facilidad un grupo puede transformarse en una banda (sobre todo si es pequeño). Sabemos también que el capitalismo avanzado se sirve de estos medios para neutralizar e "integrar" a la oposición.

Es obvio que el dinero de los patrones debe aceptarse cuando se trata del salario correspondiente a un trabajo, aunque se trate de un trabajo intelectual especializado. Es inevitable, en cierta medida, que el patrón nos compre; al menos lo es para todo asalariado. Por cierto, cuanto más alto es el precio, mayor es el peligro de que compre no sólo nuestra fuerza de trabajo sino también nuestra inteligencia creativa. En general, es más higiénico ganar poco y dar una contribución modesta a la organización que ganar mucho y entregar mucho.

SOBRE EL ANTIAUTORITARISMO

La reanudación desde hace aproximadamente tres años, de las luchas anticapitalistas comenzó, como se sabe, por la explosión de las contradicciones de esta sociedad entre los jóvenes, especialmente entre los estudiantes. Estamos en presencia de un proceso lento y complejo de integración de la protesta obrera (en sus comienzos económico-sindical) y la protesta estudiantil (en sus comienzos político-ideológica). Los estudiantes, y los intelectuales capaces de superar la visión mandarinesca de sí mismos, tienen una función precisa e irremplazable en la maduración de la conciencia política de los obreros. Por eso es de mucha importancia que asuman posiciones políticas e ideológicamente correctas, que sean capaces de reflejar y no sólo de expresar un malestar. Un aspecto esencial de la revuelta estudiantil ha sido el rechazo del autoritarismo. Y esto era natural, dado que toda categoría se rebela en primer lugar contra la opresión que la afecta directa e inmediatamente. La estructura y la práctica autoritaria de la escuela (reforzada por la de la familia) oprime a los estudiantes. Estos reaccionaron contra ella, asestando golpes eficaces a los exponentes del poder con los que están en relación inmediata: por ejemplo, ciertos barones académicos (a veces miembros del PCI), o ciertos padres reaccionarios (a veces convencidos de ser "progresistas"). Los más maduros y comprometidos comprendieron enseguida que la estructura opresiva de la escuela se vincula con su función de instrumento del poder de clase y que era imposible que una escuela clasista impartiera una enseñanza útil al pueblo. Cuando la clase dirigente entra en crisis la autoridad de la escuela clasista se transforma en ejercicio permanente de una violencia moral: el autoritarismo. Reconocer y

combatir el autoritarismo es el primer paso para reconocer y combatir sus causas. La lucha antiautoritaria es plenamente legítima si consigue transformarse en adhesión a la lucha de clases dentro y fuera de la escuela (y de la familia), y si se sabe proponer a los trabajadores —en primer lugar a los obreros— una perspectiva política de auténtica liberación y no sólo de mejoramiento de las condiciones económicas o de una ilusoria participación en el poder.

Estas cosas sólo fueron comprendidas por una minoría que terminó por encontrarse aislada entre la masa estudiantil, con el peligro de recaer en las viejas posiciones de "vanguardia" y mandarinato intelectual de que hablamos antes. La masa estudiantil —y, lamentablemente, muchos intelectuales de izquierda ya no jóvenes que tienen la ilusión de haber dado un viraje— se detuvo en la fase de la revuelta antiautoritoria y no se movió más. Esta situación provoca serios inconvenientes.

1) La posibilidad, que se había abierto, de una nueva función de los estudiantes y de los adultos instruidos respecto de los otros trabajadores, permanece neutralizada.

2) Los estudiantes, al no comprender que la lucha antiautoritaria es sólo un aspecto parcial e inicial de la lucha de clases, se aferran a posiciones de privilegio y abren un abismo entre ellos y los trabajdores. La reivindicación del goce pleno e inmediato, la liberación de la represión [17] *mientras perduran las relaciones capitalistas de producción* (y más en una situación económica de necesidad y, por lo tanto, de trabajo penoso y desagradable, como existe en nuestro país), no es absurda o imposible, pero sólo puede ser obtenida por minorías privilegiadas y sólo puede dar lugar a una conquista individual, aun cuando los individuos se reúnan en grupo: una comunidad dada no es una colectividad.

3) Muchos encuentran un compromiso aparente entre su antiautoritarismo de privilegiados, su conciencia intranquila frente a los trabajadores y la inconfesada necesidad de una autoridad que los guíe, refugiándose en la autoridad del PCI —tan tolerante y, al mismo tiempo, tan paternalmente autoritario: el baluarte de "izquierda" de la conservación del sistema.

4) En lugar de llevar a cabo la lucha contra el autoritarismo burgués, es decir contra la violencia moral ejercida por la clase dominante en remplazo de la autoridad perdida, se emprende una polémica ideológica contra el concepto de autoridad en sí. Se confunde una crisis de autoridad históricamente determinada con una presunta crisis del concepto de autoridad. No se comprende que, cuanto más radical es una revolución y cuanto más eficaz es la negación del estado de cosas existentes con mayor fuerza y seguridad se expresa, en la negación misma, una nueva autoridad. (Para los que tengan en mente la revolución cultural china: la referencia al pensamiento de Mao ha

constituido la elección de una autoridad; sin ella no hubiéramos tenido revolución cultural sino solamente una afirmación caótica de rebeliones individuales y grupales que, finalmente, se hubieran vuelto antisociales y anticolectivistas[18].) La negación genérica es precisamente lo que el sistema dominante quiere: sabe que una polémica contra abstracciones sirve al mantenimiento de su propia tutela. Por eso ha convertido la destrucción de las ideologías y de los valores (en cuanto tales) en su último y más poderoso instrumento de dominación[19].

5) Los enemigos de la autoridad —entendida en términos generales— no advierten que a menudo se convierten en malos roussonianos o en anacrónicos pragmatistas. Parecen ignorar que los principios que difunden (por ejemplo, para la educación de los niños y de los jóvenes) ya los aprendieron en su sustancia —mezcla, precisamente, de mal roussonianismo y de pragmatismo— sus abuelos en cualquier buena escuela burguesa prefascista. Olvidan que la descomposición de la escuela norteamericana es el resultado de la aplicación de estos principios: no ya porque estuviesen en contradicción con el autoritarismo burgués sino porque eran la expresión de la ideología más avanzada del capitalismo.

En el período de su declinación —que podrá durar mucho tiempo— el capitalismo no está en condiciones de llevar a cabo los grandes principios kantianos y schillerianos de la educación ética y estética: debe pensar su autodefensa, su necesidad primaria consiste en *que el individuo se adapte a la sociedad.* Este objetivo común y fundamental nos permite reconocer como sustancialmente similares muchas teorías pedagógicas y psicológicas que parecen diversas y hasta opuestas. Se puede tratar de lograrlo a través de la dominación o de la violencia, como también a través del sistema educativo más abierto, más liberal y hasta libertario. Se lo persigue con la imposición y la represión y también con la convicción y con la satisfacción anestesiante de exigencias y deseos. Se lo persigue profundizando la infelicidad de ciertas capas de la población o de pueblos enteros y proporcionando a otros la ilusión de la felicidad aquí y ahora o de una vida asocial en el interior de la sociedad, o de una libertad individual o de grupo conquistada, por ejemplo, mediante la utilización de la droga o el rechazo del trabajo. Se lo persigue con la escuela "democrática", que ya no se preocupa por imponer ninguna disciplina a sus alumnos (de todos modos no es sino un sistema para aislar en compartimientos estancos a los "desadaptados") ni de acrecentar los conocimientos de los hijos del pueblo: porque su verdadero fin es engañarlos, satisfaciendo su exigencia de cultura con títulos de estudio que los deja en estado de semianalfabetismo. De todos modos, los títulos no sirven para nada, las clases dirigentes y las élites se forman en otro lado, la selección se hace sin publicidad y los semianalfabetos recibirán en las fábricas la instrucción técnica estrictamente necesaria para

el trabajo particular al cual están destinados. Es necesario luchar contra este autoritarismo tanto en sus formas de represión como de "tolerancia represiva". No se trata de reivindicar una indiscriminada "libertad" para los individuos sino una educación que los prepare para afrontar las contradicciones de la sociedad sin adaptarse a ellas (ni siquiera en la vida privada), que prepare combatientes y no individuos contentos y engatusados, como dicen en Roma (y ni siquiera existencialmente infelices e igualmente engatusados). Debemos oponernos a la operación de "modernización"[20] en una Italia semi-avanzada y semi-atrasada, oponemos a ese proceso de desarrollo cultural capitalista que es el único blanco posible de nuestra revolución cultural.

P.S. Yo invito a todos aquellos que tienen la mala costumbre de pensar y juzgar por medio de fórmulas que entiendan este escrito como un discurso razonado y, por tanto, que no aíslen –distorsionando o invirtiendo así su sentido– las afirmaciones particulares. Por ejemplo, la frase: "Los revolucionarios profesionales... no son necesarios" debe integrarse con la especificación: "como intelectuales encargados de elaborar la teoría y dirigir la práctica política"; y con las sucesivas afirmaciones: "Los dirigentes revolucionarios son indispensables" y "También son necesarios... revolucionarios que se dediquen plenamente a la organización". Y así sucesivamente.

André Gorz

NI TRADEUNIONISTAS NI BOLCHEVIQUES

El éxito de una huelga no se mide por las ventajas inmediatas que obtiene. Se mide, sobre todo, por el poder que la acción común confiere a los obreros en lucha: poder sobre la organización del trabajo, sobre la evaluación cualitativa y cuantitativa de las tareas, sobre las condiciones de trabajo, poder de restringir la lógica de la gestión capitalista y llevarla a la crisis. Pero este sólo es un primer aspecto.

Todo poder obrero (de control, de cuestionamiento, de negociación) es ambiguo mientras subsista el poder del capital. Si el poder obrero excede los límites más allá de los cuales la gestión capitalista estima no poder ya desenvolverse normalmente, provoca una prueba de fuerza *au finish*. Y este tipo de prueba de fuerza no puede ser ganada a escala local. Si, en cambio, no desborda los límites que el capitalismo juzga tolerables, el ejercicio de un poder obrero es acechado por las trampas de la institucionalización: el poder capitalista lo acepta restringiendo, por contrato, su amplitud; se instaura un equilibrio contractual de los poderes que contribuye a la consolidación del sistema capitalista en la medida en que el carácter institucional de la organización obrera es más marcado.

Por eso el éxito de una huelga no puede ser medido por la amplitud de los poderes obreros (de control, de cuestionamiento, de negociación) que obtiene sino que depende también de la naturaleza de esos poderes (institucionales o no, contractuales o no) y de las acciones en las que están basados. Si, por ejemplo, una huelga está dirigida desde el comienzo al fin por los representantes institucionales de la clase obrera, si el mismo tipo de organización que existía al comienzo (una organización externa, jerárquica, basada en una delegación permanente de poder) subsiste al final, esta huelga, cualesquiera sean sus resultados, habrá sido un episodio menor: la relación entre explotadores y explotados seguirá siendo una relación contractual "legal", la lucha habrá quedado en los límites institucionales trazados por el sistema.

Si, en cambio, una lucha desborda el aparato institucional del sindicado, barre su organización o la cuestiona, la sustituye por la inicia-

tiva y la capacidad de auto-organización de las asambleas y comités obreros, entonces esta huelga, cualesquiera sean los objetivos y el resultado declarados, posee un *tonus* y una forma revolucionarias: es la experiencia de una soberanía colectiva, conquistada en la acción común sobre los poderes represivos y complementarios de la patronal y del sindicato.

La multiplicación, a partir de 1967, de las luchas espontáneas, desencadenadas al margen y algunas veces contra los aparatos sindicales burocratizados, incitó a los dirigentes del sindicalismo italiano a reconstruir sus organizaciones totalmente. Para ellos se trata (al menos es lo que dicen en sus declaraciones) de favorecer la autodeterminación y la auto-organización de los trabajadores en la base, a fin de que estos elijan por sí mismos las formas y los objetivos de su lucha y que, en el fuego de la acción, puedan liquidar y remplazar por una "revolución cultural" el marco burocrático, formado en períodos de reflujo y convertido en un freno para el ascenso de las luchas.

El objetivo de esta democratización sindical es lo suficientemente ambiguo como para lograr la coincidencia de los dirigentes reformistas (ampliamente mayoritarios) y una minoría de sindicalistas revolucionarios, partidarios desde hace tiempo de una "revolución cultural".

1. Este objetivo consiste en construir un sindicalismo de nuevo tipo basado ya no en grandes batallas nacionales, interrumpidas por largas treguas, en pro de objetivos económicos generales, sino en el control directo y *permanente* de los trabajadores sobre la realidad del proceso de producción y de la condición obrera, en cada fábrica y en cada taller. De tal modo, el sindicato debe descender del nivel de la lucha de clases "en general" —discretamente abstracta, poco eficaz, discontinua— al nivel de la realidad cotidiana, enriquecerse con las iniciativas multiformes de la base, canalizarlas y convertirse en acción permanente de los propios trabajadores para someter las condiciones, la organización y la división del trabajo a su control colectivo y a sus necesidades. Tanto por su forma como por sus contenidos, la acción sindical debe plantear las posibilidades de la autogestión obrera y destruir el mito según el cual la realidad tecnológica es un dato "objetivo", intangible, inmutable, política e ideológicamente "neutro": no son las máquinas y las técnicas los que destruyen a los trabajadores sino su disposición y su uso capitalistas. De acuerdo con este esquema general (ilustrado en el artículo de Luciana Castellina), reformistas y revolucionarios del sindicato podían llegar a un acuerdo.

2. Sin embargo, para los reformistas, esta reconstrucción "desde abajo" del sindicato debe también permitirle recuperar una base obrera cuya combatividad escapa al control del sindicato, deteriora su representatividad y se convierte en una fuente de debilidad organizativa y política. La "revolución cultural", al cambiar el tipo de organización

y la relación organización-masas, debe permitir al sindicato entrar con fuerza en las empresas a la vez que fortalecerse con la combatividad e iniciativa de la base y recuperar su control. Este fortalecimiento es juzgado indispensable para hacer frente a las eventualidades de un gobierno de centro-izquierda ampliado (con participación comunista) o de un gobierno de frente popular:

a) La autonomía en la base de la organización sindical debe ser suficiente como para que la oleada obrera pueda desarrollarse bajo un gobierno de centro izquierdo amplio y fortalecer allí el peso de los comunistas (su capacidad de "condicionar la política desde adentro"), sin que nadie pueda acusar razonablemente ni al PCI ni al aparato central del sindicato de haber teledirigido esta acción de las masas.

b) Inversamente, el poder del sindicato reconstruido debe permitir controlar y canalizar la acción de la base: sólo un sindicalismo poderosamente implantando en las empresas, en contacto directo con las motivaciones de una clase obrera muy diferenciada, está en condiciones de frenar o de delimitar sus iniciativas.

3. La minoría revolucionaria se ubica en una perspectiva muy diferente: la "revolución cultural" debe barrer con la organización burocratizada no para reconstruir el sindicato sino para colocar otra cosa en su lugar: una vanguardia revolucionaria de masas, capaz de tomar el control de las fábricas y de erigir en ellas centros de poder obrero, bases tanto de un sistema de "doble poder" durante el período de transición al socialismo, como de un sistema de democracia socialista basado en el poder de los consejos (o soviets). En esta perspectiva, la frontera entre lucha sindicalista y lucha política evidentemente debe desaparecer. Al dar la iniciativa a las asambleas obreras y a los comités de taller, la "revolución cultural" del sindicalismo debe demostrar la fragilidad de esa frontera.

Y eso es lo que ella ha demostrado. Ya fuesen desencadenadas con, sin o contra el sindicato, las luchas "autodirigidas" (o "luchas articuladas", en el vocabulario sindical italiano) han hecho surgir varios tipos de dificultades:

a) Las formas y los objetivos de lucha adoptados por la base generalmente son muy radicales, pero también muy heterogéneos; en las grandes empresas, son siempre los mismos talleres o departamentos los que inician la lucha planteando reivindicaciones difícilmente extensibles a los demás departamentos. Para evitar que esas vanguardias de masas se aíslen o se estanquen en el particularismo de taller, de categoría o de empresa, se hace indispensable una generalización de la lucha. Pero esta generalización no puede ser obtenida mediante un catálogo de reivindicaciones tradeunionistas heterogéneas sino que supone, en efecto, un "salto cualitativo del movimiento, es decir el pasaje del plano particular y local al plano de la lucha de clases. Este pasaje sólo es posible por la mediación de una perspectiva unificadora,

de orden estratégico y político. Si se carece de tal perspectiva, el movimiento se encamina hacia su división.

b) Al desbordar y hacer saltar el antiguo aparato sindical, con frecuencia esquelético y esclerosado, las asambleas y comités obreros tienden a rechazar los procedimientos legales del tradeunionismo y a proponer exigencias inaceptables para el patrón, aun como base de negociación. Ahora bien, toda huelga que no es ni general ni insurreccional necesariamente debe terminar con un compromiso negociado. Las intervenciones de los responsables locales o regionales del sindicato tienden pues (como lo ilustra bien el artículo de Luciana Castellina) a traducir las exigencias de la base en reivindicaciones negociables y en acuerdos de empresa. Pero al hacerlo, el sindicato, lejos de fortalecerse y de recuperar a los militantes más activos de los comités de base, se aparta de ellos y se hace denunciar como "sindicato de la patronal".

c) Más allá del despotismo patronal en una determinada fábrica, los movimientos locales llegan a rechazar el despotismo del capital, la división social del trabajo, toda forma de jerarquía y de delegación del poder. Esos movimientos adoptan, en resumen, un contenido revolucionario que no puede encontrar su expresión al nivel de una lucha local ni, *a fortiori*, de una negociación separada, sino solamente en el marco de un movimiento generalizado que supere por su alcance político los límites del tradeunionismo y los de la "lucha articulada".

La "revolución cultural" agrava de este modo el conflicto entre la organización sindical y la base obrera, pero también entre dirigentes reformistas y dirigentes revolucionarios del sindicato. Iniciada, al comienzo, para desburocratizar a los sindicatos y para facilitar –gracias a la democracia directa y a la fusión en la base– su unificación, no solamente llevó a la crisis (como podría creerse a partir del artículo de Luciana Castellina) a *esta* organización sindical burocrática y esclerosada, sino a la *concepción misma* del sindicato como instrumento no político de defensa de los trabajadores y de mediación entre sus intereses y los del capital.

Finalmente, el tipo de militante que produce la "lucha articulada" no es recuperable para el sindicato.

La "revolución cultural", en resumen, supera los límites que le eran asignados al comienzo: el problema que plantea ya no es el de un sindicato de nuevo tipo sino el de una organización no institucional, no centralizada (aunque el problema de la centralización comienza a plantearse), surgida de la base, forjada por las necesidades de la lucha, perpetuada mediante la acción permanente, alimentada de la capacidad de iniciativa y de auto-organización de las masas, no dependiente ni del sindicato ni del partido de masas, cuyo objetivo no es ni la negociación ni la conquista y el ejercicio de un poder parlamentario, enemiga de toda forma de delegación del poder. En resumen, de

una organización que coincide con el propio movimiento de lucha, agota sus exigencias prácticas, lo prolonga al nivel político y constituye o prefigura el poder directo, no institucionalizado ("doble poder") de una vanguardia revolucionaria de masas.

A la construcción de semejante organización tiende, en su conjunto, la acción de los grupos estudiantiles-obreros. Si la acción de esos "grupúsculos" con frecuencia fue decisiva (en Venecia, en Toscana, en Nápoles, en la Venecia Juliana, en la región de Trento, etc.), es porque la necesidad de democracia directa, de auto-organización, de superación del tradeunionismo, de proyección de la lucha fuera de la fábrica no es satisfecha por ninguna organización clásica. Salvo excepciones, el objetivo de los "grupúsculos" no es (o ya no es) llevar a cabo una demagogia extremista, incitando a los obreros al "todo o nada". No se trata, tanto en Fiat como en otras partes, de preconizar la revolución para el día siguiente, sino de ayudar a la elaboración de formas de acción y de objetivos que favorezcan la formación y la implantación de grupos revolucioanrios de fábrica, que plantean la revolución como la *propia* tarea *actual* de los trabajadores, que se nieguen a subordinar la afirmación práctica de la exigencia revolucionaria a la existencia previa de instrumentos ya hechos, y hechos por otros, exteriores al movimiento, que habrían pensado y resuelto todo *en lugar* de los trabajadores, a la espera de tomar el poder *en su nombre.*

En este sentido es necesario apreciar los objetivos de la lucha en Fiat. Esos objetivos, como ya se verá, valen mucho menos por las mejoras inmediatas que pueden aportar a los trabajadores que por la capacidad de auto-organización y por la toma de conciencia política que implica la acción de perseguirlos. Un objetivo no es bueno o malo en sí mismo, vale de acuerdo con la acción que requiera; es tanto mejor de acuerdo al alcance de la soberanía y el poder colectivos que los trabajadores ejercen *mediante* la lucha y *antes* de su conclusión. Por eso el objetivo de los delegados de equipo revocables —fuente de conflictos continuos, después y *antes* de su elección, con la jerarquía de la fábrica y con la del sindicato— era particularmente fecunda así como también los objetivos de la rotación de tareas y de la supresión de la "tercera categoría" (obreros especializados), que constituyen un rechazo *efectivo* de la organización capitalista del trabajo y de la división de la clase obrera.

En cambio, la reivindicación de un aumento de salario igualitario (lo que es justo) pero fuera de alcance (más de 200 liras la hora, o sea de más del 35 %), planteada por algunos "izquierdistas", no podía ser lograda por ninguna acción efectiva y autónoma. Si bien esta reivindicación expresaba el rechazo inmediato —es decir protestario e inoperante— del poder y de la lógica capitalista, no implicaba su negación *práctica* y dejaba las puertas abiertas a los regateos y las maniobras diversionistas de la dirección de Fiat.

El texto de Luperini aclara el razonamiento a partir del cual esta reivindicación salarial fue elegida como principal caballo de batalla por algunos grupos: el capitalismo no posee actualmente márgenes de concesión, *es decir* toda reivindicación cuantitativa cuestiona "inmediatamente" todo el sistema *puesto que* es *objetivamente* incompatible con su lógica. Sin embargo, aquí estamos ante un *razonamiento* que deriva de la lógica formal, no de la lógica de la acción. Pues no basta con que una reivindicación sea *objetivamente* incompatible con el sistema para que su adopción denote, sostenga y fundamente el proyecto revolucionario de acabar con el capitalismo. Si es cierto que es preciso destruir el capitalismo para obtener 200 liras más por hora, de allí no se deriva que al reivindicar 200 liras más por hora se libre *efectivamente* un combate revolucionario de destrucción del capitalismo. Si así fuera, el PCF y la CGT habrían hecho la revolución hace ya tiempo.

El debate entre Sofri y Luperini no es un debate de ideas, una discusión teórica, sino un intercambio entre militantes lanzados *full time* a la acción práctica y que, *a partir de la práctica*, plantean problemas de orientación y de prioridad. Esto es tan cierto que luego de ese debate —tuvo lugar en setiembre de 1968 en el congreso del grupo "Poder obrero" de Pisa— Sofri abandonó la posición (a grandes rasgos luxemburguista) que defendía en ese momento.

¿Esto quiere decir que Sofri se había engañado y que Luperini, entre otros, tenía razón desde un comienzo? De ningún modo. Yo diría más bien que Sofri tenía razón en un momento determinado de la construcción del movimiento y que Luperini (entre otros) refleja las tareas que el movimiento enfrenta en un período ulterior de su expansión.

Es preciso darle la razón a Sofri de no querer aportar respuesta teórica a problemas cuya solución práctica no está madura, es decir que no corresponden a una necesidad de la práctica. Para él, el problema no consistía en saber si es o no necesaria una "vanguardia externa" sino de saber a qué exigencia práctica la vanguardia externa podía responder en la situación dada y qué tipo de existencia organizativa y de relación con las masas debía encarnar. La elección del "Poder obrero" de Pisa, tal como lo refleja Sofri en una fase bien determinada de la construcción del movimiento, es ejemplar al respecto: este "grupúsculo" era "de hecho" una vanguardia externa porque en presencia de la esclerosis burocrática del movimiento obrero organizado eran necesarias intervenciones desde el exterior para desencadenar la combatividad de la base obrera. Pero de esta necesidad de hecho, circunstancial, no había que deducir una necesidad de principio. La vanguardia externa, momentáneamente necesaria, no debía propender a la permanencia organizativa e institucional. No debía plantearse (a la manera de los partidos "prochinos" o trotskistas)

como el depositario de la verdad, aportando la "línea justa" y la "perspectiva clara" a las masas. Por el contrario, debía considerarse como un grupo abierto, no institucional y *provisorio,* como un grupo que no apunta a reclutar, a encuadrar o a adoctrinar a una masa en aumento de militantes, como un grupo que *persigue su propia liquidación* en beneficio de la vanguardia interna de masas que ayuda a surgir y a auto-organizarse, estimulando la lucha autónoma de masas.

Indudablemente pronto aparecerán nuevos problemas, las vanguardias internas locales al multiplicarse tendrán necesidad nuevamente de una vanguardia externa (pero que no será *la misma*). Pues Luperini tiene razón cuando dice (y Sofri no lo niega) que el partido no nace espontáneamente, por la unificación espontánea, de las vanguardias internas locales: el partido no nace espontáneamente por el mero hecho de que el movimiento tenga necesidad de él para avanzar. Cuando la red de las vanguardias internas (comités de base, grupos de fábrica) cubra casi todo el territorio, el problema de la organización de la síntesis política, de la centralización, de la coherencia estratégica ya no puede ser eludido. Ya no puede ser eludido porque se trata de un problema *práctico*, planteado por la práctica del movimiento y que apela a soluciones prácticas.

Sin embargo, esto no quiere decir que tal problema debía ser planteado desde un comienzo, y *ni siquiera* que su solución debía ser preestablecida: al comienzo, se trataba, como lo dice muy bien Sofri, de "*rechazar la dirección política desde arriba*", de "*liberar a las masas de la tutela represiva de sus 'representantes'* ", de "*ponerse al servicio de su organización autónoma. La formación del partido debe pasar necesariamente por esta fase*". "*La dirección política general debe ser no la elección de un aparato sino el resultado de una maduración política.*"

Dicho de otro modo, el rechazo a fundar un nuevo partido revolucionario y una nueva organización no significaba por entonces para Sofri que el partido y la organización fuesen superfluas en principio. Esta negativa significaba que no le corresponde a la vanguardia externa hacer el partido, que toda organización construida desde arriba, en ausencia o desde afuera de un movimiento de luchas de masas, está inevitablemente destinada a burocratizarse, a establecer con las masas "*la misma relación autoritaria*" y a "*convertirse en el mismo tipo de partido que tratamos de combatir.*"

Sí, habrá que hacer un nuevo partido, un nuevo tipo de organización y resolver el problema de su centralización (lo que, bajo una forma u otra, requiere una vanguardia externa). Pero no en cualquier momento ni de cualquier modo. Es preciso haber pasado por la fase de la espontaneidad del desarrollo de la iniciativa y de la auto-organización en la base para acceder a la fase de la organización y luego de la centralización. Pero por eso no será el mismo tipo de organización

y de centralización que fue rechazado durante la fase "espontaneísta", no serán los mismos "intelectuales externos" los que cumplirán esta tarea. Lo que por otra parte no quiere decir, sin embargo, que la solución que se le dé podrá evitar indefinidamente las degeneraciones burocráticas y no tenga que ser impugnada por nuevas "revoluciones culturales".

Giovanni Mottura

DOS CONCEPCIONES DIFERENTES DE LA CONSTRUCCION DE LA ORGANIZACION REVOLUCIONARIA

1. Algunos camaradas poseen el admirable talento de descubrir "revisionistas" bajo las apariencias más insospechables. Su ciencia política, unida a una moral austera (aunque individual) y a un sólido sentido de la jerarquía, evidencia todo su alcance en la afirmación de la "primacía de la política" como primacía de la depuración interna sobre la lucha contra el adversario externo, es decir los capitalistas, sus representantes políticos oficiales y no oficiales, los progresistas más o menos "marxistas".

Como no simpatizamos con los que se valen de "ejemplos históricos" cristalizados en una "tradición revolucionaria" siempre corrompida y que continuamente es preciso restituir a su pureza original, no nos detendremos aquí a demostrar que esta actitud se asemeja precisamente a la que Lenin presentaba como característica del revisionismo pequeñoburgués y que Mao Tse-tung denunció como ejemplo de subjetivismo, de sectarismo y de estilo estereotipado.

Es evidente que si el marxismo-leninismo es la "ciencia" de la revolución socialista contra el despotismo, erigido en sociedad, del capitalismo, si es la "ciencia" de la construcción de la sociedad comunista, el propio proletariado será quien juzgará en la práctica las ideas y comportamientos erróneos, ignorándolos o rechazándolos por ser más insignificantes y ridículos que perjudiciales.

Por otra parte, si esta convicción constituye una adhesión sincera a la causa del proletariado y de la revolución socialista, no puede justificar la actitud de otros camaradas que hacen ostentación, según los casos, de un desprecio aristocrático o de una divertida indulgencia respecto a esos fenómenos, cultivando tranquilamente su pequeño jardín y conformándose con los liderazgos locales o con la estima de los camaradas "más maduros".

2. El ascenso revolucionario en Italia y en los otros países dominados por el capitalismo sufrió en estos últimos años una aceleración gracias a tres elementos: a) el éxito de las luchas de liberación en muchos

países coloniales y semicoloniales y las nuevas contradicciones que de allí surgieron; b) el inestimable ejemplo de la construcción del socialismo y de la revolución cultural proletaria en China, demostración convincente de la posibilidad de eliminar la división capitalista del trabajo y de combatir los riesgos de burocratización y de restauración del capitalismo; c) la manifestación de contradicciones sociales y políticas agudas en los países "desarrollados" occidentales y orientales, en el centro mismo y en la periferia de los dos "imperios".

Sin ceder a un pesimismo catastrófico que condujo siempre a posiciones oportunistas, es posible afirmar que esta aceleración no basta por sí sola para garantizar el éxito inevitable, "a breve plazo", de la revolución. Todas las experiencias revolucionarias que triunfaron —el Octubre ruso, la victoria del comunismo en China, Cuba, el Vietnam, Guinea— son el fruto de la existencia de profundas contradicciones objetivas y del "largo trabajo" de los revolucionarios tendiente a construir una organización adaptada a los objetivos considerados, adaptables a las circunstancias concretas (inevitablemente cambiantes y diferentes de país en país pero siempre reductibles a la realidad capitalista única e inmutable) y ramificada en el pueblo y sobre todo en el proletariado.

Por el contrario, una característica común a todas las experiencias revolucionarias que fracasaron —la Comuna, las tentativas de 1920-1921 en Alemania y en Italia, la Indonesia actual (el término "fracasado" no tiene un sentido más peyorativo que el del juicio expresado por Lenin sobre 1905)— es la carencia, algunas veces total, de una verdadera organización, más allá de las intenciones y de las impaciencias idealistas de los cuadros comprometidos en la lucha.

En primer lugar, extraemos de esos ejemplos una conclusión que nos toca de cerca como militantes: durante las últimas luchas de masas en nuestro país, nuestros camaradas comprometidos (hablo de aquellos que están "realmente" comprometidos y no de los que se conforman con hacer mucho alboroto y de teorizar a propósito de las batallas y de las motivaciones de los demás) no tuvieron suficientemente en cuenta, en la práctica cotidiana, esta enseñanza de la experiencia. En algunos casos, hasta llegaron a considerar, en el entusiasmo del momento, a esta enseñanza como superada.

Esta actitud fue adoptada sobre todo en las luchas estudiantiles donde persiste —paralelamente a la proletarización de amplios sectores, en el marco de un proceso análogo y más vasto que afecta en estos momentos a sectores importantes de la pequeña burguesía— la influencia de la clase de origen y sobre todo la ambigüedad objetiva de la situación social del medio estudiantil en su conjunto. Esos elementos impiden todavía una demistificación radical del individualismo y de las concepciones exitistas, voluntaristas y superficiales de la revolución.

Es pues evidente que los camaradas que enfatizaron enérgicamente la necesidad de una organización desempeñaron un papel positivo, quizás hasta decisivo, en esta fase del desarrollo de la lucha de clases en Italia. De este modo, en efecto, "impulsaron" aun a aquellos que no están dispuestos a aceptar su forma de pensar, a plantearse el problema concretamente y no sólo a un nivel académico, quietista, retórico. Y también es evidente que el problema de la organización revolucionaria es el problema básico que deberán resolver en Italia durante los proximos años todos los revolucionarios sinceros, no solamente en un plano teórico sino también en el momento de formular sus elecciones prácticas de vida y de trabajo político.

3. Ubicándonos desde el punto de vista dialéctico, estamos convencidos, sin embargo —aun cuando pueda parecer paradojal— que los camaradas que en la actualidad han planteado el problema serán también, a nivel político, los menos capaces de participar y contribuir con aportes positivos al proceso que ayudaron a poner en marcha.

No se trata aquí de éxitos o de derrotas cuantitativas inmediatas cuya poca importancia lo demuestra toda la experiencia revolucionaria pasada (por comenzar, la experiencia bolchevique), y que en todo caso habría que verificar en términos de composición de clase. Sin embargo, es necesario destacar algunas razones de desacuerdo grave, que hacen que esos camaradas constituyan algunas veces, en los lugares donde actúan, un grave obstáculo para el total desarrollo de las energías revolucionarias actuales y potenciales. Esas razones conciernen precisamente, en los niveles práctico y teórico, al concepto de construcción de la organización revolucionaria.

Lenin escribe, en su ensayo sobre el pensamiento de Marx: "Sólo la consideración objetiva de todo el conjunto de relaciones recíprocas existentes entre todas las clases, sin excepción de la sociedad, y, por consiguiente, del grado objetivo de evolución de dicha sociedad y la consideración de las relaciones recíprocas existentes con otras sociedades, puede servir de base a una táctica justa de la clase avanzada. Además, todas las clases y todos los países son considerados no en su aspecto estático sino en su aspecto dinámico, esto es, no en estado de inmovilidad sino en movimiento (cuyas leyes derivan de las condiciones económicas de existencia de cada clase). El movimiento, a su vez, es considerado no sólo desde el punto de vista del pasado sino también desde el punto de vista del porvenir, y no según la concepción vulgar de los 'evolucionistas', los cuales no ven más que las pequeñas modificaciones, sino dialécticamente."

De este texto podemos extraer algunas ideas claras y muy valiosas en lo concerniente a la organización.

a) "Arraigarse en las masas" es un proceso dialéctico, resultante del desarrollo simultáneo del trabajo político de penetración y de

agitación por una parte y, por la otra, de la capacidad de generalizar las exigencias de las masas a la luz de un análisis "científico" de todas las variables cuyo juego determina sus condiciones actuales (incluido un análisis de las propias masas en términos de clase);

b) el elemento de voluntarismo interviene "solamente" en momentos en que, luego de haber tomado conciencia de las condiciones concretas, se "decide" desarrollar la organización revolucionaria; pero "de ningún modo debe intervenir" (salvo como esfuerzo de coherencia en la prosecución del objetivo) "en el proceso de formación de la propia organización";

c) la realidad de la clase, como la de la sociedad capitalista no es estática sino dinámica. Por lo tanto, el arraigo profundo en las masas no puede ser concebido como una operación "pedagógica", es decir como una superposición mecánica de una "teoría" preexistente y siempre igual a sí misma, con exigencias reivindicativas y de lucha que se reproducirían también siempre iguales a sí mismas.

4. No tener en cuenta estas indicaciones significa:

a) Reducir el "trabajo teórico" a un registro cíclico y debidamente entusiasta de los "saltos hacia adelante" realizados en otras partes que no se supo prever ni, mediante una toma de posición internacionalista correcta, ayudar en su desarrollo, aun en los límites de sus propias fuerzas;

b) verse obligados "en el plano del trabajo y de la lucha política" a realizar otro tipo de "saltos hacia adelante" que, improvisados, sin ninguna línea táctica y estratégica coherente (ni siquiera a mediano plazo), se han tornado necesarios por los ritmos y las formas específicas del desarrollo capitalista a propósito del cual se han conformado con repetir y difundir ante los militantes, conceptos generales o hasta vagos (y en consecuencia ideológicos).

c) concebir la formación de cuadros revolucionarios como un proceso distinto al de la participación en las luchas de masas, lo que conduce al mismo resultado, aunque por razones opuestas, que la actitud de aquellos a los que se acusa de "revisionismo": unos son malos "pedagogos" debido a su negativa a asumir en el momento preciso y con la suficiente energía las tareas de orientación y aceleración del proceso revolucionario; otros son malos "pedagogos" por sectarismo, estilo estereotipado, falta de análisis en términos de clase y, en consecuencia, populismo.

5. Aquél que no comprende los verdaderos términos del problema que debemos afrontar en la actualidad es un mal hombre político, inútil al proletariado cuando no inconsciente y patéticamente cómplice (en su maximalismo verbal y su sobrestimación de la moralidad individual) de los engaños revisionistas del "marxismo" parlamentario. Para

citar un ejemplo corriente, es inútil citar de memoria *¿Qué hacer?* y *El estado y la revolución* concibiéndolos como modelos estáticos a los que hay que adaptarse de manera voluntarista. Lo que necesitamos son personas que sepan revivir concretamente el desarrollo de esas elaboraciones sin olvidar que en su origen se encuentra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y que las posiciones sostenidas en *El estado y la revolución* —como lo dice el propio Lenin en una carta "de la primavera de 1917"—, deben ser consideradas como un "salto cualitativo", en términos políticos, con relación a las posiciones precedentes. "En este momento no se trata de hacer una clasificación teórica" —escribe entre otras cosas Lenin en la *Tercera carta desde lejos*, fechada el 11 de marzo de 1917. "Sería cometer un error muy grave el pretender colocar los objetivos de la revolución, las tareas prácticas, urgentes, complejas, en el lecho de Procusto de una 'teoría' estrechamente comprendida, en lugar de considerar a la teoría, ante todo y sobre todo, una *guía para la acción.*"

Todo esto significa, por una parte, que es un mal revolucionario quien separa el estudio de los textos teóricos del estudio continuo y profundo de las formas específicas del desarrollo capitalista y de la lucha de clases actuales; por otra parte, lo es más quien pretende embalsamar en una escolástica inmóvil y monolítica esos textos que representan, por el contrario, un testimonio viviente y múltiple de la experiencia revolucionaria pasada y que tenemos el deber de proseguir.

Comprender esto y actuar en consecuencia significa aceptar la perspectiva de la construcción de la organización, asumir la responsabilidad de acelerar su formación en todos los niveles, pero también considerarla correctamente como una larga marcha revolucionaria, que sólo adquirirá un aspecto triunfal cuando haya alcanzado los objetivos generales. Esto significa obrar de manera tal que sean los revolucionarios verdaderos, y no los partidos revisionistas quienes establezcan, rechazando el actual estilo voluntarista y exaltado, una línea de demarcación política que distinga el pueblo de sus opresores y sus aliados, en los países donde vivimos.

Esto quiere decir rechazar el uso revisionista que consiste en traicionar en los hechos las enseñanzas del marxismo reivindicándolas verbalmente. Esto quiere decir, finalmente, redescubrir el trabajo político modesto y continuo, en todos los niveles, sin publicidad ni declaraciones llamativas que no corresponden a los reales progresos del movimiento y que permite aprender de las masas sin por ello renunciar a enseñar. Sin embargo, esto no debe significar que la teoría revolucionaria es sólo la generalización de una multiplicidad de experiencias locales, como si no existiese ciencia e historia del proletariado y de sus revoluciones, acumuladas durante más de dos siglos.

Pero todo esto sólo será posible —más allá de las diferencias secun-

darias de opinión y de posición que persistirán aún, en el transcurso de esta fase, en el movimiento revolucionario— allí donde los camaradas demuestran ante todo la capacidad y la voluntad de desarrollar "análisis de clase" serios del contexto local, general y del sector en el cual trabajan, teniendo en cuenta no solamente situaciones, fenómenos y relaciones sociales y políticas inmediatas sino también la historia del desarrollo capitalista y del proletariado en el país, en la región, la provincia, la zona o la comuna donde operan.

Sólo de esta forma el estudio de los textos teóricos podrá traducirse en capacidad de previsión y de elaboración táctica y estratégica, en trabajo político eficaz, en unidad creciente con las masas.

6. Si en la actualidad el problema principal para nosotros es el del crecimiento de la organización (a no confundir en ese nivel con el desarrollo puramente cuantitativo), es conveniente que todos los camaradas, y sobre todo los estudiantes, comprendan:

a) que el enemigo es el capitalismo;

b) que no se lo combate limitándose a declarar que se lo odia, sin tratar de conocer sus articulaciones concretas y reales y sin saber hacer de este conocimiento la base del trabajo político al nivel de la clase;

c) que esto significa no sólo organización colectiva y disciplina, sino también elecciones individuales claras, con frecuencia desagradables, jamás heroicas o exitistas;

d) que la única forma de desencadenar correctamente un proceso que apunte en ese sentido, sin traducirse en la fundación de una secta, es observar escrupulosamente —y sobre todo en las relaciones entre militantes y en las relaciones con los proletarios y las personas sinceramente revolucionarias— las indicaciones de Mao Tse-tung sobre los riesgos de subjetivismo, sectarismo y estilo estereotipado, de acuerdo con las dos reglas: "Aprender de los errores pasados para no cometerlos en el futuro" y "Atender la enfermedad para salvar al paciente."

Potere Operaio

DEBATE SOBRE LA ORGANIZACION

LUCIANO DELLA MEA (Informe de introducción)

El "Poder obrero" de nuestra zona es, en realidad, una vanguardia política revolucionaria. En su acción (práctica social, reflexión sobre la misma, elaboración de objetivos), forma cuadros revolucionarios. Pero justamente porque los forma a través de una sistemática intervención política en las luchas, ha tomado el carácter de vanguardia política revolucionaria. No se identifica con los grandes movimientos de masa (obrero, estudiantil y, en el futuro, campesino). Su ubicación sigue siendo externa. En este aspecto la vanguardia puede ser definida como leninista. Este hecho apareció con claridad en la discusión sobre el movimiento estudiantil, en julio, cuando se precisó el papel político de los movimientos de masas, el significado de la intervención y de la acción política desarrolladas de modo autónomo en los movimientos de masas, según determinadas particularidades de desarrollo y situaciones objetivas y subjetivas; pero precisando también que la participación plena y en definitiva autónoma de las compañeros en los movimientos de masa no liquidaba la función "externa" de "Poder obrero". Los compañeros Sofri y Moreno confirmaron la función del periódico, y por lo tanto la función de la intervención "externa" de "Poder obrero" en relación a los movimientos de masa y de las luchas obreras, estudiantiles, populares y, pronto, campesinas. En este aspecto, la vanguardia de tipo e inspiración leninista (en perspectiva el partido), se combina con la organización política de los movimientos de masa (los distintos comités), por lo que puede decirse que, desde el punto de vista organizativo, la fórmula Lenin + Mao es válida. Una ejemplificación práctica de la relación que se puede instituir entre las distintas formas organizativas, ya se dio en modestísimo embrión, cuando "Poder obrero" se reuniera en Pisa con los primeros, insuficientes pero también significativos, núcleos de comités de estudiantes, de obreros de la Marzotto, de obreros del vidrio (si recuerdo bien), de barrenderos, para discutir juntos problemas de lucha comu-

nes y para fijar ciertas líneas de intervención (mi referencia es indirecta, porque no asistí a la reunión).

Si esta es la línea de desarrollo local de "Poder obrero" ¿podemos dejar de extenderla a otras situaciones, en una verdadera perspectiva de desarrollo nacional? A la luz de las situaciones objetivas que se han determinado, en otras regiones y ciudades, creo que sería un error imperdonable no considerar tal perspectiva de desarrollo. Ello significa que "Poder obrero" debe trazar, por lo menos en sus líneas esenciales y previsibles, el camino que se propone recorrer, porque, o se extravía, a través del empeño de los distintos compañeros que forman parte de él en los grandes movimientos de masa, donde lleva adelante la iniciativa revolucionaria; o bien, aun estando presente, siempre más presente y mejor presente, en esos movimientos, se dirige sin embargo a la consolidación, al refuerzo y a la ampliación de la misma vanguardia. Si permaneciera en las dimensiones actuales (pero de hecho eso no sucede porque ya se han registrado en estos años una cierta consolidación, un cierto refuerzo y una cierta ampliación de la vanguardia inicial), "Poder obrero" terminaría, en perspectiva; extinguiéndose, y resultaría una mera academia de formación de "cuadros".

Pero repetidamente se ha dicho que "Poder obrero" no crece sobre sí mismo, no es la rama buena para el partido del futuro, y esto es cierto. Y por tal razón se ha convenido, después de algunas experiencias contradictorias, que en situaciones alejadas de nosotros aunque movidas por nuestro ejemplo o maduradas con referencia a nuestra experiencia, otros "Poderes obreros" hicieran su trabajo político autónomamente. La autonomía, es natural, no excluye el intercambio, el encuentro, la coordinación, etc. Elementos todos que se han verificado aunque con dificultades y no con la necesaria continuidad. Es difícil decir hoy cuál puede ser la salida política, no meramente formal, de este crecimiento y esta multiplicación de grupos autónomos de "Poder obrero" más o menos paralelos al "Poder obrero" de nuestra zona. Sin embargo, podría aventurarse la hipótesis de una *salida federativa*, aun de no muy lejana concreción, a medida que la necesidad del encuentro sistemático y de la coordinación sobre algunas cuestiones (por ejemplo, luchas por la renovación de los contratos de trabajo, luchas del movimiento estudiantil, luchas contra la prolongación de la NATO, organización de la autodefensa y ligazón para las manifestaciones y contra la represión), se haga sentir, como por otro lado ya se hace sentir, con características de urgencia.

El mismo SDS, que sin embargo posee una dimensión y una ubicación políticas distintas de las nuestras, está organizada sobre un plan federal, con un comité federal compuesto por cuatro compañeros y dos presidentes responsables para toda la República federal. Y también en Alemania existen grupos locales más bien independientes y con estructuras organizativas diversas.

Nosotros somos distintos, porque justamente constituimos una vanguardia política externa a los grandes movimientos de masa, y nuestra intervención es o tiende a ser múltiple, vale decir a afectar a todo el proletariado en sus diversas articulaciones sociales. Pero con mayor razón necesitamos conseguir una dimensión nacional. ¿Y entonces por qué apuntar a una salida federativa, y no directa y decididamente de partido? A mi parecer, por esta razón. Los hechos (ver por ejemplo Checoslovaquia) y la elaboración teórica, nos llevan cada vez más a converger sobre la línea política general de los "chinos" (lo que no significa una identidad formal sino, por el contrario, una exigencia de "originalidad", debiendo partir nosotros de nuestras fuerzas con fines revolucionarios, y de nuestra situación concreta). Dado este hecho, me parece evidente que, tarde o temprano, se planteará el problema de una relación "dialéctica" con el Partido M.L. de Italia, en el sentido de que nosotros debemos romper con la acción práctica, referida correctamente a la teoría, un comportamiento formal que falsea a la teoría en la medida en que se estanca en la práctica. De la solución de esta relación, a la que es posible prever como positiva si nosotros nos mostramos marxistas-leninistas en serio, depende el futuro y sucesivo, el nuevo desemboque organizativo que ahora sería caprichoso y académico prever, pero que la organización nacional federativa contribuiría por cierto a determinar.

Si debemos recorrer este camino, creo que no puede demorarse más la búsqueda de formas organizativas propias de una vanguardia política revolucionaria. La misma necesidad revolucionaria, que es política pero que presupone el choque violento aun sobre la base de la práctica directa más que de la reflexión histórica, impone el pasaje de lo provisional a lo regulado, de la improvisación a la disciplina. Toda la experiencia revolucionaria exige esta necesidad, y allí donde tal necesidad no ha sido considerada y observada ha habido derrotas. Pero, naturalmente, el responder a esa necesidad tampoco es de por sí suficiente para asegurar la victoria.

La organización del trabajo de intervención y aun de elaboración política en grupos ha sido el primer paso en dicha dirección. Pero hemos concebido los grupos en formas no rígidas, ya en la participación de los compañeros, ya en la relación de los grupos con los otros grupos y con los compañeros que de hecho han dirigido políticamente "Poder obrero", en el sentido de que no es necesario, hasta creo que es dañino, que los grupos se solidifiquen alrededor de los mismos compañeros, que los grupos no tengan una "espontaneidad" práctica, una autonomía, etc. Pero al mismo tiempo se ha avanzado respecto al trabajo digamos de asambleas, que en gran medida registraba cuantitativa y cualitativamente vastas presencias pero escasas participaciones en la discusión y, más todavía, en el trabajo práctico. La organización de los grupos ha vuelto también más amplio y colectivo

el trabajo de dirección, superando poco a poco aquel carácter personalista o familiar que el asambleísmo determina reincidentemente a nivel de dirección política –y esta referencia, en cierta medida, y con la consideración de una situación objetiva particular, es también autocrítica. Sin embargo, creo que se debe dar un paso adelante justamente en relación a la experiencia de los grupos, del aumento cuantitativo de "Poder obrero", del mejoramiento cualitativo de los compañeros consiguiente a la experiencia política hasta aquí hecha, de las necesidades generales ya citadas. Esto significa, en la práctica, la responsabilización de la dirección política, de manera que ella constituya una referencia segura, saliendo del actual estado de provisionalidad que es la causa no última de la falta de información, de coordinación, de mayor disponibilidad personal, lamentada por algunos compañeros.

Se trata, en suma, de darnos una oficina política o algo similar que tenga la responsabilidad política del trabajo de "Poder obrero" y la ejerza de acuerdo a una oportuna subdivisión de tareas y de responsabilidades internas, tanto en relación a los compañeros que forman parte de "Poder obrero" como en relación a las fuerzas exteriores. Mis propuestas eran dos: la de una oficina política compuesta por compañeros que representen a los distintos grupos que actúan en Pisa, revocables o, en caso necesario, aun sustituibles (y hasta fijando los períodos para las oportunas rotaciones); o sino un oficina política formada por cierto número de compañeros elegidos por la asamblea, revocables y sólo por un período determinado. Agrego ahora: la preocupación que mueve a cambiar y a revocar no es meramente democraticista, sino y sobre todo funcional, en el sentido de la conveniencia de que todos los compañeros hagan una experiencia de dirección política, y porque todos los compañeros están o pueden estar en condiciones de cumplir tal experiencia; así como es necesario, en casos indispensables, alejar de la dirección política a aquellos compañeros que, por una razón u otra, hubieran faltado a los deberes políticos de la dirección y de la acción colectiva.

Es oportuno precisar, a los fines de disipar eventuales sorpresas por la referencia hecha a "problemas económicos de los compañeros" –esa referencia figura en la carta donde formulé la propuesta de oficina política– que ella nada tiene que ver con la propuesta en sí, y que los problemas económicos de los compañeros pueden y deben ser resueltos de muchas maneras, exceptuando una: la de tomarlos como funcionarios pagados hoy por el "Poder obrero", luego por la federación, mañana por el partido o por el comité, porque aquí está la raíz material del burocratismo que difícilmente puede prosperar por otros motivos. El hecho de vivir en una sociedad de cierto relativo bienestar, facilita el obligatorio "mecenazgo" entre compañeros o aun de no compañeros en favor de nuestros compañeros; y de todas maneras

debe pretenderse que, cuando sea necesario, los compañeros comprometidos políticamente con "Poder obrero" sean llevados, alimentados, alojados y aun vestidos, además de cuidados, por otros militantes y por simpatizantes, conocidos, parientes, etc.

La dos propuestas para una oficina política tienen puramente un valor de señalación, como una afirmación práctica de necesidad no meramente teórica o abstracta. Entonces, pueden existir otras soluciones, aun reflexionando sobre experiencias ajenas, adaptadas e integradas oportunamente. Volviendo al SDS, resulta, por ejemplo, que en Berlín la dirección política es asumida por un consejo con una cantidad variable de compañeros que allí son elegidos, algunos por la asamblea plenaria, otros por los llamados "grupos de proyectos" (fórmula esta, fácilmente adaptable por nosotros). El consejo berlinés tiene tareas consultivas y aun ejecutivas. Los compañeros del SDS están generalmente agrupados en los "grupos de proyectos", formaciones con funciones de formación y de adiestramiento a la vez, en las que se trabaja alrededor de determinados problemas, distintos de los nuestros. Ellos se ocupan del "Tercer Mundo", de la "Estrategia", de la "Metrópolis", y de los "Consejos", etc. Pero estos grupos desarrollan también una práctica social (conferencias, discusiones, demostraciones, manifestaciones, desfiles en los que participan como grupos unitarios). Estos grupos, entonces, delegan en compañeros la formación del consejo: compañeros revocables por los grupos mismos. La asamblea de los grupos de proyección forma el consejo general donde se planifican por un semestre la estrategia y la táctica del SDS berlinés. Sucede, además, que de estos grupos se han desarrollado y se van desarrollando estructuras organizativas paralelas. Por ahora se trataría de dos "Institutos": uno de investigación e información internacional y otro de anti-opinión pública. La fisonomía de estos institutos no está bien clara, y podríamos precisarla mejor si nos interesara: se dice sin embargo que ellos "deben contribuir a una estructuración del SDS que implique el compromiso personal (quizá se refiera a un compromiso que debe ir más allá del normal, guevariano digamos) y que respondan a dos exigencias: por una parte, la de emancipación, y por otra, la de la necesidad de luchar contra un sistema inhumano, la necesidad de una organización en cierto sentido leninista", es decir, tratándose de hacer la revolución, leninista-maoísta, como habíamos dicho antes.

También podríamos tener en cuenta la experiencia organizativa del Zengakuren, así como la de algunos movimientos franceses.

La responsabilización del buró político comportaría en la práctica la determinación de tareas específicas (también aquí de manera no rígida), tareas que, al ser previsiblemente onerosas, sería oportuno confiar *siempre* a más de un compañero (dos): movimiento estudiantil, movimiento obrero, servicios, movimiento campesino, relaciones

con los otros grupos cercanos a "Poder obrero", relaciones con otras fuerzas políticas, coordinación interna, autodefensa y represión, fondos, barrios y pueblos, estudio y propaganda: he aquí algunas de las tareas relativas a sectores de trabajo existentes o previsibles.

LIA GRANDE (Intervención)

El PO es por ahora la única correcta experiencia de grupo revolucionario que podemos hallar en Italia, en cuanto madura y ha madurado una estrategia de lucha a través de la constante verificación en la práctica social, en el contacto con las masas, en la experiencia de lucha en distintas situaciones de conflicto político-social (MS). En este sentido puede ser definido como vanguardia revolucionaria y lo es desde que, a partir del exterior de los movimientos, constituye una avanzada política, una posibilidad de maduración y de esclarecimiento de la conciencia de clase en las masas; lo es como momento de reflexión crítica y como creatividad revolucionaria en el contexto de la situación de clase de nuestra ciudad y de las otras ciudades en que actúa. La experiencia de estos años nos demuestra que uno de los mayores peligros a que llegan los grupos en general, el tener como fin la potenciación de sí mismos como vanguardias, ha sido evitado, por lo menos en parte, por el PO, en cuanto se ha ido extendiendo cuantitativa y cualitativamente, ha ampliado su intervención a toda una serie de situaciones, ha comenzado a echar raíces políticas en la ciudad, teniendo un peso político no despreciable. Si se considera sobre todo el breve período que va desde su constitución hasta hoy no puede decirse que el PO haya dejado de encontrar ecos políticos ampliamente positivos.

En la medida en que la lucha antimperialista mundial y las luchas obreras y estudiantiles en nuestro país se radicalizan, aun en previsión de importantes desenlaces políticos (renovación de los contratos, NATO, etc.), se advertirá cada vez más la necesidad de un correcto y concreto planteo revolucionario del trabajo.

Las características del capitalismo actual, la presencia de grandes partidos revisionistas que siguen dirigiendo la mayor parte de las luchas obreras, la relación a veces espontánea que se verifica entre las diversas luchas en los países europeos y latinoamericanos (huelgas fuera de los sindicatos, luchas de los estudiantes, ocupaciones espontáneas de fábricas, luchas campesinas, etc.); el hecho de que los objetivos de fondo se acercan en perspectiva al discurso total del socialismo, nos ponen en condiciones de abreviar de alguna manera los períodos políticos de nuestra intervención.

Estamos convencidos de que el socialismo no se hace instrumentalizando a las masas y contra las masas: todas las experiencias de los

países del Este de Europa y del M.O. occidental lo han demostrado claramente.

En ello, pero no solo en ello, consiste el error del PC de Italia (ML), que se propone como vanguardia que manipulea a las masas para ciertas luchas y vuelve a proponer como fin el crecimiento de sí mismo como organización. Más allá de las buenas intenciones de algunos compañeros marxistas-leninistas, de hecho lo actuado por el partido queda a menudo viciado de ideologismo, y en lugar de una constante práctica social, se hace una propaganda frecuentemente rechazada por las masas a causa de su planteo sectario y del lenguaje que en sí quiere comprender y agotar todo el supuesto contenido político. De hecho el Partido ML permanece sustancialmente extraño a las masas, en evidente contradicción con los principios maoístas a que dice adherirse. Y sin embargo con el Partido ML es necesario hacer las cuentas, si no de inmediato por lo menos bastante pronto, sobre todo porque: 1) es la única organización de alguna manera contrapuesta al PCI que se articula sobre la base nacional; 2) muchos compañeros que salen del PCI llegan al PC de Italia (ML) sin conocerlo exactamente, traídos por una sana ola de rebelión contra el revisionismo y la política burguesa del PCI.

Este, por otro lado, es el problema de muchos otros compañeros que militan en grupos distintos del PO. Lo importante no es que todos los cuadros revolucionarios entren necesariamente en el PO; lo importante es qué hacen ellos efectivamente en las distintas situaciones. De allí: 1) es justo que se hagan críticas a grupos que no tienen el mínimo de verificación en la práctica social y no plantean el discurso hacia una línea de masas; 2) la necesidad, por otro lado, de entrar en contacto con los compañeros que se adhieren por una elección instintiva, no meditada políticamente. Por esta razón, y a causa de la exigencia política impostergable de ampliar el frente de lucha todo lo posible, el PO debería estrechar vinculaciones en todas las situaciones, aun mínimamente alcanzables, hasta donde haya sólo dos o tres compañeros que funcionen como punto de referencia para nosotros y para los compañeros de otros grupos que eventualmente actúen en la misma zona de intervención, representando así un momento alternativo de organización.

Un defecto a evitar es el de asumir vínculos sólo a nivel "oficial", ya en las reuniones, ya en los encuentros a que somos llamados o en lo que nos interesa participar. Es decir, hay que tratar de evitar que todos los contactos se agoten en el discurso de líder a líder, un discurso que a menudo es mistificado en cuanto repite, aunque en pequeña escala, una gestión de tipo burocrático del movimiento. Junto a las intervenciones oficiales, es necesario que los compañeros hablen con el mayor número posible de compañeros externos, a fin de conocer efectivamente la situación de una cierta zona donde actúa un determinado grupo, y la situación política del grupo mismo; evitar

siempre, en suma, que los compañeros del PO y de otros movimientos, piensen y actúen por delegación.

Desarrollar el discurso en sentido maoísta significa buscar constantemente la relación con las masas, tener claras sus condiciones económicas, el nivel de conciencia de clase, y tomar de ellas aun la mínima posibilidad de intervención revolucionaria. Por eso el PO debería compenetrarse en el tejido de las ciudades, conocer a fondo los términos reales de la explotación y del malestar de las masas, en los barrios, en las fábricas, en la campaña, de manera de mantener alto el nivel de tensión social, de manera de crear, según un plan razonable, un estado de pre-guerrilla urbana y campesina.

Esto, por otro lado, ya está verificándose en algunos niveles, y se trata de extenderlos en calidad y cantidad.

Sin tener la pretensión, equivocada desde el punto de vista político, de ponerse forzadamente a la cabeza de las masas, se trata de estar en condiciones de dar indicaciones políticas que encuentren inmediata respuesta en la realidad. La ligazón de las distintas luchas debe ser buscada constantemente, así como la extensión de la lucha, por ejemplo, de una fábrica a otra que se halle en condiciones económicas y políticas análogas, o de un barrio a otro, o de una categoría a otra, y así sucesivamente. La vanguardia revolucionaria se pondrá en las condiciones de unificar las instancias de base, proporcionando indicaciones e instrumentos que las masas usarán para llevar correctamente sus propias luchas.

Con esta finalidad, parece positiva una estructuración por zonas o por barrios. Es justo que los diversos grupos del PO que actúan en las otras ciudades mantengan una autonomía de intervención, pero queda en pie la necesidad de una relación orgánica que lleve a la extensión de la lucha a todos los niveles.

Los grupos en que se articula el PO serán formados por compañeros con la tarea de conocer la situación en que actúan, de intervenir cuando estén en condiciones de crear una determinada oportunidad política, o cuando ella se presente, más o menos espontáneamente.

Es importante que todos los compañeros que forman parte del PO se mantengan siempre informados sobre la situación existente aun en los grupos a que no pertenecen, para evitar las barreras y la sectorialidad de intervención. Para evitar esto: 1) Los compañeros no trabajarán siempre en los mismos grupos, y en los grupos debe desaparecer la distinción entre quien piensa y quien trabaja, como entre quien trabaja plenamente y quien, por motivos objetivos, como estudiar o trabajar, no está en condiciones de hacerlo. Una vez que se hayan compenetrado de la situación en que actúan, pueden y deben trabajar en otros grupos. 2) Es necesario seguir haciendo de la asamblea el momento político decisivo, el momento de cotejo de

todas las experiencias, y las ideas, momento ulterior de creatividad revolucionaria, aunque está claro que algunas decisiones deben ser maduradas a alto nivel (decisiones de carácter organizativo contra la represión, que no pueden ser tomadas por la asamblea). 3) Es importante estar en constante vigilancia para que ninguna forma de burocracia o de burocratismo se insinúe en nuestra organización, apareciendo con toda claridad que la burocracia y el autoritarismo llevan siempre a decisiones finalmente contrarrevolucionarias, de acuerdo a mecanismos no siempre evidentes y que asumen variadas formas.

Todos los compañeros deben estar ocupados y deben participar de las decisiones colectivas. Hace falta permitir efectivamente a los compañeros en desacuerdo sobre algún punto que expresen su disentimiento, obviamente a través de formas correctas y aceptables por todos.

Los compañeros deberían hacer un esfuerzo constante por oír primero el contenido de los discursos que otros hacen, sin juzgar *a priori* según quien lo hace: ya sea aquél que trabaja poco, aquél menos preparado, el que tiene menos experiencia.

Nos parece oportuno, en fin, subrayar la necesidad de llevar adelante un discurso sobre la estrategia, porque si es verdad que ella debe surgir de una práctica social, también lo es que debe estar informada por principios y decisiones de carácter general que, a nuestro juicio, no han sido suficientemente profundizados a nivel de base.

Hablar de estrategia significa plantear el problema del partido, problema que, por lo menos a nivel de discusión colectiva, aparece como exigencia bastante inmediata, porque existe el Partido M L y porque a medida que se avanza en las luchas y en la concreción de la práctica social, no podemos permanecer en un ámbito que, aun en grado mínimo, sigue sujeto al espontaneísmo.

Tampoco puede esperarse que el partido nazca como una exigencia de las masas, en cuanto esto presupone tiempos muy largos y de hecho se coloca fuera de la interpretación leninista de la realidad de clase. El objetivo de la vanguardia es naturalmente también el de llevar este discurso-exigencia a nivel de masa, y en su acción política de hecho debe hacer surgir de las masas más conscientes y politizadas esta necesidad.

Pero por otro lado es irreal pensar que el partido pueda salir de las masas como constitución política-organizativa expresada directa y linealmente por ellas. La organización política revolucionaria no nace como exigencia objetiva de la clase sino más bien como momento subjetivo de toma de conciencia y de voluntad de intervención para el abatimiento de las estructuras opresoras existentes. En este sentido se ve claro cómo el objetivo del partido no se agota con la toma del poder, pues el partido tiene una función irrenunciable aun *a posteriori* para mantener la revolución y la conciencia de las masas a nivel

permanente hacia la construcción de la sociedad comunista. El partido se ubica en una correcta relación con las masas, sin instrumentalizarlas ni manipularlas: debe seguir siendo el momento de referencia, el momento de máxima elaboración teórico-política donde confluyen, en términos eminentemente dialécticos, las instancias y las contradicciones de la clase, para encontrar allí indicaciones políticas tácticas y estratégicas.

Cuando estos problemas sean por lo menos planteados, cuando el PO como línea política y organizativa sea efectivamente patrimonio de todos los compañeros, en el trabajo práctico y en la creatividad revolucionaria, y también en las indicaciones estratégicas de fondo, se planteará en términos concretos la instancia de una oficina política donde todos los compañeros, rotando y sin exclusiones, participen de experiencias de dirección política. Si no hemos interpretado mal el sentido de la propuesta de Luciano, nos parece que plantear el problema hoy significa correr el riesgo de una solución preconstituida a aquellos problemas que debemos desarrollar antes de llegar a la creación de una oficina política propiamente dicha. Es necesario que todos los compañeros estén en condiciones de comprender la realidad de clase en que actúan, y de este hecho surgirán una conciencia y una capacidad política indispensables para que el trabajo revolucionario no siga siendo una experiencia de pocos. Llevar entonces adelante el trabajo en los grupos, crear relaciones de intercambio, de informaciones constantes, poner a los compañeros ante precisas responsabilidades políticas, atenuar de alguna manera el límite ya expresado, aunque mínimo, del espontaneísmo.

Ya la creación de algunos grupos nuevos como el de autodefensa y contra la represión, lleva a algunos compañeros a una responsabilización inmediata (se trataría de hacer participar de la experiencia a compañeros que, aun estando obligados a dar serias garantías de continuidad y seriedad, no se identifiquen sin más con los compañeros que de hecho están cumpliendo experiencias de dirección política), pero otras posibilidades deben ser buscadas al respecto (...)

ADRIANO SOFRI (Informe de introducción)

No es casual que la discusión fundamental que nos ocupa se desarrolle justamente en este momento: el crecimiento de nuestro trabajo y la maduración general del conflicto de clases en el plano nacional y en el internacional motivan la necesidad de esta discusión y de la claridad, a la vez, sobre los temas que quedan comprendidos. No entender esto, no dar a la discusión el máximo de apertura y de profundidad ahora, significaría castrar el desarrollo de nuestra actividad teórica y práctica. Por cierto, no debemos agotarnos en un deba-

te permanente y paralizador; propongo entonces que se siga un orden razonable. El objetivo de esta primera fase es el de presentar y fundamentar con el mayor acabamiento posible las distintas hipótesis de fondo que aquí se dan. La fase siguiente deberá ver la adquisición y la participación críticas de todos los compañeros en el análisis de las distintas posiciones dentro de todos los lugares de trabajo. Una tercera fase deberá llevar a la discusión y a la elaboración general, con una sistematización, aun parcial, de los elementos de fondo que moldearán la actividad futura.

¿Por qué el problema del partido —no como problema meramente "organizativo" sino como problema de perspectiva política general— no ha recibido hasta hoy de nuestra parte una solución sistemática? En el pasado, este problema se nos ha planteado —y no podía ser de otra manera— en términos de petición de principio o en términos de expansión cuantitativa de los núcleos subjetivamente "revolucionarios". El haber rechazado claramente una respuesta en estos términos, el haber elegido, por el contrario, el camino de un cotejo directo y continuo con la realidad de clase concreta en que vivíamos: ello fue una decisión correcta e importante, que de por sí ofrece algunos elementos útiles para la reflexión.

Al actuar así, nosotros rechazábamos dos tipos de concepción: el primero, el de quien considera que la conciencia de la necesidad del partido, y por lo tanto de la dirección política organizada, es suficiente para crear sus condiciones. El segundo, el que ve a la dirección política, al partido, como continuidad lineal de una tradición revolucionaria (el marxismo, el marxismo-leninismo, el marxismo-leninismo-maoísmo), periódicamente corrompida y regenerada; es la concepción histórico-conmemorativa, en virtud de la cual la estrategia revolucionaria se configura siempre como un "retorno a algo".

Estas concepciones, subjetivistas por un lado, burocrático-conservadoras por el otro, están en la base, por ejemplo, de la formación del PC de Italia, explícitamente inserto en la tradición de la defensa de la "gloriosa bandera", de la recomposición de la organización revolucionaria por el camino de la escisión de los miembros sanos del cuerpo putrefacto.

Si estas concepciones tuvieran un fundamento, si el partido estuviera dado en la mera conciencia de su necesidad, y legitimado en la continuidad histórica formal con la "línea revolucionaria", entonces nosotros tendríamos muy pocos atenuantes contra los ataques que nos dirige asiduamente cierto maoísmo nuestro. Podríamos objetar razonablemente ya sea el modo de formación, ya el mérito del particular juicio histórico, pero en todo caso deberíamos haber adherido al partido (y junto al PC de Italia hay otros que en el aspecto de la continuidad histórica no bromean, como los bordighistas), o debería-

mos haber fundado otro partido. El motivo por el cual nosotros hemos actuado en sentido revolucionario, y ciertos sostenedores del partido no, consiste justamente en el criterio opuesto, en la concepción opuesta que nos inspira.

La dirección revolucionaria —la estrategia y la organización revolucionaria— es legitimada por nosotros a través de la ligazón con una ininterrumpida continuidad histórica, que es algo distinto de la relación viva con toda la experiencia revolucionaria pasada y presente, y menos todavía por la exigencia del partido traducida en acto notarial que por la relación con las masas, por su condición de expresión constante y general de las necesidades revolucionarias de las masas oprimidas.

Si a esta altura retomamos el ejemplo inicial, podemos establecer mayor claridad. Digamos entonces que el PC de Italia se caracteriza por una línea política incorrecta (de vez en vez discontinua, demagógica, errada, grosera, etc.), pero digamos sobre todo que no lo es, ni tiende a ser, la dirección política revolucionaria de las masas. No es que se haya constituido "demasiado pronto" (respecto de sus parámetros se ha constituido "demasiado tarde". El caso de *Lavoro político* lo demuestra): se ha constituido *mal.*

Entonces el punto central no es tener una línea política más justa, sino tener otro tipo de partido (cosas, ambas, que como es obvio se conectan estrechamente).

¿Pero acaso debe deducirse de todo lo dicho que la dirección revolucionaria es generada "espontáneamente" por las masas, y que entonces coincide con el movimiento de las masas mismas? ¿Debe terminarse en la identificación vanguardia—masa?

La respuesta es: no. Pero aquí está el corazón del problema que enfrentamos, en la definición del concepto de vanguardia.

Para Lenin (no es la filología lo que aquí nos interesa) la conciencia revolucionaria está dada por el encuentro entre lucha económica de la clase obrera (en sí tradeunionista, interior al sistema) e intelectuales marxistas, tránsfugas de la clase a que pertenecen, la burguesía. La conciencia deriva a la clase "desde afuera", es decir "desde el exterior de la lucha económica, desde el exterior de la esfera de las relaciones entre obreros y patrones". Es el partido, la organización de los revolucionarios dotados de los instrumentos de análisis de la ciencia marxista, el que encarna la conciencia revolucionaria del proletariado.

Hay, en la tradición antileninista, un argumento al que es necesario hacer rápidamente justicia: el del "burocratismo" propio de la concepción leninista. La historia del partido bolchevique es una historia de decenios de construcción heroica, tenaz, sistemática de la relación entre partido, clase obrera y masas oprimidas. La confianza en las masas, la capacidad de ligarse a las masas en el curso de una lucha gigantesca y en condiciones de increíble dureza, no pueden ser olvi-

dadas por quien quiera comprender la victoria de la revolución de octubre.

Pero aceptar la definición leninista significa hoy para nosotros una respuesta incorrecta a los problemas que tenemos por delante. La acepción leninista de la lucha obrera "espontánea" como intrínsecamente tradeunionista, "económica", nos llevaría a ver nuestra relación con la clase nuevamente en términos de"conquista" ideológica, de "introducción desde el exterior" de la conciencia política. La "espontánea" lucha obrera no está cerrada al choque "particular" y tradeunionista de obreros en particular con su particular patrón: por el contrario, ella llega a alcanzar un alto significado de contestación política al dominio férreo de la racionalidad capitalista, al plan político del capital. Esto es lo que documentan las experiencias más significativas, y ya generales, de lucha obrera en los países de capitalismo maduro (ver Francia, la Fiat, etc.), donde aun la reducción a los términos "económicos" de la lucha (a la *política tradeunionista*, como dice Lenin), se convierte en objetivo bien difícil de la gestión "sindical": no es por azar que esta última tiende a actuar hoy sólo como represión de la lucha (y no por incidentes coyunturales).

De esto no debe deducirse ni una metafísica de la auto–organización obrera, ni una reducción de la conciencia de clase a la esfera de las relaciones de fábrica, de la relación productiva directa y no de las relaciones sociales de producción. Pero la conciencia no está "fuera" de las masas. Por otro lado, hoy es bien difícil mantener la definición de los intelectuales ("los representantes cultos de las clases dominantes") que en Lenin es esencial: ella no define los cambios habidos en la estructura de clases del imperialismo contemporáneo. La referencia al movimiento estudiantil sirve para demostrarlo (salvo que se siga definiendo a los estudiantes como "intelectuales burgueses" que hacen la revolución traicionando a su propia clase).

Esto significa que si todavía es cierto que "sin teoría revolucionaria" no puede haber movimiento revolucionario" (Lenin), también es verdad que no hay una teoría que "se encuentra" y "penetra" en el movimiento de las masas, sino una teoría –como conocimiento sistemático de las necesidades de las masas, y su generalización en un incesante proceso dialéctico– que crece en la lucha de las masas.

Tampoco puede olvidarse –si queremos realmente hacer las cuentas con el peso de una experiencia histórica rica en enseñanzas– cómo un concepto de vanguardia, sostenido en Lenin y en los bolcheviques por un temple y una tensión revolucionaria extraordinarios, ha justificado todos los abusos en la relación partido-masas: y el problema no es por cierto de "controles" estatutarios de las masas sobre el partido, sino que está justamente en la relación inmanente que liga a ambos términos.

Nada tiene de común con nosotros un esquema que ve la relación partido masas en los términos: lucha obrera (económica en sí); organización económica de los obreros (sindicato); control del partido (conciencia externa) sobre la organización económica (cinta de transmisión) y por lo tanto sobre la clase. Sólo una relación que parte de la politización y de la organización de masas para llegar al crecimiento y a la ligazón de las vanguardias de masa, en una dinámica dialéctica permanente, puede indicarnos el camino justo. Y todo ello se conecta no sólo a la exigencia subjetiva del desarrollo de la democracia de base, sino a necesidades objetivas: la revolución no vista ya como final "guiado" de la catástrofe económica del capitalismo, sino como crecimiento del conflicto político entre capital y proletariado; es decir, el pasaje de la perspectiva de la insurrección a la de la lucha armada de larga duración, aun en los países de capitalismo tardío.

Hay en Lenin una definición histórica de la vanguardia que, hoy, es inaceptable. Y hay una enseñanza mucho más esencial, como lo es la denuncia implacable de toda abdicación a los objetivos de una dirección política revolucionaria, que debe ser mantenida sólidamente dentro de una relación vanguardia–masas de distinto cuño.

La lucha obrera en Francia es ejemplar para nuestro discurso: en pocos otros casos se han difundido interpretaciones tan tontas o cómodas de un fenómeno. A grosso modo, ellas –aparte de las de los enemigos de clase– se reducen a dos: una, tomando justamente el carácter *espontáneo y político* de la explosión de la lucha obrera, acaba sacando una confirmación a posiciones espontaneístas (negación de hecho del trabajo de organización y de dirección política); la otra, centrando en la incapacidad de desarrollo de la lucha en términos de toma del poder, ha lamentado la ausencia de un partido revolucionario en condiciones de ponerse a su cabeza. La primera interpretación queda desmentida por los hechos mismos. La segunda resulta interesante por su tipicidad, y se ha especificado de manera muy divertida en el pensamiento de "jefes" como Sauvageot, para quien era suficiente que se derramara cierto día una manifestación por los Campos Elíseos para "tomar el poder". El partido es aquí visto como una dirección externa, dotada de una lógica autónoma propia, que en un contexto de tensión social extremadamente aguda –la hora X– se "pone a la cabeza" del movimiento espontáneo y le indica el camino de la toma del poder. Lección que se deriva: el movimiento de masas existe, pero sin cabeza: hagamos el partido y coloquémoslo por encima del movimiento.

Justamente entonces nuestro juicio fue otro (y las implicaciones de ese juicio eran bien pesadas). En Francia no se planteó el problema de la toma del poder, sino el problema del poder. Y lo plantearon las vanguardias espontáneas y consistentes de las masas proletarias, no lo planteó una dirección externa. Pero la lucha proletaria espontánea

encuentra en su división y en su desorganización los límites insuperables de su fuerza *política y práctica*. El objetivo de esta fase es entonces la organización y la ligazón de las vanguardias de masa, es el objetivo de la extensión y de la continuidad de los organismos unitarios de base y de la ligazón de las vanguardias revolucionarias que los guían. Solamente así madura la dirección política general, y solamente así un conflicto de clases generalizado puede llevar a una situación de dualismo de poder y de destrucción del estado burgués. El problema no es ponerse a la cabeza de las masas, sino ser la cabeza de las masas.

El concepto de *vanguardia externa*, que hoy aquí pongo en discusión, tiene un particular y concreto relieve en nuestra experiencia de militantes del PO. El "Poder Obrero" nació de la iniciativa subjetiva de algunos individuos, acordes (se hace en lugar de decir) sobre un determinado discurso político, y que se proponían realizar sobre aquella base un trabajo de relación, formación y organización a nivel obrero (o no sólo obrero).

¿Era una "vanguardia externa"? De hecho, en muchas ocasiones, sí. En lo fundamental no, justamente porque uno no se proponía como embrión —todo lo minúsculo que se quiera— del partido, sino como un grupo de militantes dirigido a exigir las condiciones para la organización revolucionaria, y por lo tanto al servicio del desarrollo de formas de conciencia, de lucha y de organización de masa.

La historia del derrotero político cumplido por nuestro trabajo, una historia no lineal —en relación tanto a nuestros límites subjetivos como al peso de las enseñanzas que la realidad ofrece—, se mostraría rica de conclusiones, pero no es esta la oportunidad para hacerla. Sin embargo, hay un punto central al que es útil referirse: se trata del momento en que el discurso sobre la organización de base (sobre los "comités") se hizo colectivo y conquistó el primer lugar en nuestro trabajo. Ese discurso no se daba por casualidad, y tampoco era original. Se trataba del discurso sobre los "consejos", con toda su importancia en la historia del proletariado. Pero se volvía a proponer concretamente, y de manera nueva, como desarrollo del trabajo cumplido por los compañeros, y como resultado del análisis de experiencias fundamentales —la del movimiento estudiantil del mayo francés, las luchas obreras en Italia y, en una esfera más general, la revolución cultural. Ante este discurso las dos hipótesis siempre latentes en una actividad de grupo (y por lo tanto también en el "Poder Obrero": significativa era la oscilación de las autodefiniciones, desde "vanguardia externa" hasta "movimiento de masas" o el más cauteloso "grupo de compañeros"), se aclaraban de la mejor manera: por una parte, la identificación con el papel de "vanguardia externa" y su potenciación. Por otra, la posibilidad de actuar, a través del crecimiento del movimiento

de masas, como una *primera forma de ligazón de las vanguardias de masa.*

¿Que significa esta distinción, y en que sentido tal terminología traduce una sustancia política, y no es un cavilar ocioso?

Nosotros habíamos contruido una relación con los obreros (no hablo de los individuos, sino de la masa) fundada sobre dos elementos estrictamente ligados: a) la denuncia de la delegación burocrática en las organizaciones tradicionales, y la propuesta de la organización obrera autónoma; b) una línea política que partía de los problemas de la condición obrera para llegar a los problemas más generales de la lucha antimperialista, etc. El "éxito" de nuestro trabajo podía ser individualizado tanto en el crecimiento de la autonomía creadora de masa, como en una transferencia de la delegación de los sindicatos y partidos contrarrevolucionarios a nosotros, una "nueva dirección". En segundo sentido, hubiéramos gozado de la confianza de las masas, pero de la peor manera, con una intacta relación autoritaria, a pesar de los contenidos políticos distintos: hubiéramos sido de hecho "el partido", pero el mismo tipo de partido que nos proponemos abatir. Todo esto era evidente en las propuestas obreras, no raras por cierto, como: "Haced otro sindicato", "o "proclamad vosotros la huelga", o en la más genérica y difusa exigencia de la "organización". Es verdad que los obreros tienen el "sentido de la organización", pero es necesario reflexionar un poco sobre el particular. Y recordar lo que ya la Luxemburg le respondía a Lenin al respecto: "Lenin exalta la importancia educadora de la fábrica que haría al proletariado maduro desde el nacimiento por disciplina y organización. La disciplina en que piensa Lenin no es inculcada al proletariado sólo por la fábrica, sino también por el *cuartel,* aun por el moderno burocratismo, en una palabra por todo el mecanismo del estado burgués centralizado." Consideraciones que se han tornado más actuales por la lucha de los estudiantes, a la que hoy se agrega otra, y esencial: la de los decenios de práctica reaccionaria en virtud de la cual la organización ha sido impuesta al proletariado en los términos del carnet, del voto y de la adhesión ciega al aparato del partido. En esta situación, no es extraño que la tendencia a la "dirección externa" vuelva a abrirse continuamente camino. La respuesta no es: desorganización (en cualesquiera de sus versiones, comprendida la imaginación al poder) sino una distinta sustancia de organización. Cuando nosotros contestamos: "No es cosa nuestra proclamar la huelga" o "no nos proponemos formar un nuevo sindicato", no nos limitamos a negar el valor de una propuesta ("el nuevo sindicato") sino mucho más: que se conserve una relación pasiva, que se delegue en nosotros la decisión sobre estas cosas. Lo mismo rige para la propuesta: "haced un nuevo partido".

Si la interpretación del "Poder Obrero" como "vanguardia externa" es aceptada, entonces el problema de la formación del partido es

un problema de cantidad: cuando la "influencia" local de un grupo sea suficientemente amplia (?) o cuando una suficiente cantidad de grupos homgéneos (que se han autoformado o han sido generados por otros) cubran el territorio nacional o una porción suficiente del mismo (?), tendremos el partido. Si hasta hoy se ha dicho no a esta hipótesis, también es necesario explicar el porqué de la negación.

El desarrollo de la ligazón con toda una serie de situaciones proletarias, y el crecimiento del movimiento estudiantil han indicado una posibilidad decisiva para superar un rol de "vanguardia externa", aun de hecho, que, siendo cronológicamente inevitable, no por ello está destinado a perpetuarse. He dicho movimiento estudiantil, y de él es necesario comprender qué dimensión, actual y potencial, posee. Ese movimiento constituye el primer movimiento de masas con una perspectiva revolucionaria, no controlado por las organizaciones tradicionales. Aquí, a costa de repetir algo obvio, quiero aclarar que en tal sentido se habla de movimiento de masas (estamos habituados al "partido de masa" togliattino, el carretón electoral de opinión e interclasista; o al concepto de organización de masas" como organismos sindicales). Cuando se dice "de masas" no se alude a la amplitud cuantitativa (que por cierto es un aspecto de extrema importancia) sino a un carácter cualitativo del movimiento: el hecho de tocar a un estrato social, caracterizado por su ubicación en las relaciones sociales de producción (en este caso el estudiante) y a partir de aquella condición. El movimiento estudiantil ha dado el ejemplo de una contestación surgida de la condición particular de un estrato social proletarizado (excluido del poder y manipuleado a los fines del poder capitalista), que llega a chocar con la estructura de poder social total, y por lo tanto a colocarse en el terreno de la lucha revolucionaria. Hay, por cierto, en el movimiento estudiantil, una vanguardia, pero su lógica es absolutamente peculiar: se trata de una vanguardia no institucional e *interior* al movimiento. Ella tiene frente a sí misma dos problemas: a) el de no alejarse, el de volver a hacerse extraña al movimiento de masas, y aun de fecundar su crecimiento político y cuantitativo; b) el de ligarse con otras fuerzas sociales revolucionarias y en primer lugar (lógico, no cronológico) con los obreros, si no quiere llegar a la impotencia y a la derrota.

Todo ello no sucede "espontáneamente", ni a través de la adhesión a alguna "vanguardia externa". Todo ello plantea objetivos precisos de dirección política, de organización, en la vanguardia del movimiento, que es una vanguardia *interna y de masas* (y como tal interviene también fuera de la propia condición social inmediata, es decir como dirección no "externa" sino de un sector en lucha). La suerte de quien se ha propuesto al movimiento estudiantil como "vanguardia externa" es una historia significativa. El movimiento estudiantil no puede ilusionarse con eludir algunos de los problemas que se le plantean a una dirección política revolucionaria (ilusiones similares se

traducen en un formalismo seguidista, pasible de abundante ejemplificación) y que son los problemas de una justa teoría-praxis revolucionaria. Pero él ofrece por vez primera un terreno fundamental de verificación de la justeza de una línea revolucionaria: en el movimiento estudiantil se verifica en los hechos la relación vanguardia-masa que está en el centro de nuestro discurso. Por eso, es en primer lugar en el terreno del movimiento estudiantil, como *terreno político general,* donde hoy nos estamos midiendo. Al mismo tiempo, todo ello explica cómo la dirección política del movimiento estudiantil no es "el partido", vale decir la dirección revolucionaria general. Esta última no reside en la capacidad de desarrollar un discurso revolucionario general, sino en la relación que tiene con la lucha de las masas y con su organización.

La lucha obrera, la lucha campesina, son hoy formidables, pero permanecen prisioneras de la división, del control represivo de los partidos-sindicatos y de la desorganización. En esta situación, el objetivo revolucionario que se plantea no es el de ofrecer una referencia administrativa, el nuevo partido, sino el colocarse al servicio de la organización autónoma de las masas en los lugares de trabajo y a nivel social. La formación del partido es un proceso que pasa a través de una fase necesariamente.

Y aquí hace falta precisar rápidamente algo. Ponerse al servicio de la organización de las masas no significa la renuncia a desarrollar un papel político. Esta forma de "espontaneísmo" se halla efectivamente presente. Hay compañeros que sostienen en nombre del respeto a la autonomía de las masas (o, en otro ámbito, de la "base") la necesidad de no "prevaricar", de limitarse a proponer la auto-organización, el rechazo de la delegación, la creatividad. Estos compañeros representan el reverso homólogo del burocratismo contra el que polemizan: creen luchar contra quien se propone como dirección impuesta y externa, considerándose ellos mismos "externos", y eligiendo el camino del silencio, o el del seguidismo. Estos compañeros confunden el respeto a las masas con el desprecio a las masas, y olvidan que por cierto los patrones no tienen pudores semejantes cuando vuelcan cotidianamente sobre las masas su ideología criminal. La misma lógica lleva a un "respeto por la base", en el movimiento de masas, que hace coincidir al movimiento con su nivel más bajo de conciencia, bloqueándolo. En estos compañeros, la justa negativa a ubicarse como "vanguardia externa" se traduce en la negación total del concepto de vanguardia, y por lo tanto de dirección política. Aquí la respuesta de Lenin es definitiva: "olvidar el constante deber del grupo de vanguardia de *elevar* a estratos siempre más vastos hasta el nivel de la vanguardia, significaría sólo engañarse a sí mismos, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir dichas tareas". Respecto de nuestra situación, esto quiere decir que la relación correcta con el

movimiento de masas no excluye sino que acrecienta el empeño de dirección política, justamente en la medida en que no cristaliza su función en términos ideológicos o administrativos. Así, por ejemplo, no puede hablarse de los comités sin hablar de los contenidos de lucha de los comités; como no se puede luchar contra el sindicato o el PCI exclusivamente sobre la base de un discurso antiburocrático, o por lo contrario, ideológico: la relación del PCI con las masas es función de una estrategia contrarrevolucionaria, y viceversa. Lo que cuenta todavía es la relación que se establece entre elaboración estratégica y crecimiento de la lucha, de la conciencia y de la organización de las masas. Ante la ausencia de efectivas experiencias de masas —que sólo hoy tienden a desarrollarse— nadie puede autopostularse como dirección política general, pues las tareas de dirección política en y para el crecimiento del movimiento de masas son ineludibles. Esto debe ser dicho aun para quien justifica la fallida —hasta ahora— constitución del partido con un "retraso" de la teoría (no poseemos todavía una estrategia completa). La teoría, cuando se liga a la práctica social, no puede saltar sobre la cabeza de la lucha real: puede, es verdad, quedarse detrás de la lucha, y de ello debemos tener conciencia. Debemos aplastar tanto la teología teórica como la disolución del papel del estudio teórico en la praxis empírica cotidiana, y a este respecto la discusión en el PO ha proporcionado ya elementos útiles.

La prueba de la validez de estos recursos radica en los hechos. La creatividad concreta de las luchas de masas no puede ser negada por quien repare en la experiencia del movimiento estudiantil, de la lucha obrera en Francia, etc. (para no hablar de la revolución cultural). La lucha de masas no abre sólo un "más vasto" terreno de acción, sino que fecunda el conocimiento de la realidad, enriquece enormemente la capacidad de visión política. Y bastarían ejemplos más limitados y más cercanos a la práctica de cada uno de nosotros para demostrarlo.

A nivel obrero, en Italia, no tenemos todavía idea de ello: también en este sentido el movimiento obrero contrarrevolucionario es culpable no sólo de haber "conducido mal" las luchas sino de haber tronchado y ahogado por decenios la creatividad de las masas. Francia ha dado una idea (después de tantas "teorías" de la integración obrera) de aquello que las masas, por un momento libres de la tutela represiva de sus "representantes", están en condiciones de dar, y, también, por otro lado, de cómo la marca de decenios de deformación no se borra con un golpe de esponja.

En términos de organización ¿qué significa esto? En primer lugar, el rechazo de formas organizativas que se plantean como instrumentos de dirección política general (llaménse partido o no; véase el PC de Italia o el intento, ejemplar en su estupidez, de Falcemartello), y que

se distinguen por una centralización que es la decisión de un aparato y no el remate a un crecimiento político: si el término "oficina política" puede designar en cuanto tal las más diversas realidades políticas, en aquel contexto designa una concepción inaceptable de dirección ideológica vertical.

En segundo lugar, la ausencia de propuestas organizativas institucionales (unificación, federación, etc.) con grupos más o menos homogéneos, ligada justamente a la función de esos grupos. Si el problema no es el de prolongar partidariamente una dirección política dada porque ya existe, aunque desconectada, sino afirmar un método correcto y una elaboración que se enriquezcan de las distintas experiencias, lo que necesitamos es una relación constante de información y discusión y, eventualmente de iniciativa común, que puede ser asegurada por instrumentos más eficaces y menos equívocos.

Además, para definir un método justo, es indispensable una atención continua a la situación general de la lucha de clases y de las fuerzas que ella expresa: hoy el salto de calidad que se ha cumplido, y que avanzará con mayor intensidad, ofrece una situación nueva no sólo en el plano de la importancia objetiva asumida por el movimiento de clase, sino en el plano de la reapertura de la reflexión revolucionaria que ha impuesto a todos, con la fuerza suprema y distinta derivada del cotejo con una realidad tan rica en indicaciones y exigencias. La oscilación de las posiciones "revolucionarias" —a veces risible— corresponde a esta realidad de movimiento, y es un dato ambivalente: ella puede provocar un ulterior deterioro y debilitamiento, pero puede también volverse la ocasión más importante para una nueva y concreta crecida de la fuerza revolucionaria. Frente a esta situación y frente a los objetivos que ella plantea, muchos compañeros se inclinan a creer en la necesidad de ofrecer una referencia que extraiga su fuerza de una unidad de discurso llevada a coincidir con lo centralizado y compacto de la organización; son los mismos compañeros que mencionan como confirmación de esta necesidad, el fortalecimiento del PC de Italia en algunas zonas. Estos compañeros se equivocan. Lo que hoy aparece como una tendencia vencedora es el signo de una debilidad real, en perspectiva. Los éxitos inmediatos de proselitismos organizativos se corresponden con el distanciamiento respecto de los procesos revolucionarios reales. Cuanto menos valen carreras por la organización institucional, tanto más se hace necesaria una presencia política general, y la organización que esta requiere, en una situación de movimiento que no se da en la búsqueda de referencias externas, sino que trabaja en la definición interna de una línea y una organización propias. El "localismo", que era la opción justa e inevitable de dos años atrás, ya no puede ser justificado.

Esto rige con mayor razón en cuanto a las objeciones de los compañeros que dicen: "Pero nosotros dejamos así a otros la ventaja

de presentarse como representantes exclusivos de la revolución cultural". Y esto es verdad, si se considera que la revolución cultural nos sirve para darnos un prestigio exterior capaz de llamar la atención. Pero es falso si se ve que justamente las enseñanzas de la revolución cultural van contra la lógica de un maoísmo visto como incentivo de ventas. Es necesario decirlo, porque hoy la fuerza de la experiencia china actúa pesadamente entre nosotros en su práctica deformada, en la carrera del esloganismo, en el propagandismo de mala calidad, en el partidismo malentendido (lo que vuelve a proponer el problema mismo de las relaciones directas con los compañeros chinos).

Máximo empeño en suscitar ocasiones e instrumentos generales de información, análisis y elaboración común; máximo empeño por la unidad de acción; máxima flexibilidad y autonomía de las formas organizativas, en lo que no hay ninguna contradicción. Si estamos de acuerdo en que nuestro objetivo es el crecimiento de la lucha de masas y la mayor calidad política de su dirección, debemos estar de acuerdo en que ello sucede solamente secundando y no frenando la autonomía y la variedad de las experiencias, y reforzando al mismo tiempo la discusión y la decisión común sobre su significado, sobre sus perspectivas. La centralización debe ser el fin progresivo de la coordinación teórica y practica de las luchas, y no su cubierta exterior. Esto no lleva al formalismo, por el cual resulta "incorrecto" tener relaciones directas, que van desde el intercambio de información hasta el acuerdo político con grupos, sectores de movimiento, compañeros, etc. Pero lo que queda en pie es que la formación de la dirección política pasa a través de la confrontación en el terreno del movimiento de masas, entendido justamente como terreno político general, y que por lo tanto cubre en su problemática, el ámbito íntegro de la acción de clase.

A esta altura, se hace necesario enfrentar dos problemas de decisiva importancia: el primero, definido como el de la "represión". Si no nos damos una organización centralizada ¿cómo podemos responder a la inevitable represión? Sería demasiado fácil contestar que se está más expuesto a la represión en cuanto la estructura es más centralizada. La centralización organizativa es aquella que expone más a la debilidad ante la represión. La organización descentralizada, en el sentido de la autonomía, de la responsabilización, del intercambio de los militantes a todos los niveles, es la que mejor garantiza contra los desbandes. El discurso sobre la centralización organizativa asume un relieve distinto si lo llevamos a otro terreno, esencial: el de la capacidad que en todo momento debemos cuidar, de enfrentar al enemigo en cualquier condición que nos pueda imponer, comprendida la de la lucha ilegal o la de la lucha armada. Pero se trata de un discurso a considerar de manera completamente distinta en cuanto al anterior. Y

hay, en fin, una posterior determinación de las posiciones "centralistas", que dice: "De acuerdo en cuanto al significado de la línea de masas, pero existe también el problema de la toma del poder: es decir, el problema del choque directo con el aparato estatal burgués, el de su destrucción y sustitución". Frente a posiciones antiautoritarias ricas en análisis y en propuestas, pero que corren a veces el riesgo de ignorar el problema específico de la lucha por el poder, el problema del aparato represivo interimperialista, para reducirlo al de la contestación y la crisis creciente de las instituciones en que se funda el problema, mucha razón tiene quien insiste sobre este punto. Pero tiene razón sólo en caso de no ignorar a su vez todo el proceso de lucha política de masas a partir de la cual, únicamente, puede desarrollarse una centralización eficaz. Todo lo dicho sobre Francia sirve de ejemplificación.

Y vayamos al segundo punto. De vez en cuando, en la discusión, surge la afirmación de que la organización tiene como criterio su funcionalidad. Dicha afirmación es la más peligrosa que se pueda imaginar. Funcionalidad no quiere decir nada (y quiere decir todo) si no es funcionalidad respecto de algo. En el límite, un límite históricamente superado, la organización se vuelve funcional de sí misma. Para nosotros, la organización debe ser funcional a la maduración política de los militantes, al crecimiento de la conciencia de masas, a la afirmación de la idea del poder —que es la negación del poder burgués— y por la cual luchamos. Para dar un ejemplo, por lo común burdo, los comités pueden ser vistos por nosotros de dos maneras: como experiencia de maduración de la democracia proletaria o como organismos intermedios de movilización "más eficiente" de parte de una dirección política externa. La concepción de la vanguardia de masas es la única que liquida (en la práctica, no en el "estatuto") ya la superposición del partido a las masas, ya el espontaneísmo caprichoso que hace de la auto-organización un mito paralizador. Se trata aquí, verdaderamente, de "creer en las masas", en sustancia, de creer en el socialismo. Se trata de comprender que el poder no se toma "por cuenta" del proletariado y de la humanidad, sino que es el proletariado el que toma el poder. El hombre nuevo no nacerá cuando la victoria sobre la estructura capitalista haya creado las condiciones para ello: nace en la lucha contra el capitalismo, hoy.

Hay quienes hoy quieren hacer revivir a Lenin, y lo embalsaman. Se hace mucho ruido contra quien juzga que el partido leninista no vale como modelo para nosotros. Si extendemos un poco el discurso se verá claramente el formalismo de esta reacción. Nosotros hemos dicho cosas, respecto al sindicato, que con el "modelo" leninista nada tienen en común. ¿Se cree acaso que la teoría del sindicato es indiferente respecto de la concepción leninista del partido? ¿O más bien se sigue viendo "al partido leninista" como un sagrado monstruo intocable?

Hay quienes hoy quieren sacar conclusiones de la revolución cultural, y las dan vuelta. La revolución cultural, se dice, ha confirmado el papel de guía que tiene el partido. Es cierto, pero ¿de *qué* partido? ¿Con *qué* relaciones con las masas? ¿Con *qué* proceso de formación histórica?

Nosotros, hoy, tenemos un objetivo, que es el de construir en la lucha de las masas la dirección revolucionaria organizada: no el de hacer "reconocer" una dirección revolucionaria existente. El "partido de cuadros", entendido como la organización de militantes "profesionales", ideológicamente formados sobre la base de un programa y de una disciplina estatutaria, no nos toca. También aquí las cosas que hemos dicho en el pasado sobre la "formación de cuadros" pueden ser útilmente vueltas a meditar.

Espero que todo lo dicho motive el sentido de mi afirmación de que el PO está destinado a morir: algo puede agregarse, que éste era su destino desde su propio nacimiento. Y ello no porque se acepte un discurso sociológico sobre el "grupismo", según el cual el grupo minoritario es naturalmente negativo y deformante. Este discurso sirve sólo para hacer olvidar el problema esencial: *cómo* actúa un grupo. Cuando los grupos se asignan un papel de dirección política cristalizada, de "conquista" de las masas, actúan en función burocrática y conservadora (sectarismo, proselitismo mezquino, tacticismo, ostentación estúpida, son los aspectos más notables de esta desviación). La misma estructura del grupo se consolida entonces en una forma que hace coincidir el carácter compacto de la "línea" con la rigidez del aparato, y la expansión política como expansión del aparato. Pero cuando un grupo actúa provisionalmente de acuerdo a una correcta visión de la relación con las masas, es un elemento progresivo y fecundo. Y la aparición de "grupos" será todavía, para una cierta fase, inevitable, en situaciones que por ausencia o por incapacidad temporaria el movimiento de masas y su vanguardia interna no están en condiciones de cubrir.

Deseo agregar algunas consideraciones. La discusión ha partido ocasionalmente de algunas proposiciones sobre organización formuladas por un compañero. Puede observarse que esas proposiciones no se dirigían a resolver en un sentido preordenado los problemas de fondo que luego fueron afectados, y de ello estoy absolutamente convencido. Pero estoy convencido también de que es justo llegar a esta extensión. Ya porque, y lo hemos dicho, estos problemas no podían ser evitados más; ya porque, y se trata de una opinión que la discusión deberá verificar, en el discurso que sostenía aquellas propuestas los problemas de fondo quedaban implicados. La definición del PO como vanguardia externa, la proposición de una federación de grupos, salvo una interpretación distinta, se aventuraban a dar a la oficina política un significado que iba más allá del práctico

inmediato. Así la fórmula Lenin + Mao puede implicar una posición correcta, pero deja abierto el camino a cualquier interpretación. En la larga discusión que tenemos por delante todo ello debe ser aclarado. Puede suceder que no estemos de acuerdo (no que haya dos posiciones, sino que haya muchas): pero por lo menos debemos saber sobre qué y por qué.

Me reservo la presentación de algunas proposiciones prácticas que derivan de este discurso.

UNA CARTA DE LUCIANO DELLA MEA

Cuando se habló por vez primera de la oportunidad de realizar un encuentro nacional de determinados grupos políticos, se lo hizo sobre la base de una primera serie de contactos con algunos de esos grupos, sobre los cuales aquellos compañeros que los establecieron se encargaron de informar luego en Pisa. La decisión para el encuentro fue tomada también como reacción negativa a una proposición de encuentro nacional, con un acento hacia una posible salida federativa a breve plazo, hecha el 11 de mayo pasado por el grupo milanés de Falcemartello. Pero no era esta la razón principal. La razón principal estaba en la marcha de las luchas estudiantiles y de una serie de sectores obreros, con aspectos a veces explosivos y, en la mayor parte de los casos, del todo independientes de una acción política directa llevada desde afuera; aunque no debe excluirse una influencia directa de tal acción. En más de un caso la lucha era también, más o menos conscientemente, una crítica explícita o implícita al partido y al sindicato. De aquí la necesidad de aprehender este momento y su previsible continuidad, de profundizarlo y de extenderlo, de darle una base organizativa que asegure verdaderamente su continuidad al mejor nivel político, gracias a una acción que ligue de manera permanente las vanguardias externas existentes o en formación con las vanguardias internas, de escuela y de fábrica, en los servicios y en el campo, que las luchas habían determinado o podían determinar.

De este modo el encuentro no se planteaba como una mera ocasión para una organización formal de las vanguardias externas, sino sobre todo como una ocasión necesaria de verificación práctica de las posibilidades y de los métodos de intervención para obtener, a través del cotejo y de la discusión de las experiencias hechas o programadas, lo que llamamos una *homogeneización del método de intervención*, vale decir, en sentido político, una homogeneización de una correcta relación práctica entre la vanguardia y las masas.

Sobre este punto, entonces, el acuerdo de los compañeros fue unánime. Estábamos persuadidos de que no se podía prevaricar con una teoría abstracta de la organización, del partido en suma, el nivel

real de las luchas; que no se podía remplazar, en particular con una discusión política más general, el movimiento de masas. En definitiva: el encuentro no tenía el objetivo de unir a las vanguardias a través de una medición de su nivel político general, sino que se proponía multiplicar, si era posible, una manera correcta de intervención y de participación en las luchas, para que se extendiera una justa relación entre vanguardias y masas; y este era un paso necesario, no formalista y no vanguardista, hacia una más amplia organización política en el futuro.

Por esta razón, se convino entonces que el encuentro tuviera un solo punto en el orden del día, es decir la experiencia de intervención de las vanguardias en el movimiento obrero, en el movimiento estudiantil, a nivel social, y eventualmente en el movimiento campesino. No queríamos, sin embargo, que el encuentro tuviera un carácter meramente informativo, sino una salida, un resultado político que los hechos en curso en Francia y en Italia, y la reflexión crítica sobre nuestra experiencia local debían ayudarnos a definir cada vez mejor.

Por efecto de la práctica se había llegado a considerar con mayor precisión la relación vanguardia-masas, no negando en absoluto como no necesaria o equivocada la acción totalmente externa realizada por la vanguardia en dirección de las escuelas y de las fábricas: donde es necesaria, porque de movimiento espontáneo no hay rasgos; una acción de este tipo sigue siendo todavía válida como acción inicial de ruptura, y en los hechos es actuada; pero reconociendo la calidad política de ciertas luchas en el interior del mismo movimiento, de masas, *reconociendo un papel político al movimiento de masas* y entonces, por extensión, criticando la vieja concepción del movimiento de masas como "cinta de transmisión".

En términos políticos y organizativos, este reconocimiento debía traducirse en la práctica en el objetivo de los comités, entendidos correctamente como integradores en última instancia del movimiento íntegro de masas en su acepción proletaria, ampliada también a categorías sociales que de tal acepción objetiva están asumiendo o pueden asumir conciencia (ingenieros, técnicos, empleados, maestros, médicos); pero constituidos en la práctica por *núcleos de vanguardia internos al movimiento de masas* por la formación espontánea o, con mayor frecuencia, con el empuje o la ayuda de la vanguardia externa, en nuestro caso del "Poder Obrero".

Finalmente se comenzaba a entrever un camino justo, *correspondiente al nivel y al alcance político de las luchas* y a los cambios acaecidos en las relaciones de producción y sociales luego de un determinado desarrollo del capitalismo: la vanguardia interna, embrión del comité debía asumir el objetivo de la dirección política de las luchas en las situaciones particulares, hallando un sostén sistemático en la vanguardia externa, una relación necesaria, el instrumento político para unir la lucha particular a la lucha general en las

distintas articulaciones. Se entiende que esta relación en la práctica no puede ser generalizada abstractamente, porque pueden darse casos en los que la dirección política de la lucha puede y debe ser asumida por la vanguardia externa; pero la tendencia es la ya citada y, teniendo también presente que el objetivo de la vanguardia interna a un movimiento de masas específico no puede ser sectorial, puede y debe ampliarse en una ligazón *directa* con los embriones de comité y con los comités de otros sectores para decisiones políticas comunes, de las que la vanguardia externa asume la coordinación para la ampliación y extensión de las luchas, para su eventual articulación, para la construcción de las necesarias bases de apoyo, para la propaganda, la autodefensa, el socorro, y así de seguido.

Parece evidente que todo esto no excluye, sino que por el contrario exalta el papel de la vanguardia externa, ubicándolo todo en el interior de una línea de masas. Un papel no desmentido por la excepción de circunscritos pero generalmente efímeros episodios de espontaneidad a alto nivel político, en los cuales el movimiento de masas es él mismo la vanguardia política por lo que hace en su específico lugar de intervención, en relación más o menos consciente con la revolución y la construcción de una sociedad distinta. En realidad, más que a un movimiento de masas en su integridad, aún estas excepciones inauguran una vanguardia interna a tal movimiento. Las acciones consiguientes, como la práctica lo demuestra, terminan agotándose e interrumpiéndose si permanecen aisladas largamente. Para no quedar aislados, es necesario el instrumento de conjunción, la conciencia política general y la organización política general, el partido justamente. Pero un partido que crezca no sobre sí mismo, sino dentro de la línea de masas. En este aspecto, es una mera ficción hablar del partido como del producto espontáneo de las masas: la relación entre el exterior y el interior es dialéctica, y el momento unitario es la lucha de la que depende el salto cualitativo y cuantitativo del conjunto.

"Nosotros somos los peces —dicen los compañeros chinos— y el pueblo es el agua de la vida para nosotros. Nosotros no cabalgamos en la grupa del pueblo, sino que nadamos en él". Donde hay un "nosotros" y un "ellos", y hay a la vez la unidad del movimiento y de objetivo.

Este estadio no es, a mi parecer, típico de la sociedad china "retrasada", pues tiene una validez universal. Que en las sociedades de capitalismo avanzado exista una situación distinta de esta, y por lo tanto una necesidad también distinta, no es cosa demostrada. Entre nosotros lo ha intentado Carlo Donolo privilegiando la situación de los países de capitalismo avanzado —que en realidad tienen diferencias notables— con un socialismo que, según creo, sirve de cobertura al viejo racismo y a la acostumbrada soberbia intelecutal. No sólo él, en

este privilegio general, ha privilegiado después al movimiento estudiantil respecto del movimiento proletario general, liquidando, con artificios verbales, las divisiones de clase y la ideología dentro del movimiento estudiantil mismo: para terminar, diría cansinamente, luego de páginas y páginas de complicadas reflexiones, en la que por cierto no faltan anotaciones interesantes, con esta bella petición de principio: "Tanto más imperioso es entonces el desarrollo de una adecuada conciencia política en los miembros del movimiento, para reducir en la mayor proporción posible los ideologismos y los provincialismos. Tanto más necesaria la claridad en el consentimiento sobre la línea estratégica, sobre la cual todos deben converger. Por esto se deben intentar (sic) formas de colaboración entre grupos distintos que lleven a una relativa homogeneización política". Ah, si todos los hombres fueran buenos...

Para nuestro "Poder Obrero" la salida realista de una actualizada relación con los movimientos de masa no debería constituir en lo más mínimo una sorpresa, sino una razonable y previsible mira, en cuanto se evite, justamente, inventar. Es decir que salimos o saliremos de oscilaciones que acaso no eran evitables, justamente porque no se trata sólo de no inventar, ni de retornar al pasado, a la tradición, al marxismo puro, al leninismo puro, ni tampoco recitar letanías maoístas.

Se trata de conocer, y se conoce actuando y criticando la acción para conquistar una teoría válida. Podemos recordar, por ejemplo, sin intención polémica alguna, el período en que a la duda espontaneísta con que Vittorio Rieser ha caracterizado permanentemente la acción o la inacción consiguiente de los "Quaderni rossi", la reivindicación sumaria y apresurada del leninismo opuesta por algunos de nuestros compañeros años atrás, desembocó en una búsqueda totalmente externa y muy formal de unidad y de organización nacional de grupos o de compañeros de intenciones revolucionarias, y hasta en la designación, aunque provisional, de un ejecutivo de tal organización, obviamente muerto al nacer.

Nuestra misma discusión sobre la semana de 40 horas pagada por 48 no podía, si lo pensamos bien, salir del ámbito de la discusión, porque se planteaba en las intenciones o, de hecho, de manera exterior a la situación social: no nacía en el movimiento de masas, no encontraba una vanguardia política propia e interna capaz de llevarla adelante: eso sí, era reconocida como una necesidad objetiva que podía hallar eco favorable en una parte de los obreros, pero que llegaba a la fábrica desde afuera o no llegaba siquiera, porque la vanguardia externa seguía eternamente externa, y en general se limitaba a dictar en volantes, palabras de orden externas y a formular críticas a los sindicatos internos.

Con posterioridad, si mal no recuerdo, la lucha encendida por los estudiantes en un momento en que se afirmaba, en términos formales,

el "prestigio externo" de "Poder obrero", llevó a considerar que el "Poder obrero" podía ser realmente la "rama buena" del partido de mañana; y "Poder obrero" se volvió, aún por efectos de las erradas interpretaciones ajenas, una suerte de centro inspirador al que terminaban haciendo referencias experiencias o intenciones ajenas en distintas partes de Italia.

Se trataba de un error, porque el punto de referencia de toda vanguardia que lucha por hacer la revolución y vencer no puede ser ella misma para sí, o la vanguardia cercana, sino la masa. Aun el problema de la burocracia, que sin embargo necesita impedimentos concretos, se resuelve en cuanto se asume la conciencia histórica de que, quien se aleja de las masas, quien se privilegia a sí mismo respecto de las masas, está destinado a fracasar. Irá adelante aún diez, viente, cincuenta años, pero es seguro que fracasará. Hace dos mil doscientos años, un viejo filósofo chino dijo: "El pueblo es el agua y el jefe es la barca. El agua puede sostener la barca, pero también puede hundirla." Y así sucede cuando el "jefe" o el partido o la vanguardia se levanta de las aguas o confunde una palangana con el mar.

Justamente cuando se pensó en el encuentro nacional, habíamos entrando en una fase crítica de nuestro trabajo. Se estaba planteando, aunque confusamente, el problema de la superación de un estado de inmadurez en la relación, digamos así, vanguardia-masa *dentro* del mismo "Poder obrero". Sobre este punto, podemos sacar de Carlo Donolo algunas cosas justas, aunque acaso un tanto escolásticas. Hablando de la relación vértice-base dentro del movimiento estudiantil (pero con mayor razón el problema interesa a un grupo como "Poder obrero"), Donolo sostiene que "la situación 'trabajo y discusiones colectivas' es el encuadre metodológicamente correcto para superar el círculo vicioso, en cuanto permite el aprovechamiento colectivo del saber-poder de algunos miembros, y al mismo tiempo la crítica permanente del monopolio de autoridad a él ligado". Donolo reconoce sin embargo que esto no basta, y enuncia el deber, de parte del vértice, "de intervenir conscientemente para hacer cumplir un salto cualitativo a la base". Es decir, él invita a la "prevaricación" como experimento, distinguiéndola esforzadamente de la manipulación de la base, que vuelve "siempre más difícil una toma de conciencia de parte de la base", aún porque "los dirigentes mismos son fáciles víctimas de la ilusión de la creatividad y la indispensabilidad de su propio papel".

En la práctica —en nuestra práctica— cuentan mucho ya sea la conciencia de la necesidad de una milicia revolucionaria desinteresada por definición (y entonces también la modestia, la gentileza, el respeto y el afecto a todo nivel de las relaciones entre los militantes), ya la unidad del vértice. Cuando —como sucede— la unidad desaparece

en el vértice, y se vuelve arduo establecer si es por motivos políticos, y en cuánto lo es, o bien por antiguos motivos humanos; cuando en el vértice se enciende una lucha o una riña que puede convertirse en una disputa entre "mandarines", según la verdaderamente vieja y ciega praxis acomunista que bien conocemos de la historia del movimiento obrero con las únicas importantes excepciones de Lenin y de Mao, entonces el propósito de Donolo se revela abstracto, otra petición de principio, y el problema de la relación vértice-base (problema de hoy y de mañana), queda por resolver. Y yo creoque no se puede resolver sino en el sentido de una sistemática extensión del trabajo y de la discusión colectiva, y a este respecto con la división en grupos se ha dado un paso hacia adelante. Pero podemos precisar mejor, en la práctica, este gradual objetivo que tiene otras motivaciones importantes que he tratado de precisar en intervenciones precedentes: trabajo, discusión, estudios colectivos sí, con el resultado de elevar el nivel político de las asambleas y de mejorar nuestra intervención; pero también *educación de cada compañero, de todos los compañeros, en la responsabilidad política del vértice.* Mi proposición de oficina política partía de manera realista de esta necesidad, y no he hallado hasta ahora en otras proposiciones una objeción teórica y prácticamente convincente; la oposición evoca el espectro burocrático de la cristalización, pero yo creo en la rotación. En ausencia de ello tendríamos igualmente una dirección política "espontánea" que el mismo Donolo prefigura asumida de vez en vez, en el movimiento estudiantil, por los compañeros más capaces y más ricos de ideas. Que sea; mientras tanto, en el movimiento estudiantil asistimos a la cristalización de los mismos jefes, los Rieser, los Bobbio, los Viale, los Rostagno, los Bassetti, los Spada, los Boato, los Russo, los Sofri y así sucesivamente.

El encuentro nacional, entonces, se inscribía en este cuadro y dentro de estos límites. Pensarlo como una oportunidad de verificación política significaba, en realidad, circunscribirlo al interior de la lógica de los grupos, y en la práctica inutilizarlo a nivel de academia o de suma de poderes y de prestigios. Considerarlo como la ocasión para la primera piedra organizativa significaba pensar en el partido en términos tradicionales (no entiendo cómo puede ser que algunos compañeros han podido asociar mi remota y vaga hipótesis de una federación, aventurada en el modo en que la había aventurado, como una imposición para el próximo encuentro). Pero es probable que todo esto no estuviera claro si, a medida que se avanzaba, ampliando sobre todo el orden del día de los trabajos, se han vuelto más vagos y confusos su objetivo y su valor. De aquí también el problema falso de a quién se invitaría y por qué.

Nosotros, desde un comienzo, habíamos decidido que se invitara a aquellos grupos y compañeros que habían roto con las organizaciones

tradicionales justamente porque las organizaciones tradicionales tienen una relación equivocada, socialdemócrata o estalinista, con las masas. También se había decidido excluir a todas las fuerzas "entristas" o neoentristas que, cualesquiera fueran sus teorías, perpetúan un equívoco del que nada de bueno ha surgido hasta ahora. Me refiero no sólo a los declinantes grupos trotskistas, sino también a los "clase-obreristas" del tipo de los de Venecia, para quienes es útil recordar una reciente iniciativa "revolucionaria" en las declaraciones verbales, criptocomunista, rossandiana en los hechos, como los compañeros Melazzini y Cazzaniga están en condiciones de recordar; y aun, me refiero a la llamada "izquierda" del PSIUP, a propósito de la cual algunos entre nosotros pueden reivindicar un conocimiento pertinente. De la misma manera se excluyeron las organizaciones marxistas-leninistas (entonces había más que ahora) porque, aparte de cualquier otra consideración, nosotros constituimos la crítica militante de ellas sobre todo en lo concerniente a la relación vanguardia-masas, concebida por nosotros de modo justo, coherente con las premisas teóricas chinas y por ellos, en cambio, de modo erróneo, formalista, ideologizante (aunque nosotros no ignoramos que, quizá por el reclutamiento de no pocos militantes jóvenes, existen allí signos de crítica interna que no podríamos dejar de mirar con satisfacción y esperanza, es decir intensificando nuestro modo de hacer).

Luego de estas exclusiones, se entiende, no queda mucho. Pero lo poco que queda, podría acaso permitirnos la obtención del resultado que el encuentro se proponía: persuadirnos y persuadir sobre la base de la experiencia directa, de la reflexión sobre ella, en suma, de una justa relación entre práctica y teoría, que nuestro modo de llevar adelante una línea de masas, a la que hemos llegado creciendo en el trabajo y que, a mi parecer, constituye la más válida conquista teórica por nosotros hecha, es válida. Y, alcanzado un acuerdo teórico sobre este punto, examinar y decidir las iniciativas prácticas, posiblemente sobre la base de las urgencias de lucha previsibles, para volver en todos lados operante, y en todo lo posible correctamente operante, ese modo de intervención, aun mediante la multiplicación de los encuentros bilaterales, del intercambio de compañeros, de iniciativas comunes.

Si el objetivo es este, y nosotros estamos convencidos de que debe ser el objetivo, y también estamos persuadidos de que esta iniciativa puede abrir un proceso hacia la formación de una vanguardia política nacional legitimada exclusivamente por la relación real que las distintas vanguardias lograrán establecer de manera autónoma con los movimientos de masa, este objetivo debe ser declarado abiertamente. Aun retomando una proposición que hice en una asamblea reciente y que en parte fue acogida y realizada, hasta debe discutirse primero con los distintos grupos y compañeros a quiénes se quiere invitar.

Hecho esto, no hay ninguna objeción a hacer asistir al encuentro a quién se quiera. No digo, en realidad, que no se pueda ser tan persuasivos como para inducir a otros grupos y compañeros, alejados de estos problemas y hasta prevenidos contra nuestras soluciones, a que se los planteen finalmente o a que los consideren desde otro punto de vista, determinando saludables crisis políticas. El sectarismo, si pensamos bien, es a menudo el producto de la inseguridad en las ideas y en los objetivos. Cuando por lo contrario se está seguro de lo que se quiere, uno está más fácil y convenientemente abierto a cualquier disponibilidad previsible o sólo auspiciable: de otros grupos y movimientos, como de compañeros y grupos de las organizaciones políticas tradicionales.

Es oportuno, al respecto, hacer otra consideración. El hecho de que los grupos a que nos proponíamos invitar tengan límites o revelen una escasa o precaria homogeneidad política no tiene, a mi juicio, una gran importancia: importante es la ruptura inicial que ellos han hecho, por gruesa que resulte su motivación y por insuficiente que resulte la primera experiencia de trabajo político. De todas maneras este es un aspecto a verificar a fondo en el encuentro mismo, y no *a priori*, sobre la base de valoraciones subjetivas de este o de aquel compañero, aunque él sea el más perspicaz del mundo. Se trata también en este caso, de tener y de dar una solución colectiva a un problema, no olvidando que a más de uno, entre nosotros, nos ha sucedido en los últimos años el cambiar de opinión sobre los problemas de nuestra acción política. Yo creo que estos cambios de opinión deben atribuirse también a nuestra inseguridad e inestabilidad estratégica, difícilmente evitable. Por cierto que no se puede interpretar por mucho tiempo la situación social y de clase (quién es nuestro amigo y quién nuestro enemigo) que está en movimiento, sino históricamente, en un movimiento de arco amplio, variando frecuente y caprichosamente sus términos, a riesgo de la manipulación ideológica de la realidad misma.

Pero dicho esto, en el curso de la búsqueda "estratégica" como es también la nuestra y a la que yo sigo considerando *no inmediatista* sino sustancialmente correcta (de la práctica a la teoría y a la inversa), se debe tender por lo menos a no dar constantemente un valor absoluto al último cambio. Será útil, creo, la duda; por lo menos, que podrá darse de allí en adelante el cambio del cambio y dar entonces tiempo al tiempo. Esta precaución es necesaria si recordamos distintos episodios de nuestra experiencia. Citaré sólo uno de ellos. A su tiempo, nosotros apreciamos con generosidad y apresuramiento al grupo de compañeros que en Torino se había separado justamente de los "Quaderni rossi", cansado del hamletismo político-organizativo de Rieser. También luego de los hechos del verano y el curso de la huelga en la Fiat, este

grupo siguió apareciéndonos como validísimo. A poco, en cambio, el grupo torinés perdería todo título de mérito por estar destinado, un poco demasiado unilateralmente, a la disolución. Pero el grupo no se ha disuelto y continúa su propio trabajo, aun ha hecho aparecer el primer número de un periódico cuyas posiciones, aun cuando no nos gustan o no nos persuaden, no pueden ser consideradas rígidas e inamovibles. Me parece, entonces, que más allá de las impresiones subjetivas de determinados compañeros, es útil efectuar una verificación política sobre un punto decisivo de nuestra acción y de nuestro desarrollo, el de la relación vanguardia-masas. El encuentro debería tener también este objetivo, tanto más en cuanto él no se inscribe en un predeterminado esbozo organizativo (¡no nos encontramos para comprometernos o casarnos ni tampoco para federarnos!). El objetivo del encuentro, cuando fue concebido, es ver si es posible —y cómo— volver claro, extendido, preciso y homogéneo el modo mejor de combatir al enemigo, para liquidar gradualmente el equívoco revisionista y para llevar adelante eficazmente nuestra guerra de larga duración (no para organizar una suerte de explosión soreliana).

Mientras tanto, me parece importante que la práctica y la discusión en Ravenna y en Pavía, por lo que he podido saber de ellas, hayan llevado a aquellos compañeros a enfrentar nuestros mismos problemas teóricos, prácticos, organizativos. Tomemos también a estos como modelos limitados de la realidad, pero reconozcamos que son modelos de valor. Por ello, el objetivo de que, por virtud propia, por efecto de un esfuerzo autónomo, pero también con la ayuda recíproca, se creen en Italia varios "Poder obrero", muchos "Poder obrero", que intervengan de a poco en las luchas y en los movimientos de masas de manera homogénea, será hasta un objetivo parcial, hasta aparecerá como una pequeña cosa respecto de las necesidades generales, figurará de manera más modesta en cuanto a los exaltantes tumultos que a veces caracterizan la vida y la acción de *una parte* del movimiento estudiantil y de *una parte* del movimiento obrero y campesino; pero a mi parecer es el objetivo justo para construir en profundidad y para crecer sólidamente, para hacer el partido y el movimiento de masas de la revolución, desde que sin el partido, sin un partido determinado por las mismas necesidades de los movimientos de masas, sin un partido ligado establemente con las masas, no se hace la revolución.

Sobre la necesidad del partido querría decir todavía algo, retomando ciertos puntos, para un análisis, enunciados ya otra vez y a los que no es posible enfrentar aisladamente. Se trata de puntos puestos en discusión en los grupos pero nunca discutidos, más algunos nuevos.

1. El análisis con que Donolo niega la necesidad del partido está restringido el movimiento estudiantil y, a mi parecer, es erróneo aun en lo concerniente al movimiento estudiantil. Considerado en el plano

histórico, tal análisis podría por extensión quedar condensado en la consigna "todo el poder a las masas" o "poder de masas". Estamos más allá de la consigna leninista "todo el poder a los soviets", que tampoco ha sido realizada. Donolo justifica su posición con un sociologismo superficial y con la consideración economicista de que nosotros estamos en países de capitalismo avanzado: tenemos entonces una situación social profundamente distinta respecto de la de los países en que los partidos comunistas han conquistado el poder, aquella, en suma, de países socialmente avanzados aunque políticamente retrasados. El Lenin de *Europa retrasada y Asia avanzada*, el Lenin de *Mejor menos, pero bueno;* el Mao Tse Tung de *El viento del este prevalece sobre el viento del oeste*; Fanon y Malcolm X, Castro, etc., son superados así de un salto, aunque de un salto libresco.

Me pregunto en definitiva si la realidad italiana, sobre la base de una precisa valoración de quienes son y cómo son nuestros amigos, permite tal salto, más allá de la misma crítica sobre las razones de por qué ni siquiera la consigna "todo el poder a los soviets", que conservaba el principio de cierta delegación, fue realizada, y ciertamente no por mera responsabilidad del partido bolchevique o porque Lenin murió demasiado pronto o porque Trotski no tenía aptitudes políticas suficientes. Nosotros debemos enfrentar esta realidad italiana partiendo del dato estadístico, que nos da un porcentaje de población estudiantil respecto del total, un porcentaje de población agrícola, hasta ahora preminente en Italia meridional e insular, un porcentaje de población industrial preminente en Italia septentrional, un porcentaje de población terciaria en Italia central, y luego, descomponiendo este dato en sus efectivas articulaciones sociales y culturales. Una mera tentativa de invención, que refiriera por analogía la tesis de Donolo derivada del movimiento estudiantil al movimiento obrero y campesino, sería suficiente —más allá de toda una serie de reflexiones útiles que son en realidad las dedicadas a aspectos prácticos— para volverla digna de discusión en el hospital de Gorizia.

2. La afirmación de la necesidad de una vanguardia externa (en última instancia el partido) y de una vanguardia interna al movimiento de masas (el comité o el soviet) está determinada por la comprobación de que el verdadero poder de las masas está en la existencia de las masas mismas. Acaso deba precisarse que "el único criterio para determinar la pertenencia de clase (y entonces ser un miembro de las masas) debe ser el basado sobre las relaciones de explotación" directa o indirecta, para el trabajo productivo como para el trabajo improductivo, para el trabajador de fábrica como para el trabajador de sector terciario, etc. El verdadero poder de las masas está en la existencia de las masas mismas: opongo esta comprobación a la utopista y falsa reivindicación para las masas de la gestión directa del poder,

aun reconociendo, por una ley dialéctica que jamás desaparece, que tal comprobación no tiene un valor absoluto y es reiteradamente desmentida *en los momentos de gran tensión revolucionaria* cuando las grandes asambleas proletarias intervienen directamente y de manera sistemática, es decir ejercen directamente el poder.

Pero más allá de esta tensión, que no es eterna, haya llevado o no ella al poder, se restablece una situación por la cual el poder de decidir es nuevamente delegado. El partido es el producto de esta necesidad; el comité o el soviet son el producto de esta necesidad. El hecho de que sea una fea necesidad, porque la vanguardia termina por manifestar, al nivel del poder que ejerce, la contradicción entre su propia predisposición desinteresada (servir al pueblo) y el egoísmo, por lo tanto el privilegio, no varía las condiciones realistas de la necesidad misma. Y no puede ser de otra manera si se considera que la politización integral es propia de una minoría de hombres, en suma de vanguardias. También nosotros tenemos, en "Poder obrero", casos de mayor o total compromiso político, típicos de los revolucionarios profesionales, los casos de los Moreno, los Piterostefani, los Gattai, los Brogi, los Sofri; y algunos de ellos, de manera absolutamente comprensible, son llevados a censurar empeños más atenuados o esfumados y a desear una igual "heroica" disponibilidad integral, aun tratándose de un deseo irrealizable y aun debiendo aceptar lo que cada uno puede dar.

Más allá de la tensión, entonces, la delegación, en cualquier modo que sea dada o aparezca de hecho asumida, vuelve a funcionar, y el campesino sobre todo, pero también el obrero, el empleado, el técnico, el literato, el estudiante (que en general han dejado de ser campesinos hace poco tiempo y que del campesino conservan poderosos residuos ideológicos), recuperan junto al interés político o por encima de él, toda una serie de intereses particulares que vanamente podríamos atacar y criticar. El compañero Sebastiano Timpanaro ha analizado bien este aspecto de la condición humana: el sentido de la muerte, el amor, el juego, en suma toda una serie de instintos personales no son eliminables, por lo menos por ahora, en la mayor parte de los hombres, y limitan la aplicación social de los hombres mismos y aun la esperanza de una felicidad total: en definitiva, dan límites al comunismo, y cualquier hipótesis científica o social para un futuro previsiblemente lejano no es fuciente para hacer superar las concretísimas situaciones del presente (...)

Los límites indicados —si de límites puede hablarse y que, repito, tienen una retornante contraposición dialéctica entre sí, como lo sabe todo el que haya combatido en la última guerra— son particularmente vivos e identificables en el llamado "mundo campesino". Ahora, creo que el aún intenso proceso de proletarización, que ha incrementado fuertemente el número de obreros y terciarios, y el desarrollo capitalista

como consecuencia también de la lucha de clases, que ha liquidado en amplia medida la figura del intelectual ochocentista, no han eliminado todavía el "mundo campesino" de la conciencia de los proletarios. Pero también cuando ese "mundo" sea eliminado, atenuado con la consiguiente atenuación de ciertos aspectos individualistas, seguiremos haciendo las cuentas con toda una serie de motivos particularistas por los cuales los límites a un empeño político integral, es decir los límites a un ejercicio integral de democracia directa en una determinada fase histórica, subsistirán. Son los límites derivados del hecho de que el hombre es un ser mortal, que se enferma, se enamora, se divierte, se habitúa, se casa, tiene hijos, etc. No podemos por ello imaginarnos un mundo al nivel del movimiento estudiantil de Donolo o un mundo poblado por Guevaras, como para hacer referencias a una valoración crítica.

El hecho nuevo que me parece ver, respecto a la situación existente en tiempos de Lenin, no está tanto en la desaparición –gradual desaparición– del intelectual de esos tiempos que, negando su propia condición originaria de clase, se convertía en un revolucionario de profesión e intervenía desde afuera por medio de una serie de "cintas de transmisión" para derrotar, gradualmente, al anarquismo y al tradeunionismo típico de la condición de base de los explotados; sino que está en el proceso de proletarización en acto, en el cual está envuelto, hasta la anulación, el intelectual tradicional, y que alimenta abundantemente de cuadros y militantes las vanguardias externa e interna. El espacio ideológico cubierto en un tiempo por el intelectual burgués, hoy es ocupado por la radio, la TV, la publicidad, en suma la industria cultural de masa, y el intelectual deja de ser tal, en el sentido antiguo del término, y, al tener que integrarse, *objetivamente se proletariza*. De este estado de cosas pueden derivarse consecuencias interesantes como por ejemplo la revuelta de los técnicos, de los periodistas, etc., que a menudo anticipan remplazan a las de los obreros. Según Boggs, y en ello de acuerdo con Marcuse, los técnicos están a la vanguardia de las luchas en los Estados Unidos, y este hecho probablemente debe buscarse aún en la conciencia de decualificación que siente el intelectual, arrojado hacia abajo del papel que le era propio en el 800 y hasta hace poco tiempo. En época de Lenin el intelectual traicionaba a la propia clase por un mero proceso de maduración ideológica o de reacción moral, y también aprovechando de la autonomía ideológica que le era concedida por el sistema. Se convencía abstractamente, luchaba por "valores" que en el fondo extraía del mismo "autónomo" bagaje ideológico. Hoy la autonomía está casi acabada. Se podría deducir de ello que todo intelectual es todavía más burgués o que el intelectual está proletarizado y entonces potencialmente es un rebelde porque es explotado y está subordinado. Incluso más: que el proceso de integración forma una sola cosa con

el de proletarización. En concreto, nosotros debemos reparar en las situaciones de hecho y no olvidar los elementos subjetivos. En concreto, por ejemplo, no podemos olvidar la formación de una aristocracia proletaria de los intelectuales que en un país como el nuestro, todavía retrasado en no pequeña parte, tiene un vasto campo para privilegiarse conformándose con las ventajas obtenidas como contrapartida de la pérdida de la "autonomía" ideológica, del papel tradicional.

Cuando en cambio el "intelectual" se rebela, en realidad no traiciona ya a la propia clase, sino que defiende sus propios intereses, que son comunes a los del proletariado en general. El intelectual reconoce así su propia condición de explotado, de víctima de la división del trabajo.

¿Pero por esta razón desaparece totalmente el esquema leninista? Ello no sucede ni siquiera en los países de capitalismo avanzado, por todas las causas ya especificadas. De una más difundida proletarización puede derivar y se deriva una más difundida politización, y la figura del revolucionario profesional no se distingue ya como antes de la zona de su intervención. Enseñando, aunque fuera desde lo alto, a "disparar contra el cuartel general", Mao Tse-tung ha dado una demostración práctica de la novedad de los tiempos, anticipando en China, casi en los límites del aventurerismo, sobre la realidad social y económica, basándose en el elemento político, cultural, para resolver correctamente determinadas contradicciones en el pueblo, entre el partido y las masas, y determinadas contradicciones antagónicas entre revolución ininterrumpida y residuos de la ideología burguesa. Es esta situación nueva lo que nos hace considerar al partido de manera distinta, y lo que justifica la línea de masas. Es esta situación nueva la que puede permitir aprehender, cosa que en Francia ha fallado, la tensión revolucionaria, para traducirla en acto organizativamente, para unificarla respetando las articulaciones autónomas, haciendo de ella un arma poderosa a través de los que llamaría también entre nosotros "comités revolucionarios" de base: comités concebidos como centros de decisión política formados por los representantes de la vanguardia externa (partido), por los representantes de los movimientos de masas (los hombres de los comités) y, en perspectiva, por los representantes de las fuerzas guerrilleras. Lenin, en suma, es corregido y actualizado por la historia, en lo que tiene también gran papel el fracaso del estalinismo y de la socialdemocracia, pero no al extremo de privilegiar, sobre la base de un sociologismo idealista, la situación de los países de capitalismo avanzado, proponiéndose remplazar al partido por el movimiento de masas.

3. El tercer punto es una consecuencia. La debilidad del enemigo de clase no está en la rígida disciplina y en la férrea organización de sus instrumentos represivos y agresivos, desde la policía hasta el ejér-

cito. Esta disciplina y esa organización son su fuerza —aun tratándose de la fuerza de un "tigre de papel". La debilidad del enemigo está en contradicción entre la ideología pacifista de consumo, hedonista, y la necesidad permanente de la violencia; entre la internacionalización del capital y la nacionalización de su ideología integradora (el plan económico); y está también en la contradicción entre los altísimos costos de las inversiones bélicas y la economización hasta lo posible en cuanto concierne a la fuerza-trabajo destinada permanentemente a la represión y a la agresión.

A la fuerza del enemigo nosotros podemos oponer la acción antiautoritaria en todas partes, junto a la que parte de las condiciones materiales, insistiendo en los puntos débiles de su organización del consentimiento y de la manipulación. Pero esto no basta. Nuestra previsión no consiste en que el enemigo, por efecto de nuestra acción de masas, paulatinamente terminará en la impotencia y morirá o escapará a Suiza. Nuestra previsión es que el imperialismo, si no el particular capitalismo nacional, tiene todavia fuerzas para combatir y también agrede. Yo no creo, por lo tanto, que por los objetivos que esta previsión comporta, pueda justificarse la necesidad de una organización con su mera funcionalidad, si esto significa que la necesidad de una función, como más o menos espontáneamente viene a manifestarse en la lucha de clases, determina la exigencia de la organización, a satisfacer cada vez en cada lugar. Yo creo que también nosotros necesitamos un ejército permanente en el sentido político, aun maoísta del término. Esta exigencia no puede ser satisfecha sino por los comités revolucionarios entendidos tal como decíamos arriba, es decir como el producto de una línea de masas en el interior de una situación social dada. La experiencia nos enseña además que esta organización tiene una marcha gradual: valga por todos el ejemplo de Mao cuando, contra su mismo partido, fue a la campaña y empezó a organizar sobre la base de una estrategia justa, la fuerza revolucionaria. Nosotros no tenemos que ir a la campaña, pero el método sigue siendo bueno, y las proposiciones ya sea del encuentro, ya sea para nuestra organización interna, todas convergentes al fin aquí ilustrado, no querían ser otra cosa que los primeros pasos en tal dirección. Por ello las confirmo.

ROMANO LUPERINI (Intervención)

Esta intervención se presenta como una serie de observaciones al margen de la de Sofri. He preferido este método, ya sea por que juzgo a la relación de Adriano (aun no estando de acuerdo con ella) como un momento de extrema importancia en la historia de "Poder obrero", y una tentativa realmente seria y meditada de reflexión

del pasado y de proyecto estratégico del futuro, ya porque no me considero en condiciones de desarrollar un análisis autónomo y orgánico sobre el problema debatido (relación vanguardia-masas, partido, etc.). Preciso además que la referencia crítica a las posiciones de Adriano no tiene, naturalmente, ninguna intención polémica, sino que con ello me resuelvo sólo a enunciar una serie de dudas en vista de un esclarecimiento personal —pero acaso también para otros compañeros.

El discurso de Adriano gira inicialmente alrededor de dos puntos básicos, que son dados por adquiridos, afirmados más que demostrados. En el lugar de las demostraciones aparecen ejemplos: es verdad que los ejemplos en general son llevados a completar y a corroborar una argumentación que en este caso en cambio falta, pero es verdad también que los ejemplos aportados quieren tener una carga de persuasividad tal que sería idiota no tomarlos en consideración y más idiota todavía no tomar en consideración o subestimar los puntos básicos cuya validez quieren demostrar estos ejemplos.

Estos dos puntos son: 1) la conciencia política no está fuera de las masas, está ya en las masas, de modo que el esquema leninista (por el cual tal conciencia es llevada desde afuera por la vanguardia) no rige más; 2) los intelectuales no pertenecen ya a la clase dominante y entonces el esquema de Lenin, en virtud del cual ellos traicionarían a su clase pasándose al proletariado y conquistándolo ideológicamente, tampoco regiría en este caso. Para sostener la primera posición se formula el ejemplo de las luchas francesas; para sostener la segunda, el del movimiento estudiantil.

Examinemos el primer punto. Las actuales luchas de masas probarían que la conciencia política en las masas existe, y tan verdad es que ellas han superado espontáneamente el tradeunionismo. Esta afirmación, a mi parecer, no corresponde a la verdad si es tomada en absoluto y si se habla genéricamente de masas. Sería demasiado fácil y demasiado hermoso, y los desmentidos son dados aún por la práctica social de cada día. Esta afirmación adquiere en cambio un aspecto más aceptable si en lugar de hablar de masas se habla con mayor corrección de clase obrera y de intelectuales proletarizados (estudiantes), y si limitamos nuestro discurso a algunos grandes episodios de la historia más reciente de los países capitalistas (mayo francés, luchas estudiantiles, etc.). Con estas declaraciones y limitaciones podemos aceptar el discurso de que en ciertos casos y en algunas situaciones el choque de clases se ha situado fuera del tradeunionismo. Pero ¿por qué ha sucedido esta superación del tradeunionismo?

La respuesta a este porqué es de fundamental importancia, pues según cómo se responda quedará liquidado el concepto leninista de vanguardia. Diría que esta respuesta puede ser dada teniendo en cuenta dos factores: uno objetivo (o económico), el otro subjetivo.

El objetivo, creo, ha sido aclarado (si entendí bien) por la inter-

vención de Barcella: hoy no existirían los márgenes para el capital de hacer una política de concesiones, y para los obreros, entonces, de llevar adelante instancias tradeunionistas. Las guerras imperialistas, la rebelión del Tercer Mundo, las exigencias de racionalización capitalista en Europa (ya para integrarse en el capital americano a su nivel de desarrollo, ya para tener una función competitiva con él), liquidan todo margen de lucha tradeunionista. Surge de ello que todo encuentro es directamente de obreros-patrones: es inmediatamente choque político si no por la toma del poder, por el poder. Este análisis de Barcella en cierto sentido completa e integra el discurso de Sofri (a cuyas mismas conclusiones llega), le da una referencia económica objetiva.

Pero este análisis es justo sólo como línea de tendencia general en una perspectiva muy amplia y no se puede olvidar que está ligado a la hipótesis de una intensificación de las luchas antimperialistas, luchas que pueden tener también pausas y desaceleramientos. En cambio, no es justa como cosa absoluta y a breve plazo. Y aquí el ejemplo de Francia se vuelve contra quien lo ha invocado. Los muy notables aumentos de salarios obtenidos por los obreros franceses demuestran que los márgenes de una lucha tradeunionista existen todavía y que aún grandes victorias de tipo tradeunionista no tocan la fuerza del capital. Sería entonces equivocado medir la situación del capitalismo internacional sobre la base de la experiencia local toscana, donde el tipo de organización capitalista no tiene una elasticidad tal que permita amplios márgenes de concesiones y de lucha tradeunionista. *La superación del tradeunionismo en las luchas más avanzadas, como las francesas, no puede entonces ser explicado por objetivas razones económicas* que volverían en cierto sentido fatal la necesidad de un choque político con los patrones.

Pero admitamos todavía —aunque sea por absurdo— que esta explicación es válida en absoluto e inmediatamente. Es decir, admitamos —a manera de hipótesis— que por razones objetivas la lucha obrera no puede ser sino lucha política. El problema entonces se plantea en estos términos: aceptando que este análisis es justo, ¿será justa también la liquidación del concepto leninista de vanguardia? Respondería: no.

De acuerdo a este análisis basado en elementos objetivos, la conciencia política espontánea (luego será necesario ver cuánto de "espontánea" tiene) estaría en condiciones de superar el tradeunionismo justo porque está obligada a ello *objetivamente*. ¿Pero en qué medida se halla en condiciones de articular una táctica y una estrategia? En otros términos se dice justamente que estas luchas espontáneamente políticas han sido (por ejemplo en Francia) luchas por el poder y no por la toma del poder. ¿De qué modo se dará el pasaje de la primera fase a la segunda? A la primera fase (choque directo e inmediato con

los patrones) se estaría obligado por motivos objetivos, es decir por la falta de márgenes tradeunionistas, pero no se está obligado por motivos objetivos a llegar a la segunda fase, de la fase de "servir a las masas" a la otra de "guiar a las masas" (según esa correcta praxis de plantear de manera dialéctica y no autoritaria la relación vanguardia-masas, sobre lo cual hablaré después), y en suma a llegar a la victoria.

Además se podría observar que aceptando hasta el fondo y llevando hasta sus términos extremos la tesis de Barcella se podría llegar a decir, al final, que toda vanguardia, sea externa sea interna, es inútil. Si fatalmente, por condiciones objetivas, el choque no será tradeunionista, sino político, si espontáneamente la lucha obrera es ya lucha política por el poder ¿qué sentido tendría cualquier acción dirigida a provocar un proceso que por otra parte es inevitable? Tampoco puede responderse que esta acción se torna indispensable por la presencia de las fuerzas reformistas que proponen una línea tradeunionista: si en los hechos esta línea es derrotada desde la partida por las cosas mismas, una obra de contestación meramente ideológica tendría poco sentido, o ninguno.

Como paréntesis podría agregarse también que, llevando a las lógicas consecuencias el discurso de cuantos sostienen que el proceso de maduración política de las masas es tal que se hace posible la formación de una dirección de parte de una vanguardia interna y por lo tanto el nacimiento de un dualismo de poderes generado por las masas mismas, nos arriesgaríamos no sólo a liquidar al Lenin de *¿Qué hacer?*, sino también al de *El estado y la revolución*. Si la represión capitalista no es más que la cubierta externa de una situación que ve órganos de poder descentralizados y desde abajo, difundidos en todos los estratos sociales y en todas las instituciones, y capaces de dirigir políticamente todos los movimientos de masas, el choque con el aparato represivo ya no tendría razón de ser: es en definitiva la misma sociedad capitalista la que permitiría en su interior, a todos los niveles, el nacimiento de un dualismo de poderes que lentamente pulverizará el sistema. Se pierde en suma la noción de conflicto entre las clases; al extremo de que se podría dar la hipótesis hasta de un tránsito indoloro hacia el poder (ya no tendría sentido siquiera hablar de *toma* del poder). El sistema capitalista no sería sino una cubierta externa levantada poco a poco (negación de la hora X) por el lento hervir de la olla revolucionaria, que se autocalentaría progresivamente. La sociedad socialista estaría en suma ya lista y preparada bajo la corteza de la capitalista. Bastará que poco a poco, a través de una serie de "crisis políticas"(?), esta corteza se gaste y el juego está hecho. La hipótesis de la larga marcha a través de las instituciones amenaza ser instrumentalizada en esta dirección (no sólo antileninista, sino antimarxista) por todos aquellos (ver Donolo) que hoy proponen el fin del partido (o lo admiten sólo para los países subdesarrollados,

evidentemente incapaces de un autogobierno y "menos civilizados").

Pero la superación del aspecto tradeunionista por algunas luchas obreras se explica, también, como lo he señalado, a partir del aspecto subjetivo de la cuestión, aspecto que sería equivocado subestimar.

Se dice: ya no son los intelectuales quienes llevan desde afuera la "conciencia" a los obreros; significa, entonces, que la conciencia de las masas existe de por sí y el esquema leninista ya no es válido.

¿Pero qué ha cambiado desde tiempos de Lenin? Diría que ha cambiado sobre todo la situación mundial desde el punto de vista revolucionario. En la época de Lenin el intelectual que traicionaba a su propia clase y llevaba la línea justa al proletariado representaba la única posibilidad de superar un política tradeunionista: la lucha por pasar de economía a política requería la mediación (y la dirección) constituida por el intelectual tránsfuga. El intelectual revolucionario que constituía la vanguardia era entonces el único punto posible de referencia política de la clase obrera, el único portador de una línea política revolucionaria. Hoy ya no es así: hoy existen zonas liberadas, existen revoluciones socialistas en marcha, existe en suma una vanguardia externa a nivel mundial representada por los vietnamitas, los cubanos, los chinos. El interlocutor de la clase obrera ya no es el intelectual tránsfuga, que, traicionada su propia clase de origen, se presenta ante las fábricas a explicar la línea revolucionaria, sino la acción y la propaganda castrista y china, la radio, la televisión, los otros instrumentos de comunicación de masa que traen, aunque sea de manera torcida y mistificada, la noticia de que en distintos lugares del mundo el sistema de los patrones ha sido derrotado.

Negar la presión y la validez de esta vanguardia externa a nivel mundial en el crecimiento de maduración política de las clases explotadas me parece algo imposible; no por nada la explosión francesa y los movimientos estudiantiles europeos aparecen en los años de la guerra vietnamita y de la revolución cultural. Pero ya para una, ya para los otros no debe olvidarse la acción, aún fragmentaria y episódica, de vanguardias externas locales, directamente producidas por la presión de la lucha antimperialista a nivel mundial y por las mismas contradicciones del sistema —vanguardias que por algo fueron puestas fuera de la ley por De Gaulle en Francia y dotadas de una indudable capacidad de incidencia sobre la problemática del M. S. en Italia (pensemos en la polémica antirreformista y antiparlamentaria, en la negación de la coexistencia pacífica y del camino italiano hacia el socialismo, etc.).

Si todo ello es justo, se sigue que el crecimiento de la vanguardia externa a nivel mundial y aun a nivel nacional y local influye sobre la conciencia política de las masas e influiría tanto más cuanto, en el futuro, por motivos objetivos, si de verdad se desgastan los márgenes

de una política tradeunionista, la encontrará más espontáneamente dispuesta a recibir su discurso.

El segundo punto básico se refiere a los intelectuales: ellos, según la tesis de Sofri, no pertenecerían ya a la clase dominante, no vendrían ya desde afuera, tránsfugas a ella, a llevar la línea justa a la clase obrera: se debería deducir de ello que los intelectuales ya están proletarizados y disponibles para la revolución, como lo probaría la explosión de M. S.

Está claro que también este discurso debería ser profundizado (no basta naturalmente postular una tesis: hay que demostrarla); pero, a mi entender, se trata de un discurso bastante justo. El intelectual hoy no se ha vuelto el intelectual "orgánico" de que hablaba Gramsci, sino el intelectual orgánico al proceso productivo y al sistema capitalista. Ha perdido el margen de (seudo) autonomía ideológica que el sistema le concedía en el 800 y sobre el cual fundaba su propio prestigio, y se ha integrado en el sistema productivo. Al proceso de integración y de explotación de fuerza-trabajo intelectual ha seguido un proceso de proletarización con la completa pérdida de la autonomía ideológica ("autonomía de la cultura"), la decualificación, etc. Es cierto que a veces, sobre todo en los países retrasados como el nuestro, puede formarse una verdadera aristocracia "obrera" de los intelectuales, pero en general allí donde el proceso de integración es más avanzado (como en Estados Unidos), justamente allí el proceso de proletarización y de decualificación ha sido tal que ha llevado a los intelectuales a la primera línea en la lucha subvertidora del sistema. Baste el ejemplo de Boggs (ver en particular la entrevista a *Quaderni piacentini*) para quien en los Estados Unidos son los técnicos y los estudiantes el único estrato social que puede ser el natural aliado del proletariado negro.

¿Pero es justamente el discurso de Boggs (que en este caso coincide con el de Marcuse y que en parte es aceptable dentro de su rigidez excluyente de la clase obrera sólo si se lo limita a la sociedad norteamericana), o, mejor, el discurso que postula la no validez de la definición leninista de los intelectuales como "representantes cultos de las clases dominantes", el que postula la no validez del esquema leninista de la vanguardia? A mi parecer, no.

No, porque no es sobre la base de la connotación sociológica de la vanguardia que se puede recnazar el concepto leninista de vanguardia.

Y no, también, por las razones antedichas: por una parte, ha sido la vanguardia externa a nivel mundial (los vietnamitas) y también a nivel local (el Black Power que ha planteado en términos urgentes el problema no sólo del poder sino el de la toma del poder), ha sido esa vanguardia la que ha hecho madurar este proceso de evolución política de los intelectuales norteamericanos, que de una situación de protesta "liberal" o individualista –típica de los años entre las posguerra

y 1965– ha pasado o está pasando a una situación de lucha abierta contra el sistema común a la de los otros explotados. Por otra parte, una vez más la vanguardia externa se plantea como trámite necesario para la lucha por la toma del poder. En otros términos: por una parte, la figura del intelectual externo que lleva la línea justa, ha desaparecido, pero ha sido remplazada, como fundamental punto de referencia, por la presión de la revolución en marcha, por una línea política de lucha anticapitalista y antimperialista que tiene en las tierras liberadas ya sus concretos puntos de apoyo y en los militantes que adhieren a ella y que constituyen las distintas vanguardias locales sus primeros fundamentos; por otra parte, el creciente proceso de maduración política impone siempre a plazo más corto no sólo el problema del poder, sino el de la toma del poder y por lo tanto el del papel insustituible de la vanguardia, que *no estará ya constituida por intelectuales tránsfugas, sino que estará formada por todos los militantes que han alcanzado el nivel de la conciencia revolucionaria y que, por este solo hecho, se plantean como vanguardia* respecto de quienes no han alcanzado esa conciencia (porque la conciencia revolucionaria pasa a través de las masas, no es patrimonio axiomático ni de la clase obrera ni, menos aún, de las masas en general). Lo que cuenta no es la connotación sociológica de quienes constituyen la vanguardia, sino la relación que debe existir entre esta y las masas: a Lenin se lo acepta o se lo rechaza no sobre la base de esa connotación sociológica, sino sobre la base de esta relación.

A esta altura es indispensable aclarar qué se entiende por vanguardia externa y qué se quiere decir cuando se reconoce su oportunidad. Y bien rápido agregar que tal oportunidad es reconocida por nosotros no sobre la base de los "textos sagrados" o porque Lenin en sus tiempos la haya definido como indispensable.

La vanguardia externa se plantea como necesaria ante todo para una correcta práctica social; es indispensable en sí –para cualquier grupo que quiera hacer trabajo de fábrica, o entre los estudiantes o entre los campesinos–, aun prescindiendo del problema del partido. Es en suma una necesidad práctica para el trabajo o mejor dicho para un estilo correcto de trabajo. No por nada Sofri mismo debe admitir que el PO ha sido "de hecho" una vanguardia externa, aunque en principio y en la teoría se negara a este papel. Esto no ha sucedido por azar. "De hecho" no podía dejar de ser así en el pasado y ni podrá no seguir sucediendo en el futuro. La composición misma del PO (estudiantes, obreros, en perspectiva campesinos, etc.) representa un conjunto de militantes que participan en movimientos de masa distintos (obrero, estudiantil, etc.), pero que están unificados por ideas bastante homogéneas y sobre todo por un homogéneo método de trabajo (ideas y métodos evidentemente no determinados mecánicamente por su presencia en los distintos movimientos de masas), se

reúnen en lugares distintos respecto de los de los movimientos de que forman parte como particulares, intervienen con un periódico que no es expresión de ninguno de los distintos movimientos de masas. Este conjunto de compañeros no es una vanguardia interna al movimiento estudiantil, ni es una vanguardia interna al movimiento obrero: es algo más y también diverso, es la síntesis política de la experiencia obrera, estudiantil, campesina, etc. Y cuando se habla de síntesis política se define algo cualitativamente distinto de la suma mecánica de las distintas vanguardias internas. Esta síntesis política es (o debería ser) la expresión y la consecuencia de una estrecha dialéctica entre el grupo y los movimientos de masas, entre el grupo en su conjunto y las vanguardias internas de los movimientos de masas, de las cuales forman parte también los militantes individuales del grupo.

Formulemos un ejemplo. El año pasado, a iniciativa del PO, fueron proclamadas huelgas de estudiantes medios, dos de las cuales (la segunda y la tercera) fracasaron. La vanguardia interna al movimiento medio (estudiantes, aun simpatizantes del PO, profesores también militantes del PO), se había mostrado contraria a las tres huelgas, que fueron impuestas desde el exterior por el PO *como grupo* en su conjunto (y no evidentemente como suma de los estudiantes y de los profesores en contacto con los estudiantes medios). Las huelgas, queda dicho, fracasaron, y desde entonces no hubo ningún auténtico contacto con la masa de los estudiantes medios. Es un episodio ejemplar en su negatividad en cuanto a un método incorrecto de plantear la relación vanguardia-masas (...)

Mao sostiene que una vanguardia se vuelve burocrática no porque ejerce un rol directivo, sino porque lo ejerce incorrectamente en la práctica social: justamente esta falta de corrección hace que "la obra de dirección se vuelva burocrática, escindida de las masas". La aparición de la burocracia deriva en suma de un incorrecto estilo de trabajo, basado en una relación no dialéctica, dogmática, entre la vanguardia y las masas. "La actividad del grupo dirigente solo –dice Mao– tendrá como único resultado, si no encuentra el modo de combinarse con la de amplias masas, los inútiles esfuerzos de un puñado de personas, pero, por otro lado, la actividad de amplias masas, sin la presencia de un sólido grupo dirigente, que organice oportunamente esta actividad, no podrá resistir mucho tiempo, ni desarrollarse en una correcta dirección, ni alcanzar un nivel más elevado". La obra de dirección general externa debe estar basada en una relación vanguardia-masas, mediada por una vanguardia interna a las masas, vanguardia interna que a su vez debe estar constituida también por elementos directivos insertados en los movimientos de masas. "Ningún dirigente –agrega Mao– está en condiciones de asegurar la dirección general de todas las unidades que dependen de él si no adquiere una concreta

experiencia de trabajo en unidades particulares, con determinadas personas, sobre determinados problemas".

Entonces: "Partir de las masas para volver a las masas". Lo que significa: partir de las exigencias de las masas explotadas, interpretarlas, traducirlas en una táctica y una estrategia, verificar esta táctica y esta estrategia en la práctica social y en el contacto con las masas. En suma: "venir de las masas y retornar a las masas", a través de un estilo de trabajo que tiene en el filtro de los dirigentes (la vanguardia, el partido) su propia condición indispensable. Y esta relación dialéctica es hecha hipótesis por Mao no sólo en la acción que debe acompañar a la toma del poder o en la dirección de las masas, sino justamente también como estilo de trabajo, como instrumento de una correcta práctica social.

Si todo esto es justo, se deriva que el maoísmo debe ser nuestro punto de referencia teórica por lo menos en la medida en que lo ha sido de hecho o lo es tendencialmente en nuestra acción práctica. Si la fórmula de Luciano, Lenin + Mao, quería señalar este estilo de trabajo, esta fórmula no indica sino el maoísmo y acaso sería más claro y oportuno hablar lisa y llanamente de maoísmo (...)

Pero a esta altura la polémica de Adriano contra "el esquema que ve la relación partido-masas en los términos: lucha obrera (económica en sí), organización económica de los obreros (sindicato); control del partido (conciencia externa) sobre la organización económica (cinta de transmisión) y por lo tanto sobre la clase", si es justa y oportuna contra cierto chinoísmo nuestro, local (estalinista y burocrático), cae en el error de dirigirse contra un blanco fácil: hoy se nos juzga a partir del maoísmo, sobre la manera maoísta de plantear la relación vanguardia-masas: a esta manera (que por lo menos tendencialmente, creo, ha distinguido el trabajo práctico desarrollado por el PO hasta ahora), planteada a nivel teórico por las intervenciones de Luciano, es necesario darle una respuesta y no a un esquema "leninista" que siempre ha resultado extraño a la práctica del PO y que nadie, espero, se propone volver a sugerir.

Si no hay peligro de una "relación autoritaria" entre nosotros o la vanguardia y las masas, si la relación vanguardia-masas teorizada por Mao es aceptada por nosotros, deriva de ello que el problema del partido es ante todo un problema de estilo de trabajo o, más exactamente, el problema de una generalización de un correcto estilo de trabajo. A medida que tal estilo de trabajo crezca en cantidad y calidad, se ramificará en las distintas situaciones, hará crecer la madurez de las masas provocando el nacimiento y la multiplicación de sus vanguardias internas, avanzaremos siempre más hacia la construcción del partido. Pero si no tiene sentido construir un partido sin un contacto con las masas, es decir sin practicar el estilo de trabajo

maoísta, es necesario decir también que el partido no nace de las masas espontáneamente, sino que puede nacer solamente del soldarse de las distintas vanguardias externas unidas por un mismo correcto estilo de trabajo con las vanguardias internas a los movimientos de masas. No se tratará de todas maneras de un nacimiento espontáneo, objetivamente necesario, sino de una decisión subjetiva de carácter político que implique la elección de la madurez del momento y de las condiciones subjetivas y objetivas.

Ver en cambio el nacimiento del partido como "unificación" de las distintas vanguardias internas, como "centralización" dependiente de un "proceso de lucha política de masas" significa tener una idea espontaneísta del nacimiento del partido. ¿Cómo podrán unificarse las distintas vanguardias internas? ¿Habrá por casualidad una "federación de las vanguardias internas? En realidad no se ve cómo las distintas vanguardias internas, ligadas a situaciones diversas, y a diversos niveles de conciencia política, y referidas cada una a movimientos distintos (obreros, estudiantiles, campesinos, empleados, hasta de paracaidistas) pueden llegar a superar la sectorialidad de su punto de vista y de su misma experiencia práctica, sin un punto de referencia, de estímulo y a la vez de síntesis externa a ellas. En la realidad nosotros obervamos hoy que en el mismo M.S., aún bastante homogéneo, las distintas vanguardias internas son completamente incapaces de llegar a una homogeneidad de dirección política y de intervención, ligadas como están a situaciones locales diversas y a distintos planteos ya a nivel teórico, ya a nivel de trabajo práctico o de estilo de trabajo. No sólo dentro de cada vanguardia interna existen además divisiones y fricciones a menudo profundas y lacerantes. Si existe tal incapacidad a nivel de un solo movimiento de masas, y cualificado además por una homogeneidad (edad, intereses, elevada politización, completa disponibilidad personal) no fácilmente dable en otras condiciones sociales, todavía menos convincente aparecerá la hipótesis de una espontánea unificación de vanguardias internas ligadas a movimientos diversos y de golpe, no se sabe cómo, capaces de superar sus divisiones, que sobre todo a nivel teórico no pueden ser subestimadas; de autopersuadirse hacia una misma táctica y una misma estrategia, de suicidarse y anularse en una "centralización".

Va de suyo que todavía menos claro aparece cómo puede producirse el proceso de "centralización" entre vanguardias internas que deberían ser institucionalmente fluctuantes y organizativamente descentradas.

Contradicción esta, que se revela también en una oscilación característica de todo el informe de Adriano: ora habla de "vanguardias no institucionales", que son internas a los movimientos de masas y no se proponen dirigirlo (porque la dirección debe ser colectiva y descentralizada), ora habla de la necesidad de una "dirección política" actuada

por las mismas vanguardias internas. Por una parte se formula la hipótesis de una organización descentralizada que realizaría "la autonomía, la responsabilización, el intercambio a todos los niveles", de manera de no delegar en nadie sus decisiones; por otra parte, se afirma, en cambio, en la dirección opuesta, que "las tareas de dirección política en el crecimiento del movimiento de masas y para él no se pueden eludir", que t l dirección política debe ser asumida por las vanguardias internas (¿y los otros participantes en el movimiento de masas que quedan fuera?), que las vanguardias internas deben unificarse y centralizarse.

Tal contradicción nace en realidad del esfuerzo de conciliar dos posiciones que en el esquema de Adriano quedan —y no puede ser de otra manera— opuestas entre sí: el espontaneísmo, el autogobierno, la renuncia a la delegación, por un lado; la necesidad de una dirección política centralizada, por el otro.

El camino para resolver las alternativas de la contradicción es uno solo, el indicado por Mao y la revolución cultural y que se basa en la relación dialéctica entre el momento de centralización y de síntesis (la vanguardia externa, el partido) y el momento autónomo de proposición y de verificación desde abajo (los soviets, los consejos, los comités de base), relación, entiéndase bien, que si ve en el primero de los dos términos el momento en general directivo (y de coordinación general) no excluye que en particulares circunstancias la tendencia se vuelque a favor del segundo término, como ha sucedido en la revolución cultural (pensemos en la triple alianza que dirige prácticamente el poder popular en China).

"En términos de organización" inmediata el discurso de Adriano significa, *negativamente*: 1) rechazo de la idea de una oficina política en cualquier forma y de toda centralización en el interior del PO; 2) rechazo de toda ligazón organizativa con otros grupos, aun similares al nuestro. *Positivamente*: la afirmación de la necesidad de una "relación constante de información, discusión y eventualmente de iniciativas comunes", propuesta obviamente aceptable aunque muy genérica y vaga. Y sobre todo la veo como una propuesta incapaz de superar los errores que ha habido y que han sido denunciados por varios compañeros (no participación de los militantes en la elaboración colectiva, "oficina política fantasma", etc.). Una propuesta sutancialmente conservadora, dirigida a conservar el estado de cosas existente en el PO y no a provocar una superación de las pasadas deficiencias y a producir una sustancial mejoría de la actividad del grupo.

En lo referente al primer problema (rechazo de toda centralización, de cualquier tipo que sea) creo que sólo la propuesta de Luciano permitirá la superación de las deficiencias por él denunciadas. En cuanto al segundo problema (relación con los grupos) debería ser retomado y vuelto a lanzar el discurso sobre el encuentro (...)

ROSSANA ROSANDA
DE MARX A MARX

1. "Nuestra intención no era, ni mucho menos, comunicar exclusivamente al mundo *erudito*... los resultados científicos descubiertos por nosotros... Los dos estábamos metidos de lleno en el movimiento político", escribía más tarde Engels en *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas.* [Véase en Marx-Engels, *Obras escogidas*, II, pp. 363-364.]

2. *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*, ed. Mehring, Stuttgart, 1902, vol. III, p. 426, traducido y comentado por Emma Cantimori Mezzomonti en su introducción a la edición del *Manifesto*, Einaudi, 1962. [El texto aquí citado, y que se puede leer en la p. 273 de las *Werke*, t. 7, es un comentario de Marx al libro de A. Chenu, *Les Conspirateurs* y al libro de Lucien de la Hodde, *La naissance de la République*, aparecido en la *Neue Rheinische Zeitung Revue*, en 1850.]

3, 4 y 5. Los textos son muy numerosos: para facilitar la consulta damos aquí solamente las referencias basadas en la antología de Marx y Engels preparada por Luciano Gruppi y publicada por Editori Riuniti en 1966. Para la cita de Engels véase p. 1099; para las dos del *18 Brumario*, respectivamente páginas 575 y 491. [En las *Obras escogidas* de Marx y Engels dichas citas están respectivamente en t. II, p. 375 y en t. I, pp. 339 y 254.]

6. Cf. la introducción de Lelio Basso a los *Scritti politici*, de Rosa Luxemburg, Editori Riuniti, 1967, p. 107.

7. Cf. *Marxismo e revisionismo*, en Lenin, *Opere scelte*, Editori Riuniti 1965, p. 447. [En esp. v. *Obras*, t. XV, p. 29.]

8. Cf. *I destini storici della dottrina di Karl Marx* (1913), ibídem, p. 481. [En esp. v. *Obras*, t. XVIII, p. 572].

9. Cf. *Europa arretrata e Asia avanzata*, ibídem, p. 485. [En esp. v. *Obras*, t. XIX, p. 90].

10. La cita está incorporada, con una nota de Lenin, al *¿Qué fare?* p. 112 de la edición citada de las *Opere scelte*. [En esp. v. *Obras*, t. V, pp. 390-391.]

11. "Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la social-democracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como *resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento* entre los intelectuales revolucionarios socialistas", *ibídem* p. 106. El subrayado es nuestro. [En esp. v. *Obras* cit., t. V., p. 383.]

12. Esta relación entre clase y partido, como relación entre "objeto" y "sujeto" es teorizada explícitamente en la introducción al *¿Qué hacer?* de la colección "Idee" (Editori Riuniti) por Luciano Gruppi. Cf. p. 18, y el uso de

las *Tesis sobre Feuerbach*, como mecanismo desplazado hacia el interior de la clase.

13. Rosa Luxemburg, *Scritti scelti*, preparado por Lelio Basso. Editori Riuniti 1968, p. 505, *La crisi della socialdemocrazia.*

14. Rosa Luxemburg, "Und zum drittenmal das Belgischen Experiment" en *Die Neue Zeit*, 14 de mayo de 1902, citado en la introducción de Lelio Basso, al cual remitimos para un análisis más vasto.

15. Véase la carta a Matilde Wurm, febrero de 1917, p. 111, *op. cit.*

16. Incorporada solamente en la antología de los escritos de R.L. editada por *Edizioni Avanti!* , 1963, p. 693.

17. Véase *L'Ordine Nuovo*, I vol., Einaudi 1954. Sobre la naturaleza de la revolución, véase en particular "Il Partito e la rivoluzione", pp. 67-68. [Algunos de estos trabajos fueron publicados en *Pasado y Presente* (nueva serie), n. 1, 1972.]

18. Sobre este punto véase el artículo de A. Natta y G. Pajetta en el Nº 5-6 de *Crítica marxista* de 1963, p. 113 donde "la responsabilidad primaria" del grupo dirigente es vinculada a la tesis gramsciana (*Note sul Machiavelli*, pp. 23-24) de una diferencia en la participación (el elemento difuso, de hombres comunes, medios... "el elemento cohesivo... un grupo de capitanes, preparados, de acuerdo entre sí..... "un elemento medio, que articula el primero con el segundo elemento").

19. La elaboración más interesante fue la de Raniero Panzieri y Lucio Libertini, en 1958 y 1959, bajo el nombre de *Tesis sobre el control obrero* y *Tesis sobre el partido de clase.*

20. La discusión con Sartre se desarrolló en gran parte en *Les Temps Modernes* en los números de julio y octubre-noviembre de 1952, que incluían la primera parte de un ensayo que quedó incompleto, *Les communistes et la paix*, y en el número 89 (abril 1953), donde Claude Lefort polemiza con Sartre y Sartre le responde. El debate continúa en *Socialisme ou Barbarie* hasta noviembre de 1958; pero el tema ya había sido recurrente antes del ensayo de Sartre. Cf. en particular la discusión entre Chaulieu y Montal (Lefort) en el número 10, julio-agosto de 1957, y "Organisation et parti", de Lefort en el número 26, 1958. Sobre Merleau-Ponty véase sobre todo *Les aventures de la dialectique.*

21. Véase la polémica reciente que acompañó la aparición de la *Storia del Partito Comunista italiano* de Paolo Spriano. En el comentario publicado en *Rinascita* por Giorgio Amendola, y sobre todo en la carta de Giuliano Pajetta, se reivindica fuertemente la razón de una historia real, vivida de los militantes respecto a la discusión de línea política, recabada evidentemente de los documentos, que Spriano ilustra. En realidad, no se trata solamente de una exigencia planteada al historiador de que recuerde la dimensión de experiencia humana, inmediata del partido como grupo de hombres; sino una contraposición entre esta verdad, que tiene su moral y su ley –el partido como sociedad justa, como asociación de vida que encuentran en la propia coherencia su razón de ser– y la comparación entre ésta y su gravitación histórica *efectiva*. Más sutilmente, en la discusión con G. Berti a propósito de los escritos del Archivo Tasca, Amendola reivindicaba enteramente las razones del viraje del treinta –que sin embargo debió ser luego criticado por el VII Congreso de la Internacional– como capaces de crear un esqueleto de partido que antes, o quizás con otra línea, habría corrido el riesgo de desperdigarse. En este acento, fácilmente rastreable en toda discusión de historia del partido, se vuelve a encontrar en forma más o menos

consciente la concepción del partido como una vanguardia, con sus leyes, su moral, su devoción efectiva, en cierto modo autónomas respecto a su razón inicial de existencia, aunque vinculables a ésta.

SARTRE – IL MANIFESTO
MASAS, ESPONTANEIDAD, PARTIDO

1. Editions du Seuil, París, 1968.

EDOARDA MASI
ALGUNAS CUESTIONES NO DIFERIBLES

1. Véase Mao Tse-tung, *Contra el estilo estereotipado en el partido* (febrero 1942).

2. Naturalmente se dice "al servicio de la política revolucionaria".

3. En efecto, los enrolados en la política, al no ser trabajadores no participan de esta práctica; las teorías que eventualmente formulen son el fruto de una práctica diferente, la de políticos, y por lo tanto son genéricas, no pertinentes.

4. O, llevado al extremo, de toda capacidad creadora individual.

5. Esta posición se explicita en todos los seguidores de T. W. Adorno.

6. Véase Mao Tse-tung, *Sobre la contradicción.*

7. En muchos tipos de trabajo existe un poco de ambas cosas y, extremando, en todo tipo de trabajo: pero es verdad también para los trabajos manuales y no manuales (tanto es así que el carácter fundamental de todo trabajo consiste en ser actividad humana y no animal): lo que interesa en esta división es el aspecto que prevalece.

8. Es la única manera de suprimir la división del trabajo. Se podrá hacer que cada hombre sea más rico en conocimientos teóricos y en experiencias prácticas pero sería pueril y absurdo tender hacia un tipo de trabajador que conociese y supiese hacer todo en cualquier campo. La abolición de la división del trabajo se obtiene mediante la socialización de los conocimientos individuales y no puede ser conquistada individualmente en un sistema individualista.

9. Se trataría de una nueva forma de reformismo. Con el agravante de que pondría el acento sobre las relaciones entre diferentes categorías de asalariados, antes que sobre la relación fundamental asalariado-capitalista. Las orientaciones con que la CGIL intenta, últimamente, superar desde la derecha la dimensión corporativa de la lucha, no es ajena a esa tendencia.

10. La universidad burguesa, cuyos restos tenemos delante, constituye el espacio fundamental de esta fusión: el espacio donde se formaban los dirigentes, es decir aquellos que estaban destinados a ejercer el trabajo intelectual al servicio de la clase dominante, ya en la producción, ya como ideólogo al sostén del sistema.

11. Si se quieren evitar extremismos infantiles, es necesario partir de la objetiva pluralidad y diferenciación de las actividades intelectuales en la sociedad actual y comenzar a luchar por la socialización ahí donde sus condiciones maduraron (Marx demolía la economía política y preveía el fin de la filosofía, aunque no todavía del arte).

12. Una *profesión* se caracteriza por su contenido y no por el oficio o profesión anterior de quien la ejerce.

13. Al margen de la inevitable separación de las masas que comporta este tipo de profesionalismo, con el abandono del trabajo común.

14. Ver: Noam Chomsky, *Riflessioni sugli intellettuali e la scuola*, en *I nuovi mandarini*, Einaudi, 1969, pp. 321-322.

15. Estas observaciones valen para la enorme mayoría no para las raras personalidades que se elevan por encima de la media y para las cuales es imposible hacer un discurso de "norma".

16. Un ejemplo: los estudiantes de las universidades ocupadas que concedían entrevistas inocuas o admitían el ingreso de los periodistas, previo pago de una suma públicamente fijada.

17. Para evitar equívocos: aquí no se habla de represión política.

18. La incomprensión de la revolución cultural se verificó en diferentes direcciones. En relación al tema que nos interesa, se cometió el craso error de no comprender que la revuelta inicial de los estudiantes no hubiese tenido ningún significado político serio si no se hubiese extendido a las masas obreras y campesinas; si no hubiera tenido un papel mediador para la reanudación de la lucha de clases dentro de la sociedad socialista. El equívoco es tal que, al parecer, hay gente "de izquierda" que, de buena fe, cae frente a provocaciones groseras de libros como el de K. Mehnert (*A siniestra di Mao*, Mondadori, 1970) donde la superación de la fase estudiantil y de rebelión individualista de la revolución se caracteriza como viraje reaccionario (utilizando un material que, interpretado de manera diferente, puede tener, por otra parte, su valor).

19. La crítica pragmatista más frecuente a Mao reside no en la negación de lo elevado de sus propósitos, sino en el escepticismo sobre la capacidad de los hombres para sacrificar sus intereses individuales: para aceptar una *represión* (autorrepresión) en nombre de una autoridad (que trasciende a los individuos en su inmediatez).

20. Para la crítica del concepto de modernización ver los dos artículos de James Peck en los números 1 y 3, vol. II, del *Bulletin of concerned Asian scholars*, San Francisco, 1969-70.

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos incluidos en el presente volumen fueron tomados de las publicaciones que detallamos a continuación:

1. Rossana Rossanda: "Classe e partito", *Il Manifesto*, n. 4, settembre 1969. Traducción del italiano de Néstor Miguez.

2. Jean Paul Sartre, "Masses, spontanéité, parti" (discussion entre Sartre et la direction d'Il Manifesto)", en *Il Manifesto/Analyses et theses de la nouvelle extreme-gauche italienne,* Editions Du Seuil, París, 1971. Traducción del francés de Josefina Ludmer.

3. Víctor Fay, "Du parti, instrument de lutte pour le pouvoir, au parti, préfiguration d'une société socialiste", *L'Homme et la Société,* París, nº 21, 1971. Traducción del francés de María Teresa Poyrazian.

4. Edoarda Masi, "Di alcuni dei molti problemi non differibili", en *Quademi Piacentini,* Piacenza, n. 42, novembre 1970. Traducción del italiano de Ana Luisa Poljak.

5 André Gorz, "Ni trade-unionistes, ni bolcheviks", *Les Temps Modernes,* París, nº 279, octobre 1969. Traducción del francés de María Teresa Poyrazian.

6. Giovanni Mottura, "Deux conceptions différents de la construction du parti révolutionnaire", *Les Temps Modernes,* París, nº 289-290, août-septembre 1970.

7. "Il dibattito di 'Potere operaio' sull'organizzazione", *Giovane Critica,* Catania, nº 19. Traducción del italiano de Roberto Raschella.

impreso en impresora publimex, s.a.
calz. san lorenzo 279-32 col. estrella iztapalapa
del. iztapalapa - 09880 méxico, d.f.
un mil ejemplares y sobrantes
7 de abril de 1987

TEORÍA MARXISTA DEL PARTIDO POLÍTICO/3

ROSSANA ROSSANDA
De Marx a Marx: clase y partido

JEAN-PAUL SARTRE/IL MANIFESTO
Masas, espontaneidad, partido

VICTOR FAY
Del partido como instrumento de lucha por el poder
al partido como prefiguración de una sociedad socialista

EDOARDA MASI
Algunas cuestiones impostergables

ANDRE GORZ
Ni tradeunionistas, ni bolcheviques

GIOVANNI MOTTURA
Dos concepciones diferentes de la construcción
de la organización revolucionaria

"POTERE OPERAIO"
Debate sobre la organización

PyP

ISBN 968-23-0456-3